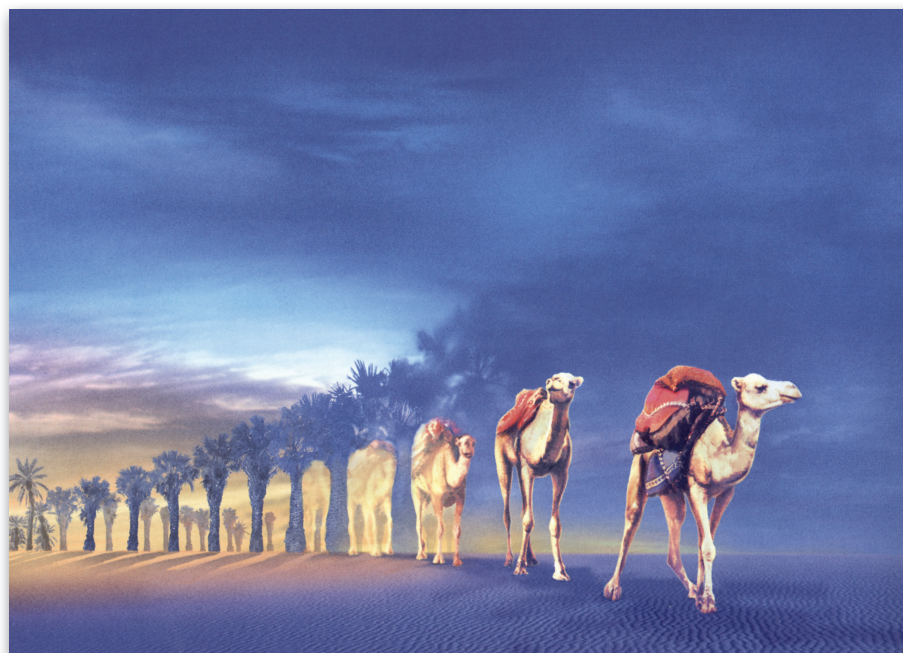


secretos para contar

Lecturas fantásticas

Antología



FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Directora General: Tita Maya

Presidenta Consejo de Administración: Lina Mejía Correa

Directora administrativa: Isabel Cristina Castellanos A.

Directora instalación: Natalia Olano Velásquez

Coordinación de Talleres: Sebastián Castro P. – Javier Burgos

Consejo de Administración: Juan Guillermo Jaramillo C., Beatriz Restrepo G., Carlos Alberto Uribe M., Jorge Mario Ángel A., Manuel Santiago Mejía C., Gloria Inés Palomino L., Diego Paz R., María Cristina Restrepo L., Martha Luz Botero R., Luis Alberto Gómez R., Margarita Inés Restrepo C. **Invitado permanente:** Gilberto Restrepo V.

Gracias a los aportes de:

Acción Social – Programa Red de Seguridad Alimentaria RESA, Agenciauto S.A., Alcaldía de Medellín - Secretaría de Cultura Ciudadana – Secretaría de Educación, Antioqueña de Negocios Ltda., Arquitectos e Ingenieros S.A. – AIA, Augura, Banco Agrario de Colombia, Bimbo de Colombia S.A., Boulevard Mayorca, C.I. Cultivos Miramonte S.A., C.I. Hermeco S.A., Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, Cervecería Unión S.A., Coca-Cola Servicios de Colombia, Colinversiones, Colombiana de Comercio S.A., Comfama, Comfenalco Antioquia, Compañía de Empaques S.A., Coninsa Ramón H. S.A., Contegral Medellín S.A., Coordinadora Mercantil S.A., Corantioquia, Corbanacol, Cornare, Corpoayapel, Corporación Banco de Bogotá para el fomento de la educación, DeLima Marsh, Developing Minds Foundation, Inc., Distrihogar S.A., Dominante Ltda., Edatel S.A. E.S.P., Ecopetrol, Electrolux de Colombia S.A., Emilio Restrepo Ángel, Emisora Cultural Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Estudio de Moda S.A., Exxon Mobil de Colombia, Fábrica de Calcetines Crystal S.A., Fabricato – Tejicóndor S.A., Federación Nacional de Cafeteros – Comité Departamental de Antioquia, Fernando Vélez Escobar, Fundación Argos, Fundación Amigos de Camilo C. y Jonás, Fundación Bancolombia, Fundación Colombia, Fundación Éxito, Fundación Fraternidad Medellín, Fundación Grupo Nacional de Chocolates, Fundación Oleoductos de Colombia, Fundación Pinar del Río, Fundación Probán, Fundación Saldarriaga Concha, Fundación Sofía Pérez de Soto, Fundación Suramericana, Fundaunibán, Give to Colombia – Mc Millan Foundation, Gobernación de Antioquia – Secretaría de Educación para la Cultura de Antioquia, IDEA, Imusa S.A., Indupalma S.A., Industrias El Cid, Industrias Haceb S.A., Interconexión Eléctrica S.A. – ISA, Inversiones Forestales La Cabaña, Isagen, Johnson & Johnson de Colombia, Jorge Agudelo Restrepo, Londoño Gómez S.A., María Luz Ospina Villa, Merilétrica S.A., Mineros S.A., Nestlé de Colombia, Orbitel, Panasonic, Philip Morris Colombia S.A., Procter & Gamble Industrial Colombia, Productos Familia – Sancela, Protección S.A., RCN Radio, Samsung Electronics, Setas Colombianas, Sofasa S.A., Solla S.A., Spot S.A., Tablemac S.A., Tahamí Cultiflores S.A. C.I., Todelar - Transmisora Surandes, Transmetano E.S.P. S.A., Warner Lambert y a otras entidades, fundaciones y personas que han ayudado de manera silenciosa.

LECTURAS FANTÁSTICAS

Edición: Lina Mejía Correa – Tita Maya. Fundación Secretos para contar

Compilación: Alberto Quiroga, Lina Mejía

Colaboradores: Daniel Álvarez, Melisa Lozano, Sebastián Quiroga

Diseño gráfico y montaje: Carolina Bernal Camargo

Prólogo y corrección de estilo: Alberto Quiroga

Corrección gramatical: Esther Fleisacher

Agradecemos a: Manuela Uribe, María Patricia Sarmiento, Gloria Morales, Adriana Rendón y demás personas que colaboraron en este libro.

Imagen en portadilla: Rob Gonsalves, *Espejismo en el desierto*

Imagen en prólogo y exlibris: Shigeo Fukuda, *Piernas de diferentes generos*

Primera edición: 53.000 ejemplares, febrero 2009

Segunda edición: 52.386 ejemplares, julio 2009

Secretos para contar ISBN 978-958-33-8473-8

Lecturas Fantásticas ISBN 978-958-98845-1-5

Impreso en Colombia por: **CARGRAPHICS S.A.**

® Todos los derechos reservados

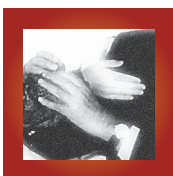
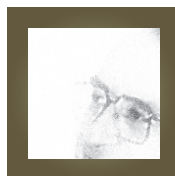
FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

fundasecretos@une.net.co / www.secretosparacontar.org

Teléfono 57 (4) 266 41 63

Medellín – Colombia

Material educativo de distribución gratuita, no tiene valor comercial



*A la imaginación,
por permitirnos viajar por lugares fantásticos
y vivir maravillosas aventuras.*

í n d i c c e

De lugares fantásticos



El hombre que contaba historias · Oscar Wilde	13
La mañana verde · Ray Bradbury	15
El distinguido extranjero · Robert Louis Stevenson	22
El fin · Fedric Brown	25
El hombre del cohete · Ray Bradbury	27

De fantasmas y misterios



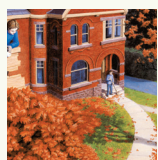
Hombre pierde su sombra en un incendio · Joaquín Mattos Omar....	47
Diferente · José Emilio Pacheco	50
Un creyente · George Loring Frost	51
El hombre invisible · Gabriel Jiménez Emán	52
Sola y su alma · Thomas Bailey Aldrich	53
Los ganadores del mañana · Horn Holloway.....	55
Final para un cuento fantástico · I.A. Ireland.....	63
La sombra desobediente · Manuel Mejía Vallejo.....	65
La ventana abierta · Saki	67
¿Quién sabe? · Guy de Maupasant.....	73

De la muerte y los sueños



El gesto de la muerte · Jean Cocteau	89
El esqueleto de visita · Evelio Rosero Diago	91
Episodio del enemigo · Jorge Luis Borges	100
El sueño del Rey · Lewis Carroll	102
Persecuta · Mario Benedetti	103
Francisca y la muerte · Onelio Jorge Cardoso	105
Sueño de la mariposa · Chuang Tzu	110
Amenazas · Willian Ospina	111
Sobre las olas · José Emilio Pacheco	113
El leve Pedro · Enrique Anderson Imbert	115

De la búsqueda y la memoria



El ahogado más hermoso del mundo · Gabriel García Márquez	123
Ispahan · José Emilio Pacheco	130
La Búsqueda · Kostas Axelos	131
El tigre · Manuel Vicent	132
Las ciudades y la memoria 2 · Ítalo Calvino	135
La isla · José Emilio Pacheco	137
Pueblo de madera · Alphonse Daudet	139
Los arqueros suicidas · Carlo Fabretti	145
La mosca que soñaba que era un águila · Augusto Monterroso	147
El mapa de los objetos perdidos · Juan José Arreola	149
Ante la Ley · Franz Kafka	150
La tercera dimensión	153



El mundo no es como parece.
Dando la vuelta al libro encontraras en ésta imagen
el rostro de Julio Verne, uno de los más grandes
escritores de la literatura fantástica.



La imaginación

Un hombre pierde su sombra, otro ignora si es un hombre que sueña ser una mariposa o es una mariposa que sueña ser un hombre, otro hombre, para evitar ser asesinado, huye de su asesino despertándose, un príncipe habla con la muerte, aquel habla con un fantasma, el de más allá viaja en el tiempo.

Estos prodigios suceden en los libros y nos asombran por la forma en que están contados. Sus autores, los escritores que escriben estas historias fantásticas, quieren que los lectores sientan que estos hechos tan asombrosos han sucedido realmente. O, mejor, quieren que el lector sienta de manera viva que estos hechos están sucediendo mientras se los lee. Y lo logran. ¿Por qué? Porque cualquier cosa es posible para nuestra imaginación.

La imaginación es hermana del sueño. Durante el sueño nos convertimos en los creadores todopoderosos de historias, de mundos, de personajes y de monstruos que existen sólo en las profundidades de nuestro propio ser. Los sueños nos maravillan por que funcionan con una lógica diferente a la del mundo que conocemos.

En el sueño soñamos con una persona que amamos, pero al mismo tiempo y de manera misteriosa no es ella, pues la cara no es la misma, ni sus modales, ni su manera de hablar, y cuando la vamos a besar sale volando. Así funciona la imaginación cuando estamos despiertos. Para la imaginación una escoba de barrer puede ser el esqueleto de un espantapájaros. Un poeta dijo hace muchísimos años que la imaginación es la loca de la casa. Es como una fuerza, un torbellino que no respeta el orden, ni se conforma con lo que ve, y todo lo mueve y lo pone patas arriba.

Así como los sueños, las pesadillas y las fantasías locas de la mente, funcionan los relatos de este libro. En cada relato hay una sorpresa agazapada esperando para caer sobre nosotros y atraparnos con su magia simpática. Son relatos de grandes escritores de muy variadas épocas que tienen en común la capacidad de asombrarnos y de maravillarnos, y sintonizan nuestra propia imaginación y nuestra sensibilidad con otros mundos que aparentemente no existen, pero ¿estamos seguros de que no existen? ¿Quién lo sabe?

Allí donde se ven rastros y tierras erosionadas, un hombre sensible a la belleza puede imaginar que ese baldío esconde una promesa de jardines y de flores y de riachuelos y de pájaros. Ve en su mente el paraíso. Su imaginación es fértil. Y entonces coge el azadón y se pone a labrar la tierra y hace posible el sueño.

El escritor colombiano Gabriel García Márquez escribió alguna vez: “Recuerden que las cosas de este mundo, desde los trasplantes de corazón hasta los cuartetos de Beethoven, existieron en la mente de sus creadores antes de que se convirtieran en realidad”.

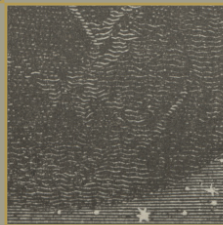
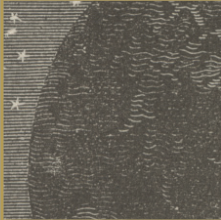
Ha habido mentes especialmente féculdas que imaginaron con anticipación muchos de los inventos que la humanidad desarrolló tiempos después. Julio Verne en el siglo XIX puso a navegar en sus libros, en el fondo del mar, al submarino Nautilus, antes de que

en verdad fueran inventados los submarinos; también imaginó que eran posibles los viajes tripulados a la luna, y que las naves espaciales debían ser lanzadas desde algún lugar de la Florida, en los Estados Unidos, para que mejor pudieran alcanzar el espacio exterior, tal como sucedió en la realidad muchísimos años después.

Los libros de Verne son pródigos en prodigios de esta naturaleza, y en honor a su capacidad de visionario que se anticipa al futuro se han dedicado varias páginas ilustradas de este libro a conmemorar su vida y su imaginación.

También hay en este libro, para mirar con asombro, atención y cuidado, abundancia de pinturas, dibujos e ilustraciones de artistas de varias épocas. Estas imágenes nos hacen ver que en el adentro de la mente hay universos que obedecen a otras leyes diferentes a las que observamos en el afuera cotidiano. Las visiones, el delirio, la magia visual se apoderan del ojo del que mira y lo llevan a viajar por el universo de los sueños en donde cualquier imagen es posible y tiene el poder de perturbarnos. Aquí podemos ver cómo se transforma un viaducto en barcos que vuelan, la cabeza de alguien ahora es una figura geométrica o una tela que gira en el aire, una casa no es una casa sino la forma en que está siendo pintada en el piso.

Nada se parece a la realidad que conocemos pero todo es tan real como la realidad que conocemos. Ahora una vaca no es una vaca ni se parece a una vaca, pero indudablemente es una vaca. Ahora la ventana se abre a paisajes muy diferentes a los que podemos ver desde nuestra casa y con nuestros propios ojos: se abre hacia el adentro de otras mentes. Y ellas nos invitan a cerrar los ojos y a tratar de ver lo que sucede en el interior de nuestros propios mundos. Feliz viaje.



De pronto, frente a él, uno de los platos que estaban colocados sobre la mesa, empezó a levantarse.

—¡Señores! ¡Miren!

—¡Todo flota! ¡Incluso nosotros!

Miguel Ardan, más maravillado que nunca, se dio cuenta de que a una simple presión de la punta de sus pies, su cuerpo se elevaba con extraordinaria facilidad.

—¡Flotamos!

—¡Es la falta de gravedad, señores! —anunció Barbicante—. Hemos llegado al punto neutro entre la Tierra y la Luna.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Muy sencillo, Miguel —respondió Nicholl—. En cuanto rebasemos ese punto neutro, la atracción lunar nos arrastrará hacia la Luna.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó el francés loco de entusiasmo.

Después, estuvieron casi una hora flotando por el interior del proyectil.

Julio Verne (1828 - 1905)

De la tierra a la luna (fragmento)

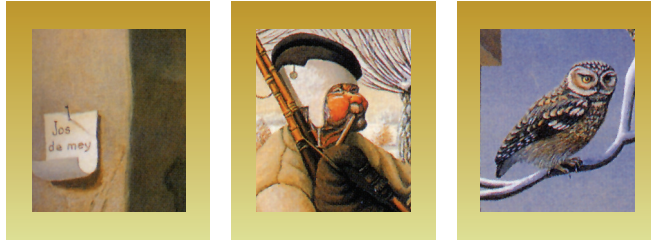
De lugares fantásticos



Jos de Mey · Melodías tristes en un día de invierno flamenco



■ ¿Cómo hace la columna izquierda para estar más adelante que la otra?



El hombre que contaba historias

Oscar Wilde

Había una vez un hombre muy querido en su pueblo porque contaba historias. Todas las mañanas salía al campo, y cuando volvía por las noches, los trabajadores de la aldea, tras haber bregado todo el día, se reunían a su alrededor y le decían:

—Vamos, cuéntanos, ¿qué has visto hoy?

Él empezaba:

—He visto entre los árboles a un fauno que tocaba una flauta y que obligaba a bailar a un grupito de dioses del bosque.

—Sigue contando, ¿qué más has visto? —decían los hombres.

—Al llegar a la orilla del mar he visto, sobre la cumbre de las olas, a tres sirenas que peinaban sus verdes cabellos con un peine de oro.

Y los hombres lo apreciaban porque les contaba historias.

Una mañana dejó su pueblo, como todas las mañanas... Mas al llegar a la orilla del mar vio a tres sirenas, tres sirenas que sobre la cumbre de las olas peinaban sus cabellos verdes con un peine de oro. Y, al continuar su paseo, llegando cerca del bosque, vio a un fauno que tocaba su flauta y a un grupito de dioses... Aquella noche, cuando regresó a su pueblo, tal como los otros días, sus amigos le preguntaron:

—Vamos, cuenta: ¿Qué has visto?

Él respondió:

—No he visto nada.



■ ¿Estos niños vuelan sobre unos sembrados o sobre unos cubrelechos?



La mañana verde

Ray Bradbury

Cuando el sol se puso, el hombre se acuclilló junto al sendero y preparó una cena ligera y escuchó el crepitar de las llamas mientras se llevaba la comida a la boca y masticaba con aire pensativo. Había sido un día no muy distinto de otros treinta, con muchos hoyos cuidadosamente cavados durante las horas del alba, semillas echadas en los hoyos, y agua traída de los brillantes canales. Ahora, con un cansancio de hierro en el cuerpo delgado, yacía de espaldas y observaba cómo el color del cielo pasaba de una oscuridad a otra.

Se llamaba Benjamín Driscoll, tenía treinta y un años, y quería que Marte creciera verde y alto con árboles y follajes, produciendo aire, mucho aire, aire que aumentaría en cada temporada. Los árboles refrescarían las ciudades abrasadas por el verano, los árboles pararían los vientos del invierno. Un árbol podía hacer muchas cosas: dar color, dar sombra, fruta o convertirse en paraíso para los niños; un universo aéreo de escalas y columpios, una arquitectura de alimento y de placer, eso era un árbol. Pero los árboles, ante todo, destilaban un aire helado para los pulmones y un gentil susurro para los oídos, cuando uno está acostado de noche en lechos de nieve y el sonido invita dulcemente a dormir.

Benjamín Driscoll escuchaba cómo la tierra oscura se recogía en sí misma, en espera del sol y las lluvias que aún no habían llegado.

Acercaba la oreja al suelo y escuchaba a lo lejos las pisadas de los años e imaginaba los verdes brotes de las semillas sembradas ese día; los brotes buscaban apoyo en el cielo, y echaban rama tras rama hasta que Marte era un bosque en la tarde, un huerto brillante.

En las primeras horas de la mañana, cuando el pálido sol se elevaba débilmente entre las apretadas colinas, Benjamín Driscoll se levantaba y devoraba en pocos minutos un desayuno ahumado, apagaba las cenizas de la hoguera y empezaba a trabajar llevando los sacos a la espalda, probando, cavando, sembrando semillas y bulbos, apisonando levemente la tierra, regando, siguiendo adelante, silbando, mirando el cielo claro cada vez más brillante a medida que pasaba la mañana.

—Necesitas aire —le dijo al fuego nocturno.

El fuego era un rojizo y vivaz compañero que respondía con un chasquido, y en la noche helada dormía allí cerca, entornando los ojos, sonrosados, soñolientos y tibios.

—Todos necesitamos aire. El aire está enrarecido aquí en Marte. Se cansa uno tan pronto... Es como vivir en la cima de los Andes. Uno aspira y no consigue nada. No satisface.

Se palpó la caja torácica. En treinta días, cómo le había crecido. Para que entrara más aire en ella había que desarrollar más los pulmones o plantar más árboles.

—Para eso estoy aquí —se dijo. El fuego le respondió con un chasquido—. En las escuelas nos contaban la historia de Juanito Semillasdemanzana que anduvo por Estados Unidos plantando semillas de manzanos. Bueno, pues yo hago más. Yo planto robles, olmos, arces y toda clase de árboles; álamos, cedros y castaños. No pienso sólo en alimentar el estómago con fruta, también fabrico aire para los pulmones. Cuando estos árboles crezcan alguno de estos años, ¡cuánto oxígeno darán!

Recordó su llegada a Marte. Como otros mil compañeros suyos paseó los ojos por la apacible mañana y se dijo:

—¿Qué haré yo en este mundo? ¿Habrá trabajo para mí?

Luego se había desmayado.

Volvió en sí, tosiendo. Alguien le apretaba contra la nariz un frasco de amoníaco.

—Se sentirá bien en seguida —dijo el médico.

—¿Qué me ha pasado?

—El aire enrarecido. Algunos no pueden adaptarse. Me parece que tendrá que volver a la Tierra.

—¡No!

Se sentó y casi inmediatamente se le oscurecieron los ojos y Marte giró dos veces debajo de él. Respiró con fuerza y obligó a los pulmones a que bebieran en el profundo vacío.

—Ya me estoy acostumbrando. ¡Tengo que quedarme!

Lo dejaron allí, acostado, boqueando horriblemente, como un pez. “Aire, aire, aire —pensaba—. Me mandan de vuelta a causa del aire”. Y volvió la cabeza hacia los campos y colinas marcianos, y cuando se le aclararon los ojos vio en seguida que no había árboles, ningún árbol, ni cerca ni lejos. Era una tierra desnuda, negra, desolada, y ni siquiera una hierba. Aire, pensó, mientras una sustancia enrarecida le silbaba en la nariz. Aire, aire. Y en la cima de las colinas, en la sombra de las laderas y aun a orillas de los arroyos, ni un árbol, ni una solitaria brizna de hierba. ¡Por supuesto! Sintió que la respuesta no le venía del cerebro, sino de los pulmones y la garganta. Y el pensamiento fue como un repentino soplo de oxígeno puro, y lo puso de pie. Hierba y árboles. Se miró las manos, el dorso, las palmas. Sembraría hierba y árboles. Esa sería su tarea, luchar contra la cosa que le impedía quedarse en Marte. Libraría su propia guerra hortícola contra Marte. Ahí estaba el viejo suelo, y las plantas que habían crecido en él eran tan antiguas que al fin habían desaparecido. Pero ¿y si trajera nuevas especies? Árboles terrestres, grandes mimosas,

saucos llorones, magnolias, majestuosos eucaliptos. ¿Qué ocurriría entonces? Quién sabe qué riqueza mineral ocultaba el suelo, sin poder asomar a la superficie porque los helechos, las flores, los arbustos y los árboles viejos habían muerto de cansancio.

—¡Permítanme levantarme! —gritó—. ¡Quiero ver al coordinador!

Habló con el coordinador toda una mañana de cosas que crecían y eran verdes. Pasarían meses, o años, antes de que se organizaran las plantaciones. Hasta ahora, los alimentos se traían congelados desde la Tierra, en grandes hielos voladores, y unos pocos jardines públicos verdeaban en instalaciones hidropónicas.

—Entretanto, esta será su tarea —dijo el coordinador—. Le entregaremos todas nuestras semillas; no son muchas. No sobra espacio en los cohetes por ahora. Además, estas primeras ciudades son para alojar mineros, y me temo que sus plantaciones no contarán con muchas simpatías.

—¿Pero me dejarán trabajar?

Lo dejaron. En una simple motocicleta, con la caja llena de semillas y retoños, llegó a este valle solitario, y plantó sus pies en la tierra.

Eso había ocurrido hacía treinta días, y nunca había mirado hacia atrás. Mirar hacia atrás lo habría descorazonado para siempre. El tiempo era excesivamente seco, y parecía poco probable que las semillas pudieran germinar. Quizá todos sus esfuerzos, esas cuatro semanas en que había cavado encorvado sobre la tierra, se habían perdido. Clavaba los ojos adelante, avanzando poco a poco por el inmenso valle soleado, alejándose de la primera ciudad, aguardando la llegada de las lluvias.

Mientras se cubría los hombros con la manta, vio que las nubes se acumulaban sobre las montañas secas. Todo en Marte era tan imprevisible como el paso del tiempo. Sintió alrededor las abrasadas colinas, que la escarcha de la noche iba empapando, y pensó en la tierra del valle, negra como la tinta, tan negra y brillante que parecía arrastrarse y vivir en el hueco de la mano, una tierra fértil en donde podrían brotar unas habas de larguísimos tallos, de donde caerían

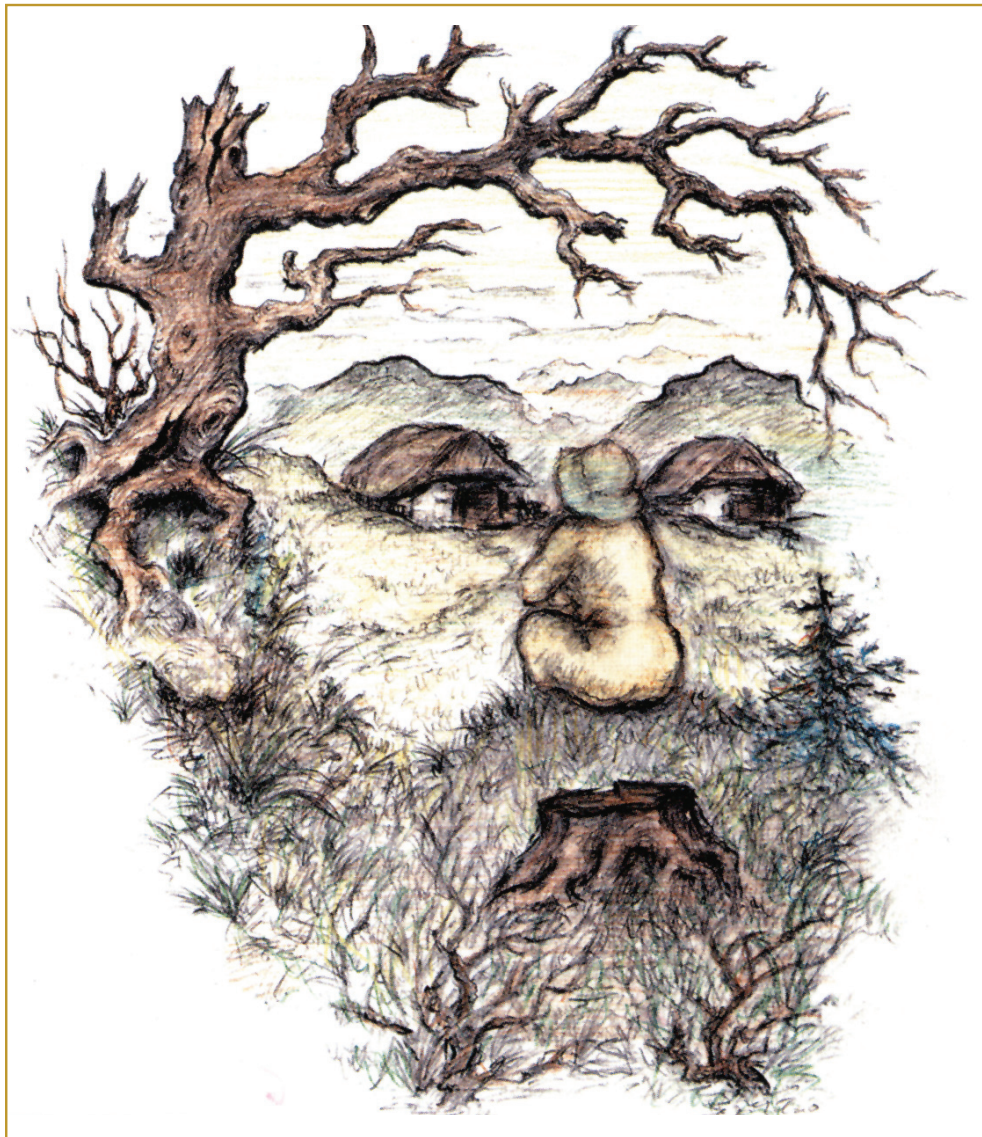
quizás unos gigantes de voz estruendosa, dándose unos golpes que les molerían los huesos.

El fuego tembló sobre las cenizas soñolientas. El distante motor de un carro estremeció el aire tranquilo. Un trueno. Y en seguida sintió el olor del agua.

“Esta noche —pensó. Y extendió la mano para sentir la lluvia—. Esta noche”.

Lo despertó un golpe muy leve en la frente.

Sandro Del-Prete · *Espíritu de la montaña*



■ ¿Puedes encontrar el espíritu de la montaña?

El agua le corrió por la nariz hasta los labios. Una gota le cayó en un ojo, nublándolo. Otra le estalló en la barbilla.

La lluvia.

Fresca, dulce y tranquila, caía desde lo alto del cielo como un elixir mágico que sabía a encantamientos, estrellas y aire, y arrastraba un polvo de especias, y se le movía en la lengua como raro licor liviano.

Se levantó. Dejó caer la manta y la camisa azul. La lluvia arreciaba en gotas más densas. Un animal invisible danzó sobre el fuego y lo pisoteó hasta convertirlo en un humo iracundo. Caía la lluvia. La gran tapa negra del cielo se dividió en seis trozos de azul pulverizado, como un agrietado y maravilloso esmalte, y se precipitó a tierra. Diez mil millones de diamantes titubearon un momento y la descarga eléctrica logró fotografiarlos. Luego oscuridad y agua.

Calado hasta los huesos, Benjamín Driscoll se reía y se reía mientras el agua le golpeaba los párpados. Aplaudió, y se incorporó, y dio una vuelta por el pequeño campamento, y era la una de la mañana.

Llovió sin parar durante dos horas. Luego aparecieron las estrellas, recién lavadas y más brillantes que nunca.

El señor Benjamín Driscoll sacó ropa seca de una bolsa de celofán, se cambió, y se durmió con una sonrisa en los labios.

El sol asomó lentamente entre las colinas. Se extendió pacíficamente sobre la tierra y despertó al señor Driscoll.

No se levantó en seguida. Había esperado ese momento durante todo un interminable y caluroso mes de trabajo, y ahora al fin se paró y miró hacia atrás.

Era una mañana verde.

Los árboles se erguían contra el cielo, uno tras otro, hasta el horizonte. No un árbol, ni dos, ni una docena, sino todos los que había plantado en semillas y retoños. Y no árboles pequeños, no, ni brotes tiernos, sino árboles grandes, enormes y altos como diez hombres, verdes y verdes,

vigorosos y redondos y macizos, árboles de resplandecientes hojas metálicas, árboles susurrantes, árboles alineados sobre las colinas, limoneros, tilos, pinos, mimosas, robles, olmos, álamos, cerezos, arces, fresnos, manzanos, naranjos, eucaliptos, estimulados por la lluvia tumultuosa, alimentados por el suelo mágico y extraño, árboles que ante sus propios ojos echaban nuevas ramas, nuevos retoños.

—¡Imposible! —exclamó el señor Driscoll.

Pero el valle y la mañana eran verdes.

¿Y el aire?

De todas partes, como una corriente móvil, como un río de las montañas, llegaba el aire nuevo, el oxígeno que brotaba de los árboles verdes. Se lo podía ver, brillando en las alturas, en oleadas de cristal. El oxígeno, fresco, puro y verde, el oxígeno frío que transformaba el valle en una tierra frondosa. Un instante después las puertas de las casas se abrieron de par en par y la gente se precipitó en el milagro nuevo del oxígeno, aspirándolo en bocanadas, con mejillas rojas, narices frías, pulmones revividos, corazones agitados, y cuerpos rendidos animados ahora como si bailaran.

Benjamín Driscoll aspiró profundamente una bocanada de aire verde y húmedo, y se desmayó.

Antes que despertara de nuevo, otros cinco mil árboles habían subido hacia el sol amarillo.





■ ¿El jinete y el caballo se encuentran delante o atrás de los árboles?

El distinguido extranjero

Robert Louis Stevenson

Hubo una vez un habitante de un planeta vecino que vino a visitar la Tierra. En el lugar de aterrizaje le esperaba un gran filósofo, cuya misión era enseñarle todas las cosas.

Primero atravesaron un bosque y el extranjero observó los árboles.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó.

—Sólo son vegetales —dijo el filósofo—. Están vivos, pero no tienen nada interesante.

—No sé si estoy de acuerdo —dijo el extranjero—. Parecen muy educados. ¿Acaso no hablan nunca?

—Carecen de ese don —dijo el filósofo.

—Creo que los oigo cantar —dijo el otro.

—Es sólo el viento entre las hojas —dijo el filósofo—. Le explicaré la teoría de los vientos: es realmente interesante.

—Bueno —dijo el extranjero—, pero me gustaría saber en qué están pensando.

—No pueden pensar —dijo el filósofo.

—No sé si estoy de acuerdo —dijo el extranjero, a la vez que ponía la mano en un tronco—. Esta gente me gusta —afirmó.

—No son gente —replicó el filósofo—. Sigamos avanzando.

Después atravesaron un campo en el que pastaban vacas.

—Esta gente es muy sucia —dijo el extranjero.

—No son gente —dijo el filósofo.

Y a continuación le explicó al extranjero lo que era una vaca, utilizando un término científico que he olvidado.

—Me da igual —dijo el extranjero—. ¿Por qué no levantan los ojos?

—Porque son herbívoros —dijo el filósofo—. Comer pasto, que no es muy nutritivo, exige tanta atención que no les queda tiempo para pensar, ni hablar, ni contemplar el paisaje, ni mantenerse limpios.

—Bueno —dijo el extranjero—, es una forma de vivir como otra cualquiera, pero prefiero a la gente de cabeza verde.

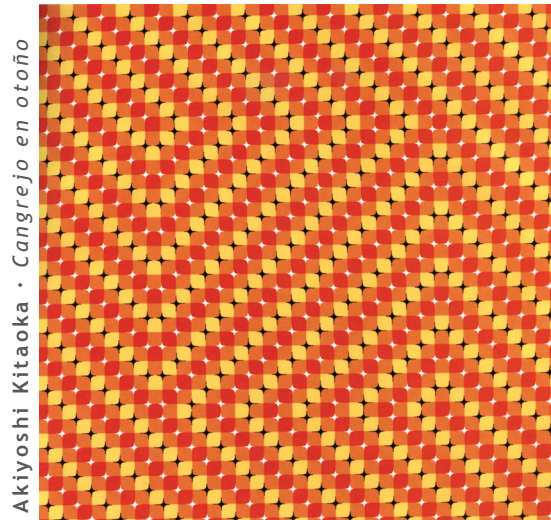
Después llegaron a una ciudad y las calles estaban atestadas de hombres y mujeres.

—Esta gente es muy rara —dijo el extranjero.

—Son los habitantes de la nación más grande del mundo —explicó el filósofo.

—¿De veras? —se sorprendió el extranjero—. ¡Quién lo diría!





Akiyoshi Kitaoka · Cangrejo en otoño

■ Si observas esta imagen, el cuadro del centro se mueve hacia el frente.

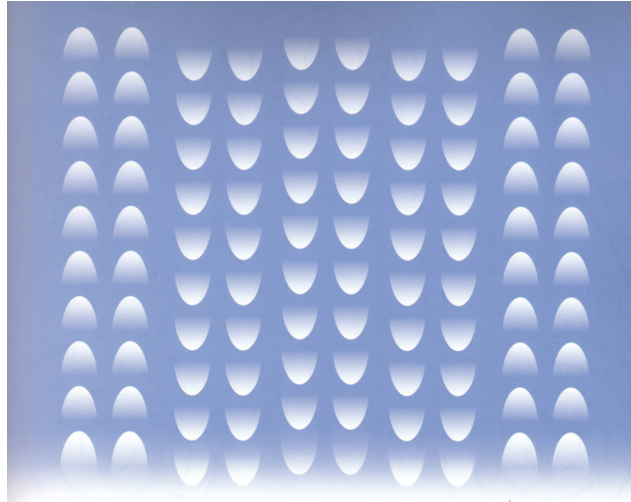
Wells y Eistein

René Avilés Fabila

Aquel científico necesitaba saber qué sucedería si en la máquina del tiempo retrocedía al momento en que sus padres estaban por conocerse e impedía la relación.

Apareció en esa época sin mayores dificultades. Un joven llegaba al pueblo donde el destino le deparaba una esposa. De inmediato supo quién era. No en balde había visto fotografías del viejo álbum familiar. Lo que hizo a continuación fue relativamente sencillo: convencer a su padre de que allí no estaba el futuro, de que mejor fuera a una gran ciudad en busca de fortuna. Y para cerciorarse lo acompañó a la estación de ferrocarril. Se despidieron y mientras desde la ventanilla una mano se agitaba, el riguroso investigador sintió cómo poco a poco se desvanecía hasta convertirse en nada.

Akiyoshi Kitaoka · Otoño



■ En esta imagen la sección del medio se mueve hacia abajo mientras los extremos van hacia arriba.

El fin

Fredric Brown

El profesor Jones trabajó en la teoría del tiempo, durante muchos años.

—Y he encontrado la ecuación clave —informó a su hija, un día—. El tiempo es un campo. Esta máquina que he diseñado puede manipular, e incluso invertir, ese campo.

Oprimiendo un botón al hablar, prosiguió:

—Esto debe hacer correr el tiempo hacia el tiempo el correr hacer debe esto.

Prosiguió, hablar al botón un oprimiendo.

—Campo ese, invertir incluso e, manipular puede diseñado he que máquina esta. Campo un es tiempo el. —Día un, hija su a informo— clave ecuación la encontrado he y.

Años muchos durante, tiempo del teoría la en trabajó Jones profesor el.

Fin el.



■ Los ángeles están hechos a veces de pequeños ángeles. ¿Cuántos puedes ver en el cuadro?



El hombre del cohete

Ray Bradbury

Las luciérnagas eléctricas giraban alrededor de la cabeza de mamá iluminándole el camino. En el umbral de su alcoba mamá se detuvo y me miró. Yo atravesaba el pasillo silencioso.

—Me ayudarás, ¿no es cierto? No quiero que se vaya otra vez.

—Haré lo posible —le dije.

—Por favor. —Las luciérnagas lanzaban unas móviles lucecitas sobre el rostro pálido—. No puede volver a irse.

—Bueno —dije, deteniéndome un momento—. Pero todo será inútil.

Mamá se fue y las luciérnagas volaron detrás, con el brillo de sus circuitos eléctricos, como una constelación errante, enseñándole el camino entre las sombras. Aún oí que decía, débilmente:

—Hay que intentarlo.

Otras luciérnagas me siguieron a mi cuarto. Cuando el peso de mi cuerpo cortó el flujo de energía en el interior de la cama, las luciérnagas se apagaron. Era medianoche, y mamá y yo esperamos en nuestros cuartos, en nuestras camas, separados por la oscuridad. La cama me acunó, cantando suavemente. Apreté un botón. El canto y el balanceo pararon. Yo no quería dormirme. No, de ninguna manera.

Esa noche no era distinta de muchas otras noches. Nos despertábamos y sentíamos que el aire fresco se calentaba, sentíamos el fuego en el viento, o veíamos que las paredes se encendían unos segundos, con un color brillante, y sabíamos entonces que su cohete pasaba sobre la casa... Su cohete, y los robles se balanceaban a su paso. Yo seguía acostado con los ojos abiertos, y el corazón palpitante; y mamá seguía en su alcoba. Su voz llegaba hasta mí a través de la radio.

—¿Sentiste?

Y yo le respondía:

—Sí, era él.

Era la nave de papá, que pasaba sobre el pueblo, un pueblo pequeño adonde nunca venían los cohetes del espacio. Mamá y yo nos quedábamos despiertos las próximas dos horas pensando: “Ahora papá aterriza en Springfield; ahora camina por la pista; ahora firma los papeles; ahora sube al helicóptero; ahora pasa sobre el río; ahora sobre las colinas; ahora el helicóptero desciende en el aeropuerto de Green Village, aquí...”. Y ya había pasado la mitad de la noche, y mamá y yo, desde nuestras frescas camas, escuchábamos, escuchábamos. “Ahora camina por la calle Bell, siempre camina... nunca toma un carro... Ahora cruza el parque, ahora voltea en la esquina de Oakhurst y ahora...”.

Me incorporé en la cama. Allá abajo, en la calle, cada vez más cerca, vivos, rápidos, decididos... unos pasos. Ahora ante nuestra casa; en los escalones del corredor. Y los dos, mamá y yo, sonreímos en la oscuridad al oír la puerta de entrada, que se abre al reconocerlo, y lo saluda, y se cierra, allá abajo...

Tres horas más tarde hice girar suavemente la cerradura de la puerta del dormitorio de mis padres, reteniendo el aliento, en medio de una oscuridad tan inmensa como el espacio que separa los planetas, con la mano extendida hacia esa maleta negra abandonada a los pies de la cama. La tomé y corrí a mi cuarto, pensando: “No quiere hablarme de eso. No quiere que yo sepa”.

Y de la maleta salió el uniforme oscuro, como una nebulosa oscura, con algunas estrellas brillantes, aquí y allá, desparramadas sobre la tela. Apreté el vestido negro entre las manos febriles y respiré el olor del planeta Marte, un olor de hierro, y del planeta Venus, un olor de hiedra verde, y del planeta Mercurio, un aroma de azufre y fuego. Y pude sentir el olor de la luna blanca como la leche y la dureza de las estrellas. Metí el uniforme en una máquina centrífuga que había construido ese año en mi taller del colegio y la hice girar.

Pronto un polvo fino se precipitó en el fondo de la máquina. Puse el polvo bajo el lente de un microscopio, y mientras mis padres dormían confiadamente, y mientras la casa dormitaba con todos sus hornos, sus servidores y robots automáticos sumergidos en una modorra eléctrica, yo examiné atentamente las motas brillantes del polvo de los meteoros, de la cola de los cometas y del lejano planeta Júpiter. Y esas partículas de polvo eran como mundos que me atraían a través del microscopio, a través de un billón de kilómetros, con terroríficas aceleraciones.

Al alba, agotado por mi viaje, y con miedo de que me descubrieran, llevé el empaquetado uniforme al dormitorio de mis padres.

En seguida me dormí. Sólo me desperté una vez al oír el pito del camión de la lavandería que se detenía en el patio del fondo. Por suerte no esperé, me dije a mí mismo, pues dentro de una hora devolverían el uniforme limpio de mundos y travesías.

Me dormí otra vez, con el frasquito de polvo mágico en un bolsillo de la pijama, sobre el corazón palpitante.

Cuando bajé las escaleras, allí estaba papá, ante la mesa del desayuno, mordiéndose su tostada.

—¿Has dormido bien, Doug? —me preguntó, como si no se hubiese movido, como si no hubiese estado afuera de casa tres meses.

—Muy bien —le contesté.

—¿Unas tostadas?

Apretó un botón y la mesa del desayuno me preparó cuatro doradas tajadas de pan.

Recuerdo a mi padre aquella tarde. Cavaba y cavaba en el jardín como un animal que busca algo. Allí estaba, moviendo con rapidez los brazos largos y morenos, plantando, arando, cortando, podando, con el rostro siempre inclinado hacia la tierra, con los ojos puestos constantemente en su trabajo, sin alzarlos nunca hacia el cielo, sin mirarme, sin mirar ni siquiera a mamá, salvo cuando nos arrodillábamos a su lado y sentíamos que la tierra pasaba a través de nuestras ropas y nos humedecía las rodillas, y metíamos las manos entre los terrones oscuros, y no mirábamos el cielo brillante y furioso. Entonces papá lanzaba una mirada, a la derecha o a la izquierda, hacia mamá o hacia mí, y nos guiñaba el ojo alegremente, y seguía inclinado, con el rostro bajo, con los ojos del cielo clavados en su espalda.

Aquella noche nos sentamos en la hamaca mecánica del corredor. Y la hamaca nos acunó, y levantó una brisa hacia nosotros, y cantó para nosotros. Era una noche de verano, y había claro de luna, y bebíamos limonada, y nuestras manos apretaban los vasos fríos, y papá leía los estereoperiódicos colocados en ese sombrero especial que uno se pone en la cabeza, y que cuando uno parpadea tres veces, vuelve las páginas microscópicas ante los lentes de aumento. Papá fumó algunos cigarrillos y me habló de cuando era niño, en 1997. Y después de un rato, me dijo, como en tantas otras noches:

—¿Por qué no juegas, Doug?

No dije nada, pero mamá respondió:

—Él juega otras noches, cuando no estás aquí.

Papá me miró, y luego, por primera vez en aquel día, alzó los ojos al cielo. Cuando papá miraba las estrellas, mamá lo observaba atentamente. El primer día, y la primera noche, después de alguno de sus viajes, papá no miraba mucho el cielo. Lo veo aún en el jardín,

trabajando furiosamente, con el rostro pegado a la tierra. Pero la segunda noche papá miraba las estrellas un poco más. A mamá no le importaba mucho el cielo de día, pero de noche hubiese querido apagar todas las estrellas. A veces yo casi podía ver que mamá buscaba un interruptor eléctrico en el interior de su mente, pero nunca lo encontraba. Y a la tercera noche, papá se quedaba ahí, en el corredor, hasta que todos estábamos ya listos para acostarnos, y entonces yo oía la voz de mamá que lo llamaba, casi igual que a mí, cuando yo estaba en la calle. Y luego yo oía a papá que aseguraba el ojo eléctrico de la cerradura con un suspiro. Y a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, mientras papá extendía la mantequilla sobre su tostada, yo bajaba los ojos y veía la maleta negra a sus pies. Mamá se levantaba tarde.

—Bueno, hasta pronto, Doug —me decía papá, y nos dábamos la mano.

—¿Tres meses?

—Eso es.

Y papá se alejaba por la calle, sin tomar un helicóptero, o un bus, llevando debajo del brazo el uniforme escondido en la maleta. No quería parecer orgulloso exhibiéndose ante otros como un hombre del espacio.

Mamá bajaba a desayunar, sólo una tostada seca, una hora más tarde.

Pero ahora era de noche, la primera noche, la mejor, y papá no miraba mucho las estrellas.

—Vamos a la feria de la televisión —dije.

—Bueno —dijo papá.

Mamá me sonrió.

Y volamos a la ciudad en un helicóptero y le mostramos a papá mil espectáculos, para que no alzara la cabeza, para que nos mirara, y no mirara nada más. Y mientras nos reíamos con las cosas graciosas y nos poníamos serios con las cosas serias, yo pensaba:

“Mi padre va a Saturno y a Neptuno y a Plutón, pero nunca me trae regalos. Otros chicos con padres que también viajan en cohetes reciben minerales negros de Calisto, y fragmentos de meteoros oscuros, y arena azul. Pero yo tuve que reunir mi colección cambiando cosas con los otros chicos”. Yo tenía mi cuarto lleno de piedras de Marte y arenas de Mercurio, pero papá nunca me hablaba de eso. Una vez, recuerdo, papá le trajo algo a mamá. Plantaron en el jardín los girasoles marcianos, pero cuando papá llevaba un mes afuera, y los girasoles empezaban a crecer, mamá salió y los arrancó de raíz.

Sin pensarlo, mientras mirábamos una de las pantallas tridimensionales, le hice a papá la pregunta de siempre:

—¿Cómo es estar en el espacio?



Sandro Del-Prete · Polarización

■ Una imagen imposible en la que dos pintores tratan de representar el día y la noche al mismo tiempo.

Mamá me miró con ojos asustados. Pero ya era tarde.

Papá se quedó callado medio minuto, tratando de encontrar una respuesta. Al fin se encogió de hombros.

—Lo mejor de lo mejor —me dijo, y añadió mirándome con ansiedad—: Oh, no es nada, realmente. Rutina. No te gustaría.

—Pero siempre vuelves allá.

—Costumbre.

—¿Cuándo volverás a salir?

—Aún no lo he decidido. Lo pensaré.

Siempre lo pensaba. En aquellos días no abundaban los pilotos de cohetes y papá podía elegir el trabajo, podía trabajar en cualquier momento. Cuando llevaba tres noches en casa, papá buscaba y elegía entre varias estrellas.

—Vamos —dijo mamá—. Volvamos a casa.

Llegamos temprano. Quise que papá se pusiese el uniforme. No debí pedírselo —mamá se entristecía—, pero no pude dominarme. Insistí varias veces, aunque papá siempre se negaba. Nunca lo había visto vestido de uniforme. Al fin papá dijo:

—Oh, bueno.

Esperamos en la sala mientras papá subía en el tubo neumático. Mamá me miró con ojos extraviados, como si no pudiese creer que yo fuese su propio hijo. Aparté la vista.

—Lo siento —dije.

—No estás ayudándome —me dijo mamá—. Nada.

Un instante después se sintió el silbido del tubo neumático.

—Aquí estoy —dijo papá, serenamente.

Lo miramos. Se había puesto el uniforme.

El vestido era negro, y brillante, con botones de plata, y botas con adornos de plata. Parecía como si los brazos, las piernas y el cuerpo

hubiesen sido arrancados de alguna nebulosa oscura. Unas débiles estrellitas brillaban apenas a través de la nebulosa. El vestido ceñía el cuerpo como un guante que ciñe una mano larga y fina, y tenía un olor a aire frío, metal y espacio. Tenía el olor del fuego y el tiempo.

Papá nos sonreía torpemente desde el centro de la habitación.

—Date vuelta —dijo mamá.

Los ojos de mamá miraban a papá como desde muy lejos.

Cuando papá salía de viaje, mamá no hablaba de él. Sólo hablaba del tiempo, o de que tenía que lavarme la cara, o de que no podía dormir. Una vez me dijo que la luz era muy fuerte de noche.

—Pero no hay luna esta semana —le dije.

—Entra la luz de las estrellas —me dijo.

Salí y compré unas persianas más verdes y más oscuras. Esa noche, mientras estaba acostado, oí cómo mamá las bajaba. Las persianas susurraron largamente.

Una vez quise cortar el prado.

—No —dijo mamá desde el umbral—. Guarda esa máquina.

El pasto creció libremente durante casi tres meses. Papá lo cortó cuando vino a casa.

Mamá no quería que yo arreglase la mesa que preparaba el desayuno, o la máquina lectora. No me dejaba tocar nada, lo guardaba todo para las navidades. Y luego venía papá y martillaba y remendaba, sonriendo, y mamá sonreía, feliz, a su lado.

No, ella nunca hablaba de papá mientras él estaba ausente. En cuanto a papá, nunca trataba de llamarnos a través de ese billón de kilómetros. Una vez nos dijo:

—Si los llamara, querría verlos. No podría vivir tranquilo.

Y otra vez papá me dijo:

—Tu madre me trata a veces como si yo no estuviese aquí, como si yo fuese invisible.

Yo ya lo sabía. Mamá miraba más allá de papá, por encima de su cabeza. Le miraba las mejillas, o las manos; pero nunca los ojos. Cuando lo hacía, los ojos de mamá se cubrían con un velo tenue, como un animal que va a dormirse. Mamá decía que sí en los momentos oportunos, y sonreía, pero siempre un poco tarde.

—No estoy para ella —decía papá.

Pero otros días mamá estaba allí y papá estaba para mamá, y se tomaban de la mano, y paseaban alrededor de la manzana, o salían en carro, y los cabellos de mamá flotaban en el aire como los de una chica, y mamá apagaba todos los aparatos de la casa y cocinaba para papá pasteles y tortas increíbles, y lo miraba fijamente con una sonrisa que era de veras una sonrisa. Pero al terminar esos días en que papá parecía estar allí para mamá, mamá siempre lloraba. Y papá, de pie, impotente, miraba a su alrededor como buscando una respuesta, pero no la encontraba nunca.

Papá giró lentamente, con su uniforme, para que pudiésemos verlo.

—Date vuelta otra vez —dijo mamá.

A la mañana siguiente papá entró en casa corriendo con un puñado de tiquetes. Tiquetes rosados para California, tiquetes azules para México.

—¡Vamos! —nos dijo—. Compraremos esas ropas baratas y una vez usadas las quemaremos. Miren, tomaremos el cohete del mediodía para Los Ángeles, el helicóptero de las dos para Santa Bárbara, y el avión de las nueve para Ensenada, ¡y pasaremos allí la noche!

Y fuimos a California, y paseamos a lo largo de la costa del Pacífico un día y medio, y nos instalamos al fin en las arenas de Malibú para comer mariscos en la noche. Papá se pasaba el tiempo escuchando o canturreando u observando todas las cosas, atándose a ellas como si el mundo fuese una máquina centrífuga que pudiera arrojarlo, en cualquier momento, muy lejos de nosotros.

La última tarde en Malibú, mamá estaba arriba en el hotel y papá estaba a mi lado acostado en la arena, bajo la cálida luz del sol.

—Ah —suspiró papá—. Así es. —Tenía los ojos cerrados. Estaba de espaldas, absorbiendo el sol—. Allá falta esto —añadió.

Quería decir “en el cohete”, naturalmente. Pero nunca decía “el cohete”, ni nunca mencionaba esas cosas que no había en un cohete. En un cohete no había viento de mar, ni cielo azul, ni sol amarillo, ni la comida de mamá. En un cohete uno no puede hablar con su hijo de catorce años.

—Bueno, oigamos esa historia —me dijo al fin.

Y yo supe que ahora íbamos a hablar, como otras veces, durante tres horas. Durante toda la tarde íbamos a conversar, bajo el sol perezoso, de mi colegio, mis clases, la altura de mis saltos, mis habilidades de nadador.

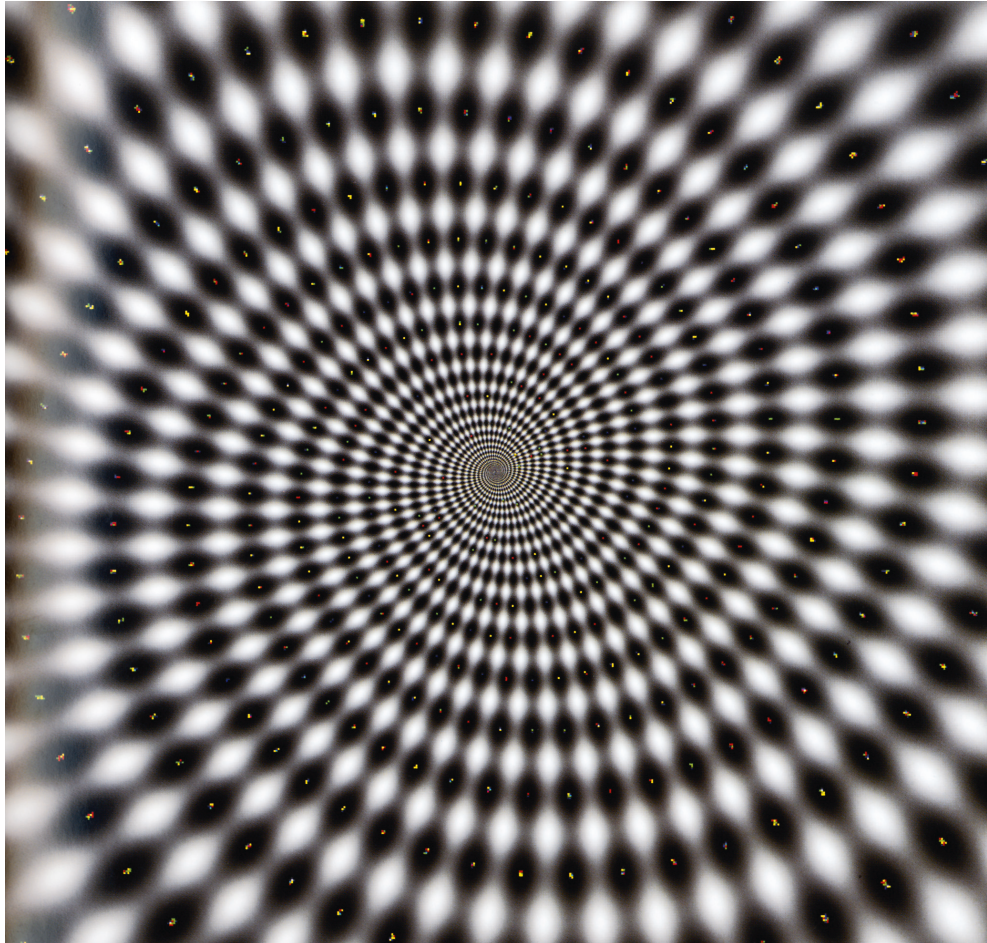
Papá asentía de cuando en cuando con un movimiento de cabeza, y sonreía y me golpeaba el pecho, aprobándome. Hablábamos. No hablábamos de los cohetes y el espacio, pero hablábamos de México, a donde habíamos ido una vez en un viejo carro, y de las mariposas que habíamos cazado en los húmedos bosques del verde y cálido México, un mediodía. Nuestro radiador había aspirado un centenar de mariposas, y allí habían muerto, agitando las alas, rojas y azules, estremeciéndose, hermosas y tristes.

Hablábamos de esas cosas, pero no de lo que yo quería. Y papá me escuchaba. Sí, me escuchaba, como si quisiera llenarse con todos los sonidos. Escuchaba el viento, y el romper de las olas, y mi voz, con una atención apasionada y constante, una concentración que excluía, casi, los cuerpos, y recogía sólo los sonidos. Cerraba los ojos para escuchar. Recuerdo cómo escuchaba el ruido de la cortadora de pasto, mientras hacía a mano ese trabajo, en vez de usar el aparato de control remoto, y cómo aspiraba el olor del prado recién cortado mientras las hierbas saltaban ante él, y detrás de la máquina, como una fuente verde.

—Doug —me dijo a eso de las cinco de la tarde, mientras recogíamos las toallas y echábamos a caminar por la playa, hacia el hotel, cerca del agua—. Quiero que me prometas algo.

—¿Qué, papá?

Akiyoshi Kitaoka · Alabeo



■ Mueve tu cabeza lentamente acercando y alejando la imagen. Aparecerá una espiral.

—Nunca seas un hombre del espacio.

Me detuve.

—Lo digo de veras —me dijo—. Porque cuando estás allá deseas estar aquí, y cuando estás aquí deseas estar allá. No te metas en eso. No dejes que eso te domine.

—Pero...

—No sabes cómo es. Cuando estoy allá afuera pienso: “Si vuelvo a Tierra me quedaré allí. No volveré a salir. Nunca”. Pero salgo otra vez, y creo que nunca dejaré de hacerlo.

—He pensado mucho tiempo en ser un hombre del espacio —le dije.

Papá no me oyó.

—He tratado de quedarme. El sábado pasado, cuando llegué a casa, comencé a tratar de quedarme, con todas mis fuerzas.

Recordé su figura sudorosa en el jardín, y cómo había trabajado, y cómo había escuchado, y supe que había hecho todo eso para convencerse a sí mismo de que sólo el mar y los pueblos y el paisaje y la familia eran las únicas cosas reales, las cosas buenas. Pero supe también qué haría papá esa noche: miraría las joyas de Orión desde el corredor de la casa.

—Prométeme que no serás como yo —me dijo.

Titubeé.

—Muy bien —le dije.

Papá me tomó la mano.

—Eres un buen muchacho.

La comida fue magnífica esa noche. Mamá había corrido por la cocina con puñados de canela, y harinas y cacerolas y ruidosas sartenes, y ahora un pavo enorme humeaba en la mesa, con salsas, arvejas y pasteles de calabaza.

—¿En pleno agosto? —dijo papá, asombrado.

—No estarás aquí en navidad.

—No, no estaré.

Papá se inclinó sobre la comida, aspirando su aroma. Levantó las tapas de todas las fuentes y dejó que el vapor le bañara la cara tostada por el sol.

—Ah —exclamó ante cada uno de los platos. Miró la habitación. Se miró las manos. Observó los cuadros en las paredes, las sillas, la mesa. Me miró a mí. Miró a mamá. Se aclaró la garganta. Vi que iba a decidirse.

—¿Lily? —dijo.

—¿Sí?

Mamá lo miró a través de su mesa, esa mesa que había preparado como una maravillosa trampa de plata, como un sorprendente pozo de salsas, donde, como una antigua bestia salvaje que cae en un lago de alquitrán, caería al fin su marido. Y allí se quedaría, retenido en una cárcel de huesos de ave, salvado para siempre. Los ojos de mamá refulgían.

—Lily —dijo papá.

Vamos, pensé yo ávidamente. Dilo, rápido. Di que vas a quedarte, para siempre, y que ya no te irás nunca. ¡Dilo!

En ese momento el paso de un helicóptero estremeció la habitación y los ventanales se sacudieron con un sonido cristalino. Papa volvió los ojos.

Allí estaban las estrellas azules de la tarde, y el rojo planeta Marte que se elevaba por el este.

Papá miró el planeta Marte durante todo un minuto. Luego, como un ciego, extendió la mano hacia mí.

—Pásame las arvejas —me dijo.

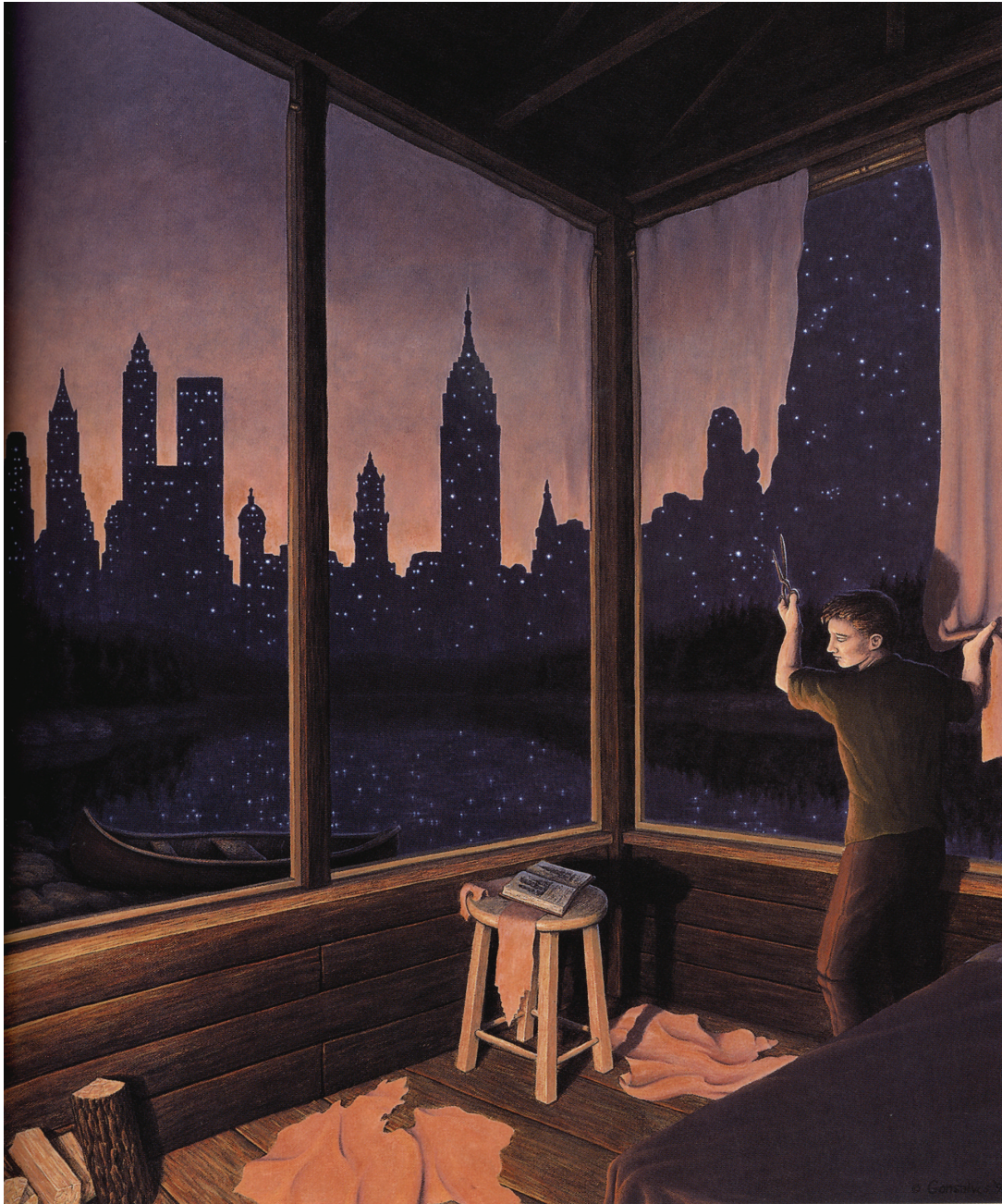
—Perdón —dijo mamá—. Voy a buscar un poco de pan.

Corrió a la cocina.

—Pero si hay pan aquí, en la mesa —exclamé.

Papá no me miró y empezó a comer.

No pude dormir aquella noche. A la una de la mañana bajé a la sala. La luz de la luna era como una escarcha en los techos, y la hierba cubierta de rocío brillaba como un campo de nieve. Me quedé en el umbral, vestido sólo con mi pijama, acariciado por el cálido viento de la noche. Y vi entonces a papá sentado en la hamaca mecánica, que se balanceaba suavemente. Su perfil apuntaba al cielo.



■ Este joven corta la cortina y convierte el paisaje nocturno de una pequeña aldea, en la silueta de una gran ciudad en la noche.

Miraba las estrellas que giraban en la noche, y los ojos, como cristales grises, reflejaban la luna.

Salí y me senté con él.

Nos hamacamos un rato. Y al fin le pregunté:

—¿De cuántos modos se puede morir en el espacio?

—De un millón de modos.

—Dime algunos.

—Los meteoritos. El aire se escapa del cohete. Un cometa que te arrastra. Un golpe. La falta de oxígeno. Una explosión. La fuerza centrífuga. La aceleración. El calor, el frío, el Sol, la Luna, las estrellas, los planetas, los asteroides, los planetoides, las radiaciones.

—¿Y dónde te entierran?

—No te encuentran nunca.

—¿A dónde vas entonces?

—Muy lejos. A un billón de kilómetros de distancia. Tumbas errantes. Así las llaman. Te conviertes en un meteoro o en un planetoide, y viajas para siempre a través del espacio.

No dije nada.

—Hay algo rápido en el espacio —dijo papá—. La muerte. Llega pronto. No se la espera. Casi nunca te das cuenta. Estás muerto, y eso es todo.

Subimos a acostarnos.

Era la mañana.

De pie en el umbral, papá escuchaba al canario amarillo que cantaba en su jaula de oro.

—Bueno. Lo he decidido —me dijo—. La próxima vez que venga a casa, será para quedarme.

—¡Papá! —exclamé.

—Díselo a tu madre cuando despierte —me dijo papá.

—¿Lo dices de veras?

Papá asintió muy serio.

—Hasta dentro de tres meses.

Y allá se fue, calle abajo, con su uniforme escondido en la maleta, silbando y mirando los árboles altos y verdes, y arrancando las moras al pasar rápidamente al lado de los cercos, y arrojándolas ante él mientras se alejaba entre las sombras brillantes de la mañana...

Cuando habían pasado algunas horas desde la partida de papá, le hice a mamá varias preguntas.

—Papá dice que a veces parece que no lo oyeras o que no pudieses verlo.

Y entonces mamá, serenamente, me lo explicó todo.

—Cuando empezó a viajar por el espacio, hace ya diez años, me dije a mí misma: “Está muerto. O lo mismo que muerto”. Así que pensé en tu padre como si estuviese muerto. Y cuando tu padre regresa, tres o cuatro veces al año, no es él realmente, sólo es un sueño, un recuerdo agradable. Y si el sueño se interrumpe o el recuerdo se borra, ya no puede dolerme mucho. Así que casi siempre me lo imagino muerto...

—Pero otras veces...

—Otras veces no puedo impedirlo. Preparo pasteles, y lo trato como si estuviese vivo; pero sufro mucho entonces. No, es mejor pensar que no ha vuelto desde hace diez años, y que ya nunca lo veré. Así duele menos.

—¿Pero no dijo que iba a quedarse la próxima vez?

—No. Está muerto. Estoy segura.

—Pero volverá vivo.

—Hace diez años —dijo mamá—, pensé: ¿Y si se muriese en Venus? No podríamos ver Venus otra vez. ¿Y si muriese en Marte? No podríamos ver Marte, tan rojo en el cielo, sin sentir deseos de meternos en casa

y cerrar la puerta. ¿Y si muriese en Júpiter, Saturno o Neptuno? En las noches en que esos planetas brillan en lo alto del cielo no querríamos mirar las estrellas.

—Creo que no —le dije.

El mensaje llegó al día siguiente.

El mensajero me lo dio, y yo lo leí, de pie, en el corredor. El sol se ponía. Mamá me miraba fijamente desde el otro lado de las ventanas. Doblé el mensaje y me lo guardé.

—Mamá —dije.

—No me digas nada que yo ya no sepa —me dijo mamá.

Mamá no lloró.

Bueno, no fue Marte, ni Venus, ni Júpiter ni Saturno. Cuando Marte o Saturno se levantasen en el cielo de la tarde no tendríamos que pensar en papá.

Se trataba de algo distinto.

La nave había caído en el Sol.

Y el Sol era enorme, y ardiente, e implacable. Y estaba siempre en el cielo. Y uno no podía alejarse del Sol.

Así que durante mucho tiempo, después de la muerte de papá, mamá durmió de día y dejó de salir. Desayunábamos a medianoche y almorzábamos a las tres de la mañana y comíamos bajo la luz fría y pálida de las primeras horas del alba. Íbamos a los espectáculos nocturnos y nos acostábamos al amanecer.

Y durante mucho tiempo salimos a pasear sólo en los días de lluvia, cuando no había sol.





Nos internamos en el bosque en dirección al lugar de donde me había parecido ver algo que se movía, y lo que vimos nos hizo quedar inmobilizados, ¡como petrificados!

Un rebaño de animales gigantes se acercaba hacia nosotros. Eran enormes mastodontes que en su marcha por la selva arrancaban todo lo que encontraban a su paso. Y muy cerca de ellos... ¡Un hombre!

En efecto, apoyado en el tronco de un árbol había un ser humano. ¡Gigantesco!

Sí, un gigante capaz de tener a raya a tales monstruos. Medía más de doce pies. Su cabeza tenía el tamaño de la de un búfalo, aureolada de una gran melena. En su mano llevaba un gran tronco.

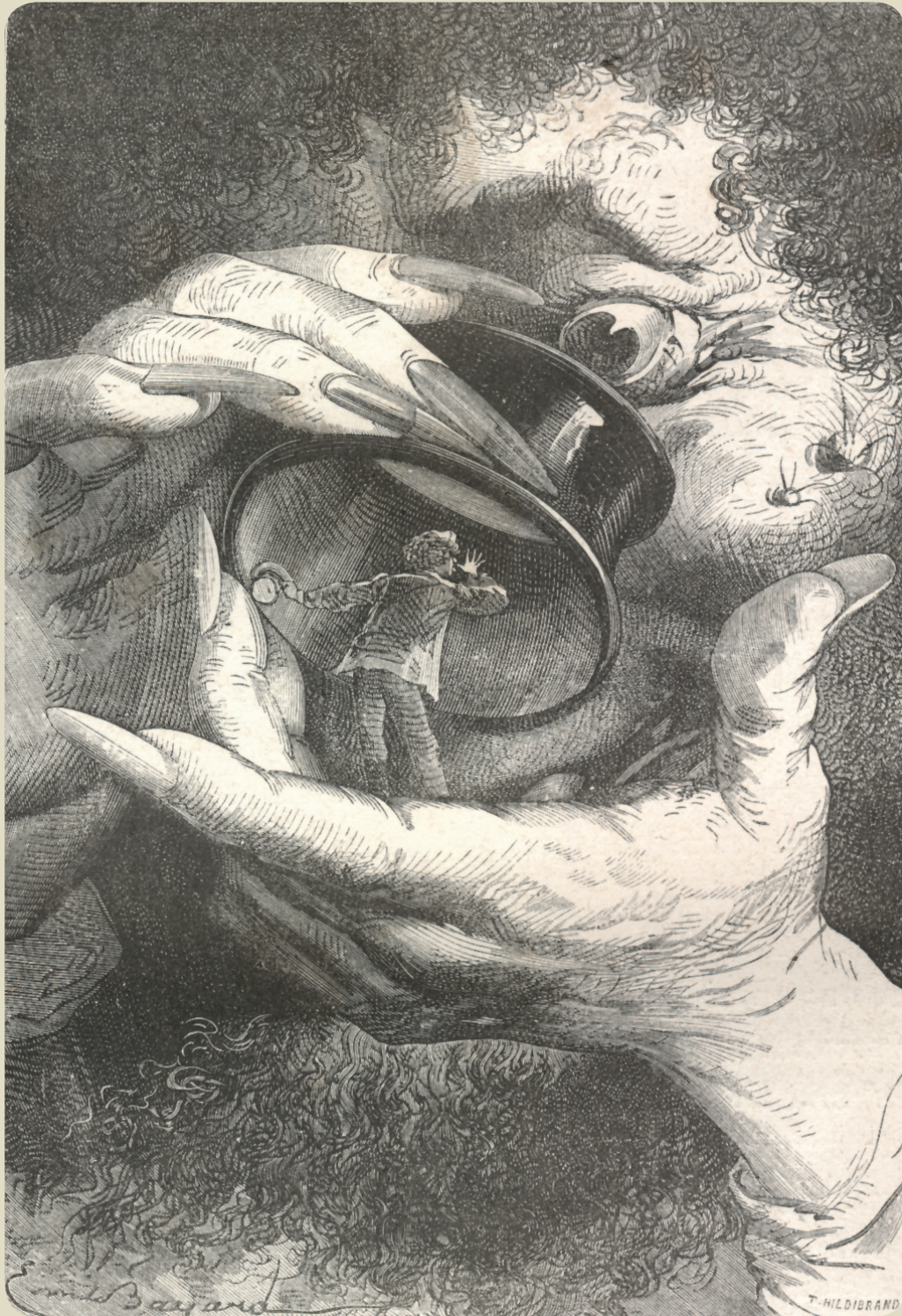
Lo más prudente era huir antes de que aquel coloso antediluviano nos descubriera. Pude convencer con gran esfuerzo a mi tío...

—Tenemos que huir. Comprende que si nos ataca no llevamos armas para defendernos.

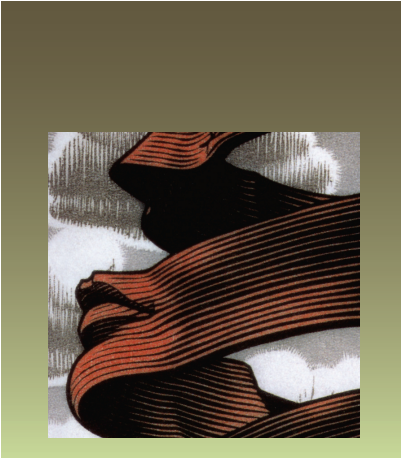
Julio Verne (1828 - 1905)

Viaje al centro de la tierra (fragmento)

De fantasmas y misterios







Hombre pierde su sombra en un incendio

Joaquín Mattos Omar

... el que perdió su sombra en un incendio...

César Vallejo

Un hombre perdió su sombra en un incendio, y en este momento se halla encerrado por voluntad propia en su apartamento, donde permanece casi a oscuras, sin querer recibir prácticamente a nadie, y sintiéndose, según sus propias palabras, “profundamente asombrado”.

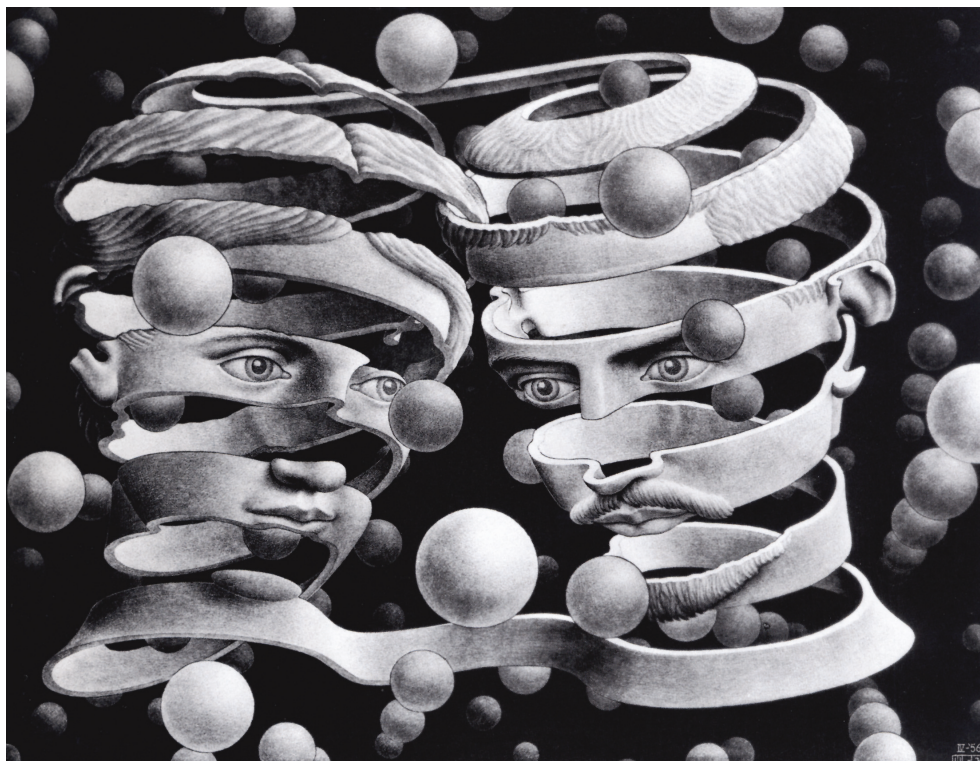
La policía, entretanto, desarrolla una investigación tendiente a dar con el paradero del espectro.

El hecho ocurrió el martes por la tarde, durante el incendio que sufrió el edificio residencial El Molusco, en esta ciudad, y que sólo causó ligeras ruinas en un sector del mismo, gracias a la oportuna intervención del cuerpo de bomberos, que tampoco permitió víctimas.

El sujeto, un joven estudiante universitario, contó que cuando el fuego apareció en su apartamento —localizado en el cuarto piso del susodicho edificio— su sombra perdió el control de los nervios y empezó a instarlo para que saltara por la ventana. “Me negué a hacerlo”, agregó, “porque consideré que la situación no justificaba una solución de tal extremo”. Luego explicó que la sombra se desesperó entonces en grado sumo y que de pronto, con una presteza que no le dio lugar a él para impedirlo, la vio desprenderse de su lado y arrojarle por la ventana.

Fueron muchos los testigos que la vieron caer. Uno de ellos declaró: “Fue una visión bellísima. Más que caer, diría que se posó suavemente sobre el pavimento, como la más fina de las panteras. De inmediato emprendió carrera hacia la esquina; se movía con la depurada plasticidad de un mimo, pero era más veloz. En un instante fue devorada por la esquina y no la vi más”.

M.C. Escher · Lazo de unión



La policía ha informado que las pesquisas adelantadas no han arrojado, hasta la fecha, ningún resultado positivo, pues si bien se llegó incluso a capturar a tres individuos bajo la sospecha de haber rapado a la sombra, no se les pudo finalmente comprobar nada. Uno de ellos, identificado como Ricardo de Cuba, fue sorprendido con dieciséis sombras, por lo que se pensó que era un maniático dedicado a la colección de estas, pero luego se logró establecer que ellas correspondían a las dieciséis personalidades de que estaba dotado el misterioso implicado. Otro, cuyo nombre no fue suministrado, fue hallado con dos sombras, pero ninguna era tampoco la buscada, ya que esta vez se trataba de la propia sombra del sospechoso y de la

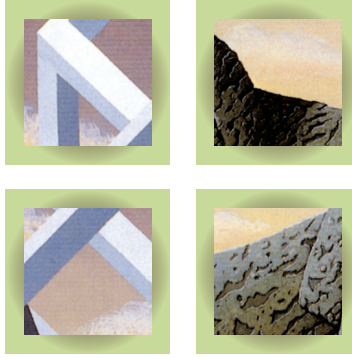
sombra de su propia muerte que, según se dijo, lo ha acompañado siempre. Y el tercero, cuya identidad tampoco se indicó, fue encontrado también con una sombra de más, pero era la sombra de una infamia que el tipo había cometido en su juventud.

No obstante, la policía ha insistido en que no cejará un ápice en su búsqueda. Así lo ha hecho saber el comandante de esa institución, quien sobre el particular precisó: “Personalmente, lo he asumido como un reto”. Y añadió: “Este caso ha llegado a obsesionarme tanto, que ya no sé si soy yo quien persigue a la sombra o si es ésta quien me persigue a mí”.

Tal empeño y diligencia han servido por lo menos para llevar un poco de esperanza al joven estudiante que se niega a abandonar el asilo que ha encontrado en su propio apartamento, hasta tanto no recupere su sombra, pues cree que en la calle la gente lo miraría como un monstruo. Ciertamente, el joven se halla tan afectado por su desgracia, que sus amigos más íntimos, que son de los pocos que pueden visitarlo, al ser consultados por este redactor dijeron lo siguiente: “Hemos terminado por pensar que quien se perdió, en realidad, fue él mismo, de modo que es con su sombra con quien hablamos casi a diario en la penumbra de su apartamento”.

Al cierre de esta edición, una fuente policial informó que a última hora se había logrado un nuevo indicio en la investigación, pues un ciudadano, que pidió no divulgar su nombre, declaró haber visto, en un callejón del centro de la ciudad, “la sombra de la sombra”.



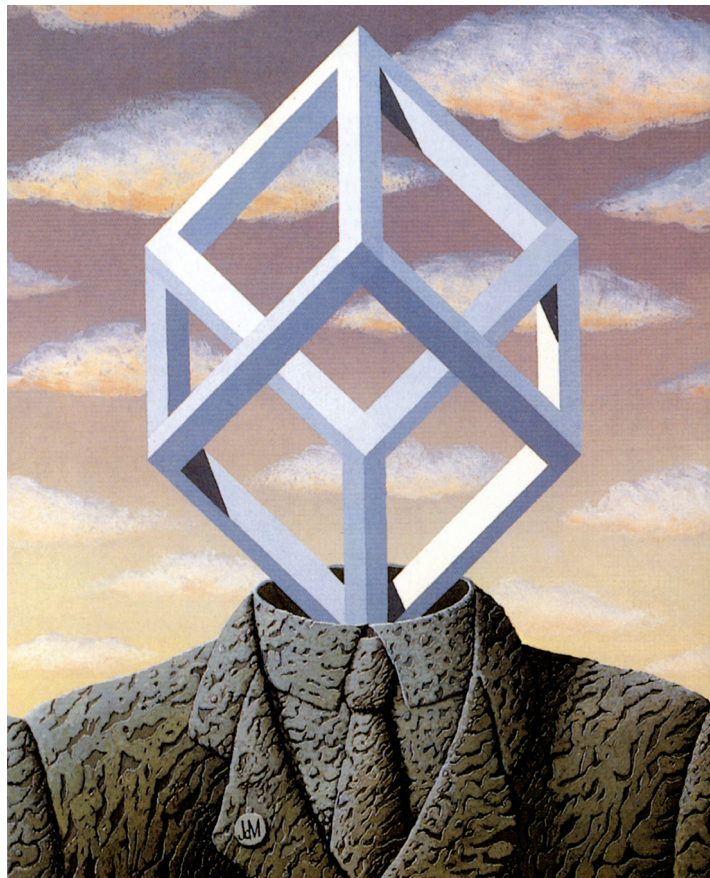


Diferente

José Emilio Pacheco

Durante mucho tiempo recurrió a todos los medios para que la humanidad se enterara de su existencia. Agotó la esperanza. Entonces se dio cuenta de que era un fantasma.

Jos de Mey · Retrato de un hombre invisible





Un creyente

George Loring Frost

Al caer la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de un museo de arte. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

—Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?

—Yo no —respondió el otro—. ¿Y usted?

—Yo sí —dijo el primero y desapareció.



Edgar Rubín · Ilusión de una copa

■ ¿Qué ves en este cuadro: una copa blanca o dos perfiles verdes?



El hombre invisible

Gabriel Jiménez Emán

Aquel hombre era invisible, pero nadie se percató de ello.



Sandro Del-Prete · San Jorge y el dragón

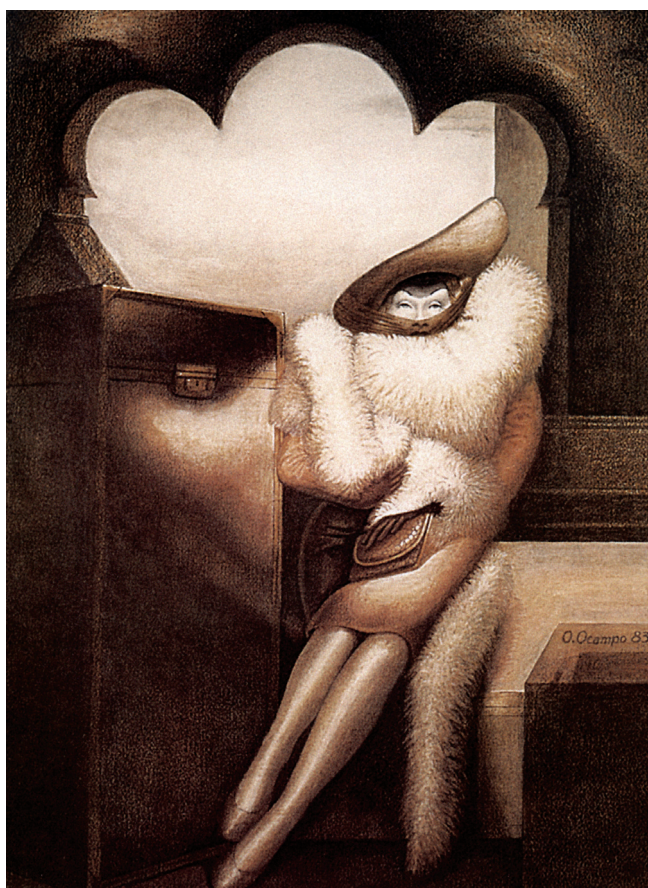
■ ¿Puedes ver el rostro que aparece en esta batalla entre San Jorge y el dragón?



Sola y su alma

Thomas Bailey Aldrich

Una mujer está sentada sola en su casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto. Golpean a la puerta.



Octavio Ocampo · Marlene

■ ¿Puedes ver dentro de esta cara a una mujer sentada?



■ ¿De qué está hecho este rostro?



Los ganadores del mañana

Horn Holloway

Martin “Knocker” Thompson era difícilmente un caballero. Había sido empresario de dudosos combates de boxeo y de partidos (amistosos) de póker, que ya no dejaban la menor duda. Carecía de imaginación, pero no de viveza y de cierta habilidad. Su sombrero, sus zapatos y la herradura de oro que sostenía su corbata podían haber sido más vulgares, pero se esforzaba por aparentar más clase de la que tenía.

No siempre lo mimaba la suerte, pero el hombre se defendía, y no era difícil explicar por qué: “Por cada zonzo que se muere, nacen diez más”.

La tarde que se encontró con el viejo, estaba pobre. Knocker había pasado la hora de la siesta en una reunión sobre finanzas en un hotel. Las opiniones de sus dos socios no lo molestaban en absoluto, pero sí el hecho de que no le dieran más crédito.

Caminó por la calle Whitcomb y se dirigió a Charing Cross. El enojo acentuaba la fealdad normal de su cara, y el resultado general inquietó a las pocas personas que lo miraron.

A las ocho, la calle Whitcomb no está muy concurrida, y no había nadie cerca de ellos dos cuando el viejo le habló. Estaba acurrucado en un portón cerca de Pall Mall, y Knocker no podía verlo bien.

—¡Hola, Knocker! —gritó.

Knocker se dio vuelta.

En la oscuridad vislumbró la vaga figura, sin otro rasgo memorable que una barba blanca desmesurada.

—¡Hola! —respondió desconfiadamente. (Su memoria le estaba asegurando que él no conocía esa barba).

—Hace frío... —dijo el viejo.

—¿Qué quiere? —dijo Thompson con sequedad—. ¿Quién es usted?

—Soy un viejo...

—Si eso es todo lo que quiere decir...

—Es casi todo. ¿Quiere comprarme un periódico? Le aseguro que no es como los demás.

—No entiendo. ¿Por qué no es como los demás?

—Es el “Eco”, pero no es el de hoy, sino el de mañana —dijo el viejo calmosamente.

—Usted debe estar mareado, amigo; eso es lo que le pasa. Mire, los tiempos no son buenos, pero aquí tiene un peso, ¡y que le traiga suerte!... —Sinvergüenza o no, Thompson tenía la generosidad natural de los que viven de manera precaria.

—¡Suerte! —El viejo se rió con una dulzura que crispó los nervios de Knocker.

—Mire —dijo otra vez, consciente de que había algo inverosímil y raro en la vaga figura del portón—. ¿Qué juego es este?

—El juego más antiguo del mundo, Knocker.

—Déle un descansito a mi nombre, hágame el favor.

—¿Lo avergüenza su nombre?

—No —dijo Knocker con firmeza—. Dígame de una vez qué es lo que quiere. Estoy harto de perder tiempo.

—Váyase entonces, Knocker.

—Pero, ¿qué quiere usted? —insistió Knocker, extrañamente inquieto.

—Nada. ¿No quiere llevarse este periódico? En el mundo no hay otro igual. Ni habrá, durante veinticuatro horas.

—Claro. Si sólo mañana se va a publicar —dijo Knocker con sorna.

—Tiene los ganadores de las carreras de caballos de mañana —dijo el otro con sencillez.

—Está mintiendo.

—Fíjese usted mismo. Ahí los tiene.

Un periódico salió de la oscuridad y los dedos de Knocker lo cogieron, casi con miedo. Una carcajada retumbó en el portón, y Knocker se quedó solo.

Sintió incómodamente el latir de su corazón, pero siguió hasta una vidriera con luz que le permitió ver el periódico.

“Jueves 29 de julio de 1926”, leyó.

Pensó un rato. Tenía la seguridad de que hoy era miércoles. Sacó del bolsillo una agenda y la consultó. Era miércoles 28 de julio, último día de las carreras de caballos en Kempton. No cabía duda.

Miró otra vez la fecha: julio 29, 1926. Buscó instintivamente la última página, la página de las carreras de caballos.

Se encontró con los cinco ganadores en el hipódromo de Gatwick. Se pasó la mano por la frente: estaba húmeda de sudor.

—Hay una trampa en esto —dijo en voz alta y volvió a examinar la fecha del diario. Estaba repetida en cada página, clara y patente. Examinó después las cifras del año, pero también el seis era perfectamente normal.

Miró con apuro la primera página. Había un titular de ocho columnas sobre la huelga. Eso no podía ser del año pasado. Volvió enseguida a las carreras. El ganador de la primera era Inkerman, y Knocker había resuelto jugarle a Clip. Notó que los transeúntes lo miraban con curiosidad. Se metió el periódico en el bolsillo y siguió. Nunca había necesitado tanto un poco de alcohol. Entró en un bar cerca de la estación, que felizmente estaba vacío. Después de tomar una copa sacó el periódico. Sí, Inkerman había ganado la primera y había pagado seis a uno. (Knocker hizo ciertos cálculos apurados pero satisfactorios). Salmón había ganado la segunda; era lo que él siempre había dicho. Bala Perdida —¿quién demonios iba a pensarlo?— había ganado la tercera, el clásico. ¡Y por siete cuerpos! Knocker se humedeció los labios resecaos. No había ningún engaño. Conocía muy bien los caballos que correrían en Gatwick, y ahí estaban los ganadores.

Hoy ya era tarde. Lo mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud lo abandonó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol acudió el recuerdo de una película, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro de que no se trataba de un engaño. El viejo no le había pedido dinero, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky e invitó al cantinero.

—¿Tiene algún dato para mañana? —le preguntó el cantinero. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló.

—Sí —dijo, después de un tiempo—. Salmón en la segunda carrera. Kocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la plata ganada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.



Giuseppe Arcimboldo · *Invierno*

■ ¿De qué está hecho este rostro?

En la carrera principal casi nadie le apostó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había por qué correr el riesgo. Knocker hizo varias apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.



Giuseppe Arcimboldo · Primavera

■ ¿De qué está hecho este rostro?

A Knocker, esa carrera no le produjo emoción. Él ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de dinero, y eso no era nada comparado con lo que iba a cobrar en la oficina del West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de apostadores, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo ponían muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía olvidar del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El periódico estaba todavía en su bolsillo: tuvo un presentimiento y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias.

Lo hojeó; era un periódico como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo; una noticia le llamó la atención. “Muerte en un tren” se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitado; pero siguió leyendo. “El conocido deportista señor Martin Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick”.

No leyó más: el periódico se le cayó de las manos.

—Fíjese en Knocker —alguien dijo—. Debe estar enfermo. —Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—Paren... paren el tren —balbuceó, y buscó el timbre de alarma.

—Quieto, amigo —dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo—. Siéntese, no hay por qué hacer sonar la alarma...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios, pero era inútil.

—Está muerto —dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al periódico en el suelo. El tropel lo había empujado bajo el asiento, y nadie supo dónde fue a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal vez.

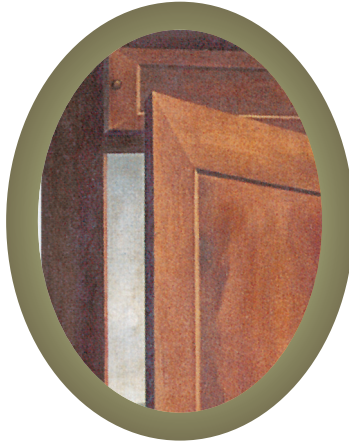
Nadie sabe.



Marcel Jean · Armario surrealista



■ ¿Qué hay guardado en este armario?



Final para un cuento fantástico

I. A. Ireland

—¡Que extraño! —dijo la muchacha avanzando cautelosamente—. ¡Qué puerta más pesada!

La tocó, al hablar, y se cerró de pronto, con un golpe.

—¡Dios mío! —dijo el hombre—. Me parece que no tiene cerradura del lado de adentro. ¡Cómo, nos han encerrado a los dos!

—A los dos no. A uno solo —dijo la muchacha.

Pasó a través de la puerta y desapareció.



■ ¿Puedes encontrar la mujer a quien este hombre está dando una serenata?



La sombra desobediente

Manuel Mejía Vallejo

Yo el solitario. Por lo menos tenía mi sombra; ni grande ni pequeña —a veces alargada, recogida a veces—; la que merecía, la exacta para mi soledad. Pero ocurren cosas extrañas al viajero y su sombra, aunque ya nos habíamos acostumbrado al pequeño misterio de cada día. Si caían a nuestro lado otras sombras, distinguíamos en ellas el ala o el cuerno o el rostro o el árbol hasta la sombra del agua en algunos días, cuando la lluvia juega al sol y los pájaros sueñan entre ella jaulas de juguete.

Cuando la mía se fue, pensé que regresaría con el primer sol de verano. Una tarde intentó volver, se arrimó a un árbol desconfiada, pero no pude separarla de la sombra del árbol. Otro día creí verla hacia el monte respirador; mis pasos, acostumbrados a ella, quisieron seguirla.

Fueron tantos los caminos andados. Debió extraviarse en uno de aquellos caminos. Nadie la conocerá como yo, nadie le mostrará tantos lugares, nadie entenderá mejor su fidelidad cuando el sol me la desprendía y así, fuera de mí, seguía el paso.

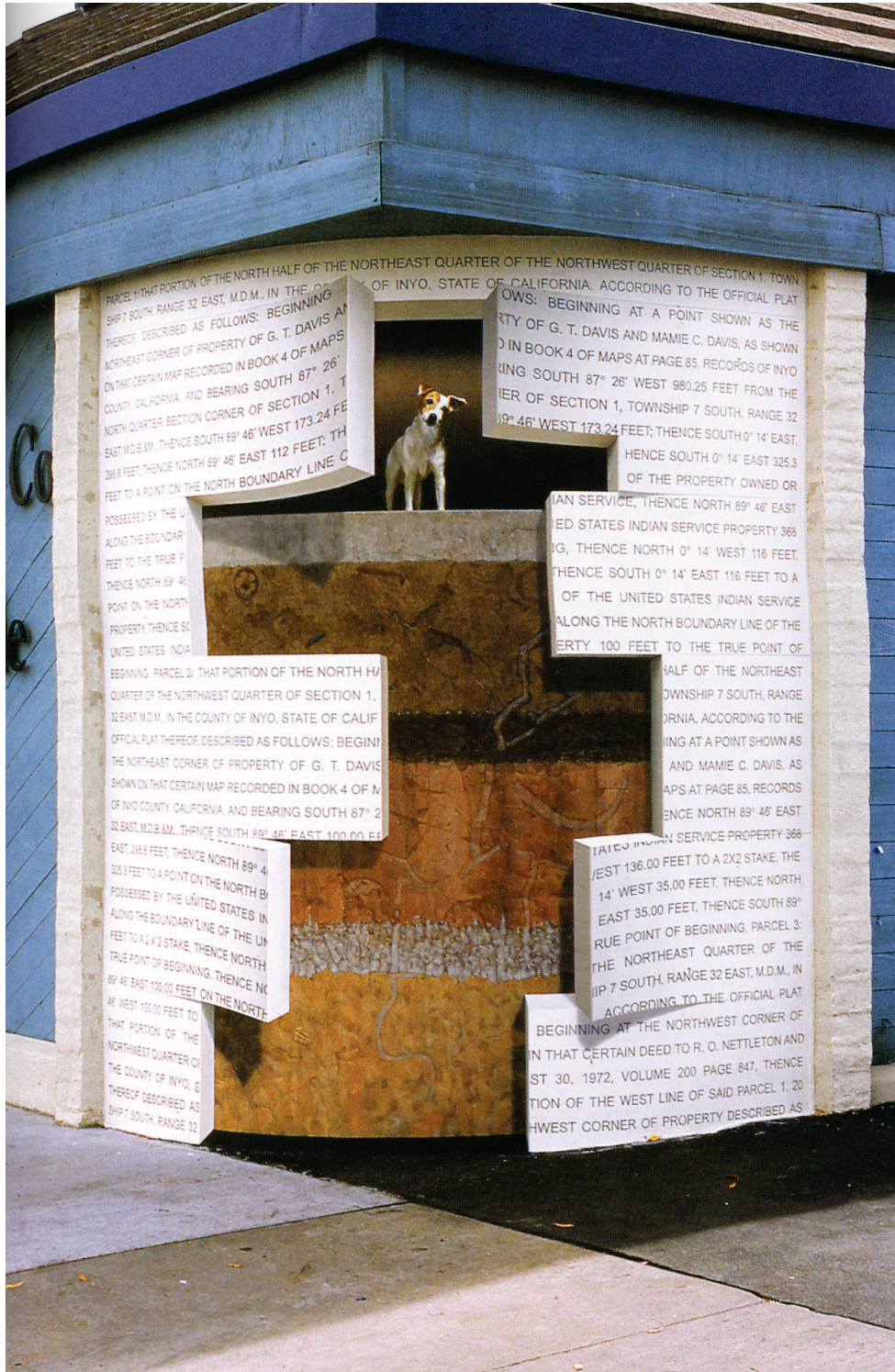
—¡Sombra!

Aunque la entiendo, duele su rebeldía. Será el invierno; las sombras se van con el sol, él las hace, su ausencia las destruye.

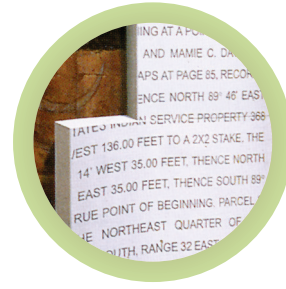
Ahora, más solo que nadie, que siempre, que nunca, más solo que la soledad, voy como un río. Únicamente el río no tiene sombra, el río: deben caer frescas las sombras en el vientre del agua.

—Se ahogaría en el río, mi sombra.





■ ¿Puedes creer que es pintado sobre un muro esquinero?



La ventana abierta

Saki

—Mi tía bajará en un momento, señor Nuttel —dijo una joven quinceañera muy dueña de sí misma—. Mientras tanto tendrá que conformarse con mi compañía.

Framton Nuttel se esforzó en decir algo apropiado para pasar el momento, sin cometer la indiscreción de dejar a un lado a la tía que estaba a punto de bajar. En su interior, se preguntó más que nunca si estas visitas a una fila de completos extraños harían algo para ayudarlo a curar el problema nervioso que supuestamente debía superar.

—Sé cómo va a ser —le había dicho su hermana cuando se preparaba para viajar a este refugio rural—, te enterrarás allá y no hablarás con ningún alma viviente, tus nervios estarán peor, te deprimirás más que nunca. Te daré cartas de recomendación para toda la gente que conozco allá. Algunos, hasta donde recuerdo, eran bastante agradables.

Framton se preguntó si la señora Sappleton, destinataria de una de las cartas, haría parte de ellos.

—¿Conoce mucha gente por aquí? —preguntó la sobrina cuando consideró que habían compartido suficiente silencio.

—Sólo a una —dijo Framton—. Mi hermana vivía aquí, en la casa del párroco, usted sabe, hace cuatro años. Ella me dio cartas de recomendación para algunas personas.

Dijo la última frase con un tono de arrepentimiento.

—¿Entonces no conoce a mi tía? —lo acosó la joven dueña de sí misma.

—Sólo su nombre y su dirección —admitió el hombre.

Se preguntaba si la señora Sappleton era casada o viuda. Algo indefinible en el cuarto parecía sugerir una presencia masculina.

—Su gran tragedia ocurrió exactamente hace tres años —dijo la niña—. Sería la época en que su hermana vivía aquí.

—¿Tragedia? —preguntó Framton, de alguna manera en este pueblo tranquilo las tragedias parecían fuera de lugar.

—Usted se preguntará por qué mantenemos la ventana bien abierta, en una tarde de octubre —dijo la sobrina, señalando una enorme ventana que daba a un prado.

—Hace mucho calor, lo que es raro en esta época del año —dijo Framton—. ¿La ventana tiene algo que ver con la tragedia?

—Hace tres años, por esa ventana, su esposo y sus dos hermanos salieron de caza. Nunca regresaron. Cuando cruzaron el páramo hacia su terreno de caza favorito, se hundieron en un pantano de tierras movedizas. Había sido uno de esos húmedos veranos espantosos, usted sabe, y los lugares que habían sido seguros años atrás, de repente ya no lo eran. Sus cuerpos nunca fueron recuperados. Eso fue lo más terrible de todo.

En este punto la voz de la niña perdió su seguridad y se entrecortó.

—Pobre tía, siempre cree que van a regresar algún día junto con el pequeño perro café y que atravesarán esa ventana como solían hacerlo. Por eso la ventana se mantiene abierta cada atardecer hasta entrada la noche. Pobre querida tía, me ha contado tantas veces cómo salieron; su esposo con su impermeable blanco en el brazo y Ronnie, su hermano menor, cantando “Bertie, ¿por qué saltas?”, siempre lo hacía para molestarla, porque ella decía que le ponía los nervios de punta. Sabe, a veces en tardes como estas, silenciosas y tranquilas, me da un escalofrío, y creo que van a atravesar esa ventana.

Dejó de hablar con un pequeño temblor. Fue un descanso para Framton cuando la tía apareció en el cuarto con una catarata de disculpas por haberse demorado arreglándose.

—Espero que se haya entretenido con Vera —dijo ella.

—Ha sido muy interesante —dijo Framton.

Jos de Mey · Una ventana con vista hacia afuera y hacia adentro



■ Este hombrecito está observando un extraño cubo sentado en una insólita e imposible ventana.

—Espero que no le importe la ventana abierta —dijo la señora Sappleton con rapidez—. Mi esposo y mis hermanos regresarán muy pronto de cazar y siempre lo hacen por ahí. Hoy han estado cazando en el pantano, así que harán una embarrada terrible en mis pobres alfombras. Así como lo hicieron ustedes, ¿no es cierto?

Seguía hablando incansable sobre la cacería y la escasez de pájaros, del regreso de los patos en el invierno. Framton hizo un esfuerzo desesperado pero poco exitoso de desviar la conversación hacia un tema menos fantasmagórico y horrible. Se daba cuenta de que su anfitriona le prestaba sólo un poquito de atención, pues desviaba los ojos constantemente a la ventana y más allá del prado. En realidad era una coincidencia desafortunada que hubiera hecho su visita en este trágico aniversario.

—Los doctores me ordenaron reposo, nada de emociones ni de ejercicio físico violento —anunció Framton, quien actuaba según la idea de que los desconocidos siempre estaban hambrientos por saber el más mínimo detalle de su enfermedad y debilidad, de cual era su causa y su cura—. En cuanto a la dieta, no llegaron a ponerse de acuerdo —continuó.

—¿No? —dijo la señora Sappleton, en un tono que fue seguido de un bostezo en el último momento.

Entonces ella se puso en repentina actitud de alerta, pero no por las palabras de Framton.

—¡Por fin llegaron! —gritó ella—. ¡Justo a tiempo para tomar el té, y parece como si estuvieran cubiertos de lodo hasta los ojos!

Framton tembló levemente y se volteó hacia la sobrina con una mirada que intentaba transmitir una comprensión compasiva. La niña miraba fijamente por la ventana, aturdida por el horror. Estremecido con un miedo sin nombre, Framton giró con brusquedad en su asiento y miró en la misma dirección. En el atardecer que se oscurecía cada vez más, tres figuras atravesaron el prado hacia la ventana; llevaban armas bajo los brazos y uno de ellos cargaba un impermeable blanco sobre sus hombros. Un perro café, visiblemente cansado, los seguía. Se acercaron a la casa en silencio y entonces una vocecita ronca cantó desde la oscuridad: “Dime, Berty, ¿por qué saltas?”.

Framton tomó su sombrero y bastón con rapidez; no tuvo tiempo de fijarse en la puerta principal, ni en el camino de herradura ni en la verja en su carrera precipitada. Un ciclista que venía por el camino tuvo que orillarse para evitar el inminente choque.

—Aquí estamos, querida —dijo el propietario del impermeable blanco que atravesaba la ventana—. Estamos llenos de barro pero la mayor parte ya está seco. ¿Quién era ese que salió de golpe cuando entramos?

—El hombre más raro, el señor Nuttel —dijo la señora Sappleton—. Sólo habló de su enfermedad y salió corriendo cuando llegaste, sin despedirse o disculparse. Se podría creer que vio un fantasma.

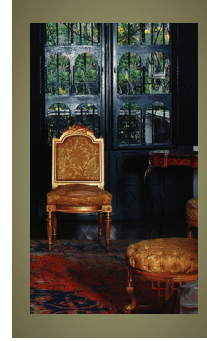
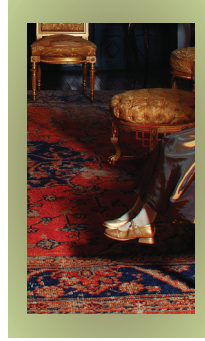
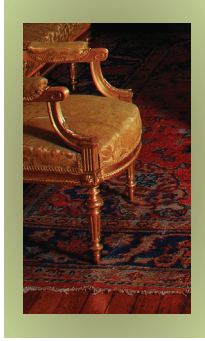
—Creo que fue por el perro —dijo la sobrina con calma—. Me dijo que le tenía horror a los perros. Una vez lo persiguió una jauría de perros parias en un cementerio en alguna parte de la desembocadura del río Ganges, y tuvo que pasar la noche en una tumba recién cavada, con las criaturas gruñendo, mostrando los colmillos y echando espuma por las fauces feroces encima de su cabeza. Esto es suficiente para que cualquiera se enferme de los nervios.

Inventar un cuento sobre la marcha era la especialidad de la sobrina.





■ ¿Quién será el dueño del palacio: la niña o el conejo?



¿Quién sabe?

Guy de Maupassant

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Escribiré al fin lo que me ha pasado? ¿Podré? ¿Seré capaz? ¡Es tan extraño, tan inexplicable, tan incomprendible!

Si no estuviera seguro de lo que he visto, seguro de que en mis razonamientos no ha habido ninguna debilidad, ningún error en mis comprobaciones, ningún hueco en la rigurosa serie de mis observaciones, me creería un simple alucinado, juguete de una extraña visión. Al fin y al cabo, ¿quién sabe?

Estoy ahora en un sanatorio; pero he ingresado voluntariamente, por prudencia, por miedo. Una sola persona conoce mi historia. El médico de aquí. Voy a escribirla. ¿Por qué? Para librarme de ella, porque la siento como una intolerable pesadilla.

He sido siempre un solitario, un soñador, una especie de filósofo aislado, benévolo, satisfecho con poco, sin amargura para los hombres, sin rencor para el cielo.

He vivido solo, siempre, a causa de la incomodidad que la presencia de otros me inspira. ¿Cómo explicarlo? No sé. No rehúyo la sociedad, el diálogo, las comidas con los amigos, pero al rato de estar con ellos, hasta con los más familiares, me cansan, me fatigan, me irritan, y siento un deseo creciente de que se vayan o de irme, de

estar solo. Este deseo es una irresistible necesidad. Si perdurara la presencia de las personas con quienes estoy, si me obligaran, no ya a escuchar sino simplemente a seguir oyendo sus conversaciones, me ocurriría, sin duda alguna, un accidente.

Me agrada de tal modo la soledad, que ni siquiera puedo soportar que otros duerman bajo mi techo; no puedo vivir en París, porque allí agonizaría eternamente. Muero moralmente y me martiriza también el cuerpo y los nervios esa inmensa muchedumbre que pulula, que vive a mi alrededor, hasta cuando está dormida. Ah, el sueño de los otros me es todavía más penoso que su palabra. Y nunca puedo descansar cuando presiento, cuando siento, del otro lado de una pared, las existencias interrumpidas por esos recurrentes eclipses de la razón.

Algunos están capacitados para vivir hacia afuera, otros para vivir hacia adentro; en cuanto a mí, pronto se me agota la atención exterior, y cuando alcanza su límite, siento en todo el cuerpo y en toda la inteligencia un malestar intolerable.

De ahí el afecto que siento por los objetos inanimados que son, para mí, tan importantes como los seres, y la transformación de mi casa en un pequeño mundo que yo habitaba solitaria y activamente, rodeado de cosas, de muebles, de adornos familiares, amables para mí como son los rostros para otros. La había llenado poco a poco y me sentía satisfecho, contento como entre los brazos de una mujer cuya caricia habitual es una serena y dulce necesidad.

Había hecho construir mi casa en las afueras de una ciudad, rodeada de un bello jardín que la alejaba de los caminos, y capaz de ofrecerme la compañía que a veces necesitaba.

Los sirvientes dormían en un edificio alejado, atrás de la huerta. El oscuro amparo de las noches, en el silencio de mi casa perdida, escondida, ahogada bajo las hojas de los grandes árboles, me era tan grato y apacible, que yo solía acostarme muy tarde, para prolongar ese goce.

Aquel día, habían representado Sigurd en el teatro de la ciudad. Era la primera vez que oía ese hermoso y fantástico drama musical, y me había agradado intensamente. Volví a la casa a pie, la cabeza llena de frases sonoras y la vista poblada de bellas imágenes. Era una noche muy oscura: me costaba distinguir el camino, y estuve a punto de caer en una zanja. Desde la cerca hasta la casa hay un kilómetro, más o menos, tal vez un poco más, o sea unos veinte minutos de caminata lenta. Era la una de la mañana, la una o la una y media; el cielo se aclaró un poco y apareció la luna creciente.

Divisé a lo lejos el oscuro terreno de mi jardín y no sé por qué la idea de entrar ahí me produjo un malestar extraño. Caminé más despacio. La noche era suave. La arboleda parecía una tumba donde estuviera sepultada mi casa. Abrí el portón y recorrí la larga avenida de sicomoros que se dirigía a la casa, arqueada como un túnel, atravesando prados oscuros manchados de flores pálidas. Cerca de la casa sentí una rara inquietud. Me detuve. No se oía nada. El aire estaba inmóvil entre las hojas. ¿Qué me pasa? Hace años que vivo aquí sin que me atormente la menor inquietud. No tenía miedo, nunca tuve miedo de noche. La presencia de un vagabundo, de un ladrón, me hubiera enardecido y lo hubiera enfrentado sin vacilar. Por lo demás, estaba armado. Tenía mi revólver. No lo saqué; quería resistirme al miedo que surgía en mí.

¿Qué era? ¿Un presentimiento? ¿El misterioso presentimiento que se apodera de los hombres que están por ver lo inexplicable? A medida que avanzaba sentía un estremecimiento y cuando estuve frente al muro, a las persianas cerradas de mi casa, sentí que tendría que esperar unos minutos antes de abrir la puerta y entrar. Entonces, me senté en un banco debajo de las ventanas de la sala. Me quedé un poco tembloroso, la cabeza apoyada contra la pared, los ojos fijos en la sombra del follaje. Durante esos primeros momentos no observé nada insólito a mi alrededor. Me zumbaban los oídos; pero no era el habitual zumbido de la sangre en las arterias: era un ruido muy particular, muy confuso, que debía de provenir del interior de la casa.

A través de la pared distinguí ese ruido, más una inquietud que un ruido, un vago desplazarse de muchas cosas, como si arrastraran suavemente todos mis muebles. Dudé un rato de la agudeza de mi oído; pero acercándome a una ventana tuve la certeza de que algo incomprensible y anormal ocurría en casa. No tenía miedo, pero estaba —¿cómo expresarlo?— despavorido de asombro. No amartillé el revólver. Presentí que era inútil. Esperé. Esperé largamente. No podía resolverme a hacer algo. Ansioso, con el ánimo lúcido, esperé, oyendo siempre el ruido que aumentaba con una intensidad violenta, que parecía transformarse en un sordo trueno de impaciencia, de ira, de misterioso motín. Luego, bruscamente avergonzado de mi cobardía, hice girar dos veces la llave en la puerta y entré. Sonó el portazo como una detonación; toda mi casa respondió con un formidable alboroto. Fue tan súbito, tan terrible, tan ensordecedor, que retrocedí algunos pasos. Aun sintiéndolo inútil, saqué el revolver. Volví a esperar. Ah, muy poco. Percibí un ruido de extraordinarias pisadas en los peldaños de la escalera, en la madera, en las alfombras, pisadas, no de zapatos, no humanas, sino de muletas, muletas de madera, muletas de hierro, que vibraban como los platillos de una banda de música. Vi de golpe, en el umbral de la puerta, un sillón, mi gran sillón de lectura, que salía contoneándose. Se fue por el jardín. Otros lo seguían, los de la sala, luego los bajos divanes, deslizándose como cocodrilos, luego todas las sillas, con saltos de cabras, y los taburetes trotando como conejos.

¡Qué impresión! Tuve que hacerme a un lado ante ese brusco desfile de muebles. Todos iban saliendo, unos tras otros, con rapidez o lentitud, según el tamaño o el peso. Mi piano, mi gran piano de cola, pasó como un caballo desbocado, con un rumor de música en el flanco. Los objetos menudos se deslizaban sobre el piso como hormigas; los cepillos, la cristalería, las copas, donde la luz de la luna encendía fosforescencias de luciérnaga, los géneros, se arrastraban, se desplazaban como pulpos marinos. Vi mi escritorio, una curiosa pieza del siglo XVIII, que contenía todas las cartas que he recibido, toda la historia de mi corazón, la vieja historia que me ha hecho sufrir tanto. También guardaba fotografías.

Súbitamente perdí el miedo. Me arrojé sobre el escritorio. Lo agarré como se agarra a un ladrón, a una mujer que huye. Pero era incontenible su ímpetu. A pesar de mis esfuerzos y de mi enojo, no pude detener su fuga; me derribó. Luego me arrastró por el piso; los otros muebles me pisotearon, me magullaron; me arrollaron como una carga de caballería a un jinete caído.



Salvador Dalí · Mae West

■ Si te fijas bien verás que se trata de un rostro formado por muebles.

Loco de espanto, pude alcanzar la vera del camino y refugiarme entre los árboles. Vi desaparecer los objetos mínimos, los más modestos, los más ignorados. Luego escuché a lo lejos, en mi casa, que ahora tenía una sonoridad de objeto vacío, un ensordecedor estampido de puertas que se cierran. Las oí golpearse, de arriba abajo, hasta la última, la que yo mismo —insensato— había abierto para facilitar la fuga.

Volví corriendo a la ciudad. En las calles recuperé mi sangre fría. Fui a un hotel conocido. Dije que había perdido las llaves de la quinta y que avisaran a la gente de casa que yo estaba ahí.

Pasé la noche en vela. A las siete llegó mi mayordomo. Aterrado, me anunció que había sucedido una gran desgracia.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Han robado todos los muebles del señor. Todo, todo, hasta los más pequeños objetos.

Esta noticia me alegró, quién sabe por qué. Me sentía seguro de mí mismo, capaz de disimular, de no revelar a nadie lo que había visto, de esconderlo, de enterrarlo en mi conciencia como un horrible secreto. Contesté:

—Entonces, serán los mismos que me robaron las llaves. Hay que avisar inmediatamente a la policía.

Esperamos, luego salimos juntos. La investigación duró cinco meses. No se descubrió nada. Ni el más pequeño objeto. Ni el más leve rastro de los ladrones. Si hubiera dicho mi secreto... si lo hubiera dicho... me habrían encerrado, no a los ladrones, a mí, al hombre que había visto semejante cosa.

Supe callar. Pero no amueblé de nuevo mi casa; era inútil; hubiera recommenzado; siempre. No quise volver a casa; no volví, no quise verla.

Fui a París, a un hotel. Consulté médicos, sobre mi estado nervioso. Me aconsejaron viajar. Seguí el consejo.

II

Empecé por una excursión a Italia. El sol me hizo bien. Durante seis meses, erré de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia, de Florencia a Roma, de Roma a Nápoles. Luego recorrí la Sicilia, tierra admirable por su naturaleza y por sus monumentos, reliquias de los griegos y de los normandos. Viajé al África, atravesé pacíficamente ese gran desierto amarillo y tranquilo, donde vagabundean camellos, gacelas y árabes errabundos, ese desierto cuyo aire transparente y ligero ignora de noche y de día las obsesiones.

Regresé a Francia por Marsella, recorrí la alegría de la Provenza, y me entristeció la disminuida claridad del cielo. Sentí, de vuelta a Europa, la impresión de un enfermo que se cree curado y a quien un dolor sordo anuncia que persiste la raíz de su mal.

Luego volví a París. Al cabo de un mes, me aburría. Era otoño y quise emprender, antes del invierno, una excursión a través de Normandía, que me era desconocida.

Empecé, naturalmente, por Rouen y durante ocho días deambulé distraído, encantado, entusiasmado, en esa ciudad medieval, en ese sorprendente museo de monumentos de la época gótica. Una tarde, a eso de las cuatro, al bajar por una calle inverosímil, donde corre un arroyo negro como tinta, llamado Eau de Robec, mi atención, absorta por el aspecto extraño y antiguo de las casas, se detuvo en un vecindario de tiendas de antigüedades que se seguían de puerta en puerta.

En el fondo de los negros comercios se amontonaban los arcones esculpidos, las porcelanas de Rouen, de Nevers, de Moustiers, las estatuas pintadas, los cristos, las vírgenes, los santos, los adornos de iglesia, las casullas, las capas pluviales, hasta vasos sagrados y un viejo tabernáculo de madera dorada, del que se había ido el Señor.

Mi ternura de coleccionista se despertó en esa ciudad de anticuario. Iba de tienda en tienda, atravesando los puentes de tablas, sobre la fétida corriente del Eau de Robec.

Uno de mis más hermosos armarios estaba al borde de un arco abarrotado de objetos y que parecía la entrada de un cementerio de muebles antiguos. Me acerqué temblando, temblando de tal modo que no me atreví a tocarlo. Estiré la mano, vacilé. Era en verdad el mío: el armario Luis XIII, reconocible por todo aquel que lo hubiera visto una vez. Mirando un poco más lejos, hacia las más sombrías honduras de esa galería, divisé tres de mis sillones forrados de tapices neerlandeses. Luego, aún más lejos, mis dos mesas Enrique II, tan raras que de París venían a verlas. Avancé, paralítico de emoción, pero avancé, porque soy valiente, avancé como un caballero de las épocas tenebrosas penetrando en un antro de brujerías. Encontré, uno a uno, los objetos que me habían pertenecido: mis arañas, mis libros, mis cuadros, mis telas, mis armas, todo, salvo el escritorio lleno de cartas.



Salvador Dalí · Rostro y plato de frutas en una playa

■ ¿Qué ves aparte de un florero?

Seguí, bajando a galerías oscuras para subir después a los pisos superiores. Estaba solo. Llamé, no me contestaron. Estaba solo; no había nadie, en esa casa vasta y tortuosa como un laberinto.

Cayó la noche y tuve que sentarme, en la oscuridad, en una de mis sillas, porque no quería irme. De tiempo en tiempo, golpeaba inútilmente las manos.

Habría pasado una hora, cuando oí pasos, pasos ligeros, lentos, no sé dónde. Estuve por huir, pero, decidiéndome, volví a llamar y vi una luz en la pieza vecina.

—¿Quién está ahí? —dijo una voz.

Respondí:

—Un comprador.

Me contestaron:

—Es tarde para entrar en las tiendas.

Insistí:

—Hace una hora que espero.

—Puede volver mañana.

—Mañana no estaré en Rouen.

No me atrevía a avanzar y él no se acercaba.

Veía siempre la luz de su lámpara iluminando un tapiz en el que dos ángeles volaban sobre los muertos en un campo de batalla. Ese tapiz también era mío. Dije:

—Y bien, ¿por qué no viene?

Respondió:

—Lo espero.

Me levanté y fui hacia él.

En medio de una enorme pieza había un hombrecito muy pequeño y muy gordo, gordo y aborrecible.

Tenía una barba rala, despereja y amarillenta. No tenía un pelo en la cabeza. La cara era arrugada e hinchada, los ojos imperceptibles.

Regatí el precio de tres sillas que me pertenecían; las pagué inmediatamente: una suma cuantiosa. Le di el número de mi habitación en el hotel. Me las entregarían a las nueve de la mañana del día siguiente. El hombre me acompañó hasta la puerta con mucha gentileza.

Luego, en la comisaría central, le conté al comisario el robo de los muebles y mi descubrimiento reciente.

Por telégrafo pidió informes al tribunal que había fallado en el asunto del robo y me pidió que aguardara la respuesta. Una hora después llegó la respuesta, del todo gratificante para mí.

—Haré arrestar a ese hombre. Lo interrogaré enseguida —me dijo—. Quizá malicie algo y esconda algún objeto de su propiedad. Lo espero dentro de un par de horas, después de la cena. El hombre estará aquí; en su presencia, lo someteré a un nuevo interrogatorio.

—Perfectamente, señor. Le agradezco mucho.

Fui a cenar al hotel; comí mejor de lo que hubiera creído; a pesar de todo, estaba bastante contento; el culpable estaba en nuestro poder. A la hora convenida me encontré con el comisario.

—No dieron con el hombre. Mis agentes lo han buscado en vano.

—¡Ah!

Me sentía desfallecer.

—Pero, ¿dieron ustedes con la casa?

—Por supuesto. La estamos vigilando, hasta que vuelva. El hombre ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido?

—Suele pasar las noches en casa de una vecina. Mueblera, también. Una bruja, la vieja Bidoin. No lo vio esta noche; no puede darnos ningún dato. Hay que esperar hasta mañana.

Me fui. Las calles de Rouen me parecieron siniestras, inquietantes, embrujadas.

Dormí mal, con pesadillas antes de cada despertar.

Al día siguiente, no quise parecer ni inquieto ni apresurado. Esperé hasta las diez para ir a la comisaría.

El hombre no había aparecido. La tienda estaba cerrada.

El comisario me dijo:

—Hice todas las diligencias necesarias. El tribunal está enterado; iremos juntos a esa tienda. Usted me indicará lo que es suyo.

Un coche de caballos nos llevó. Un cerrajero y los agentes abrieron la puerta. Al entrar, no vi ni el armario, ni los sillones, ni las mesas, ni nada de cuanto había amueblado mi casa.

El comisario, atónito, me miraba con desconfianza.

—Dios mío —le dije—, la desaparición de los muebles coincide extrañamente con la del mueblero.

Sonrió:

—Es verdad. Usted hizo mal en comprar y en pagar ayer muebles suyos.

—Eso lo puso alerta.

Proseguí:

—Lo inexplicable es que el lugar que ayer ocupaban mis muebles ahora está ocupado por otros.

—Tuvo cómplices y la noche entera. Esta casa debe comunicar con la de los vecinos. No tema, señor: tomaré con empeño el asunto. No tardará en caer el malhechor, ya que vigilamos la madriguera.

Permanecí en Rouen quince días. El hombre no volvió.

El decimosexto día, a la mañana, recibí de mi jardinero, esta asombrosa carta:

Señor, tengo el honor de informar al señor que anoche ha sucedido algo que nadie entiende, ni siquiera la policía. Todos los muebles regresaron, sin que falte uno, todos, hasta el objeto más diminuto. La casa está ahora como estaba la víspera del robo. Es para volverse loco. Eso sucedió en la noche del viernes. Los caminos están destrozados, como si hubieran arrastrado todo, del portón a la casa. Así estaba el día de la desaparición. Esperamos al señor de quien soy el humilde servidor.

RAUDIN, Felipe.

Mostré la carta al comisario de Rouen.

—Es una restitución habilísima —dijo—. No hagamos nada. Atraparemos al hombre uno de estos días.

III

Pero no lo atraparon. Nunca lo atraparán. Y ahora temo, como si fuera un animal feroz, que me persiga.

Aunque lo esperen en su casa, no lo encontrarán. Yo sólo puedo encontrarlo. Y no quiero.



Adriana Duque · Sin título

■ ¿Cómo pudo este conejo vestirse de gala?

Y si vuelve, si vuelve a su tienda, ¿quién probará que mis muebles estaban allí? Sólo hay mi testimonio, y me doy cuenta de que empiezan a no creerme.

Así, mi vida se hizo intolerable. No podía guardar el secreto de lo que había visto. No podía seguir viviendo como todos, bajo el temor de que tales cosas se repitieran.

Vine a ver al médico que dirige este sanatorio y le conté todo. Después de un largo interrogatorio me dijo:

—¿Consentiría usted, señor, en permanecer algún tiempo aquí?

—Encantado, señor.

—¿Usted dispone de dinero?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted un habitación aislada?

—Sí, señor.

—¿Desea usted recibir amigos?

—No, señor, a nadie.

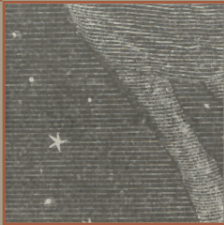
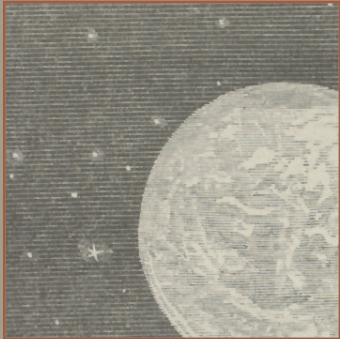
El hombre de Rouen podía atreverse, por venganza, a perseguirme hasta aquí...

IV

Hace tres meses que estoy solo. Estoy más o menos tranquilo. Sólo tengo un temor. Si el hombre de Rouen enloqueciera, si lo trajeran aquí...

No hay seguridad, ni en las cárceles.





Así, amaneció el día cinco. Todos estaban excitados. Pasadas dieciocho horas, la gran aventura tendría que llegar a su fin.

Los expedicionarios no se cansaban de admirar al mundo maravilloso que les rodeaba.

En alas de su imaginación, los tres hombres se veían paseando por las regiones maravillosos y fantásticas de la Luna.

La conversación entre los tres compañeros era muy animada y llena de hipótesis. Cada uno de ellos especulaba en cómo sería la parte escondida de la Luna.

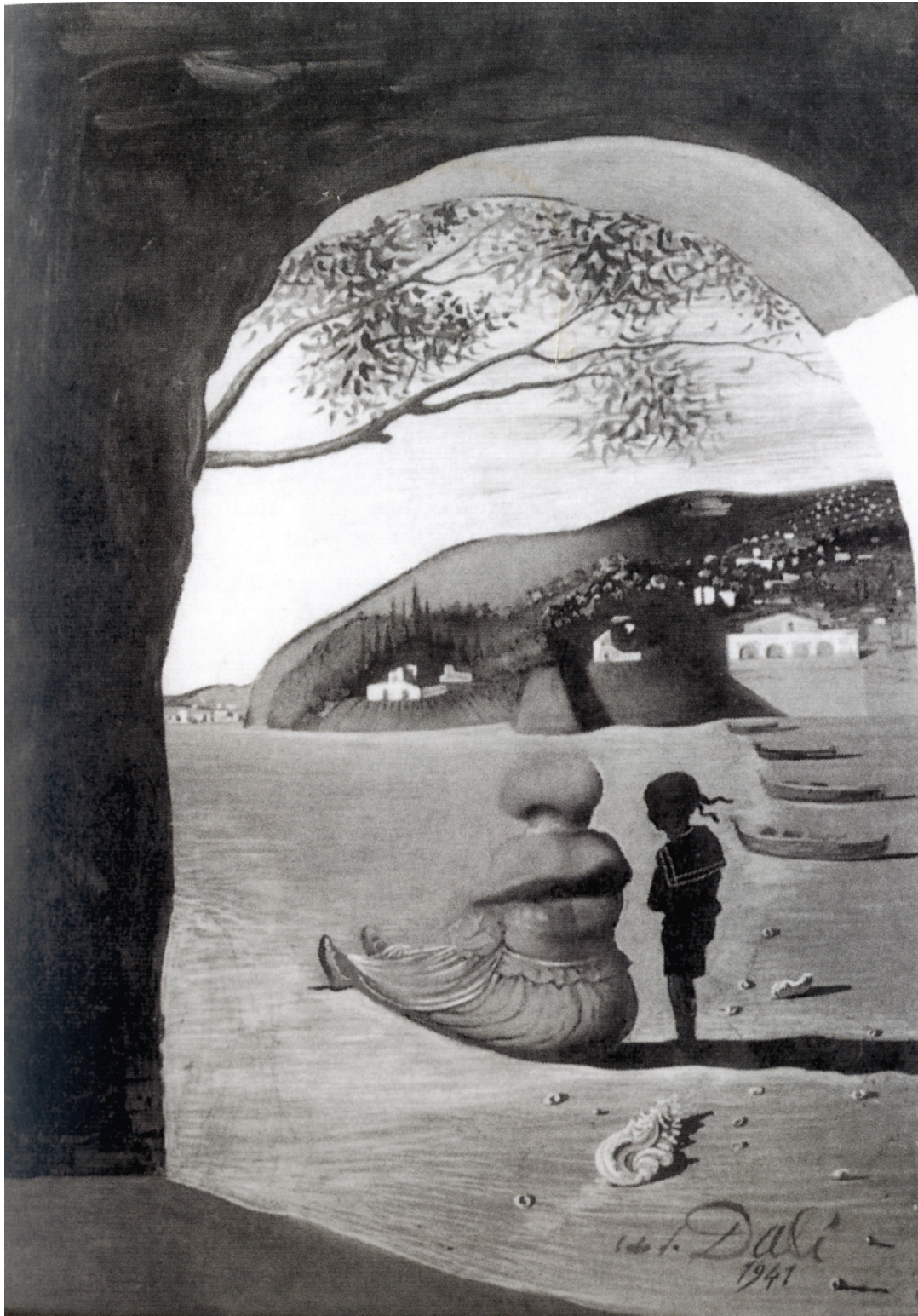
—¡Y pensar que somos los primeros seres humanos que disfrutamos de una experiencia así! —dijo Miguel—. La envidia que tendrán nuestros amigos cuando volvamos a la Tierra.

Julio Verne (1828 - 1905)
De la tierra a la luna (fragmento)

De la muerte y los sueños



Salvador Dalí · Los misteriosos labios que aparecieron en la espalda de mi niñera



■ ¿Puedes ver los labios que aparecen en la espalda de la mujer?



El gesto de la muerte

Jean Cocteau

Un joven jardinero persa dice a su príncipe:

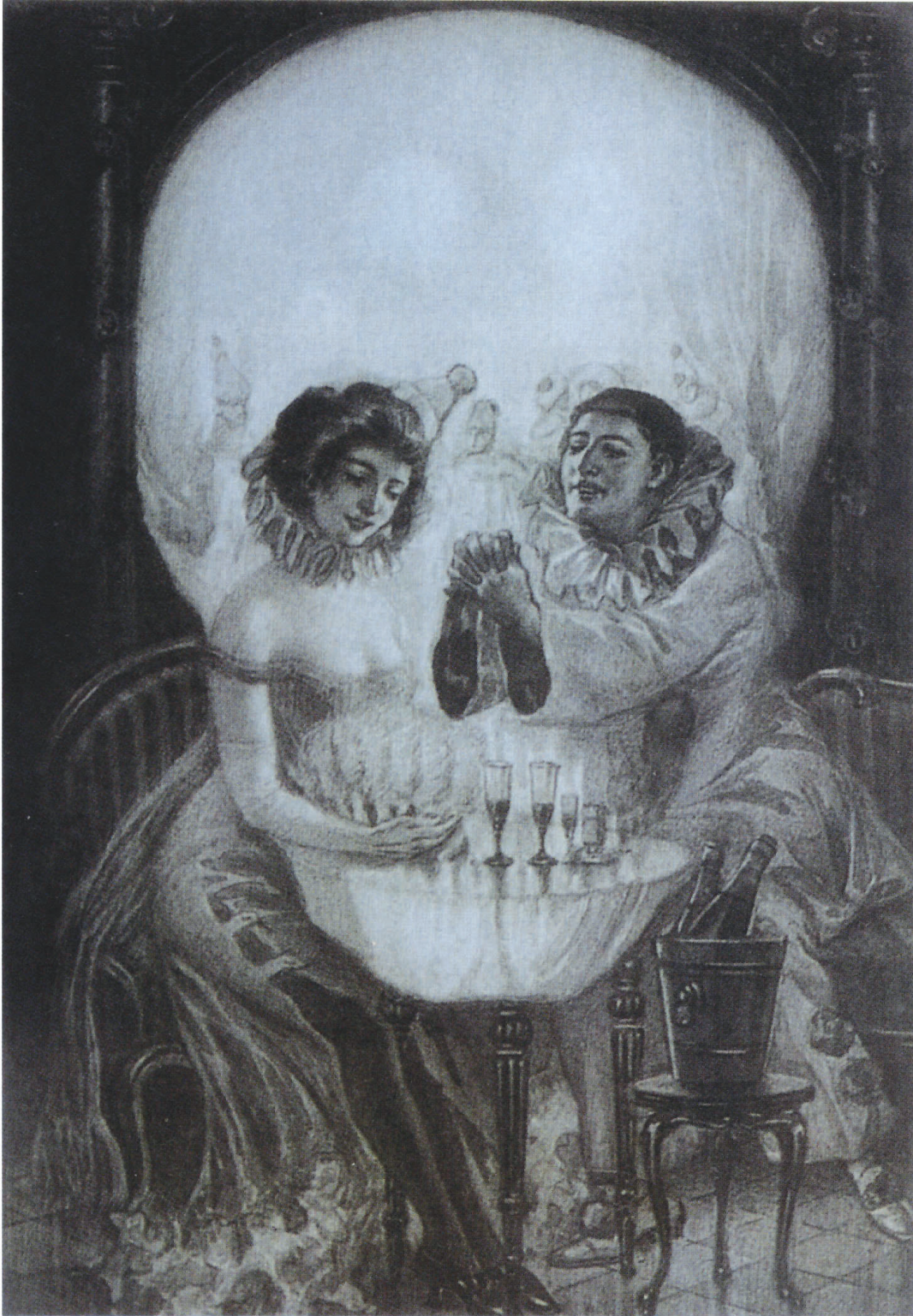
—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:

—Esta mañana ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?

—No fue un gesto de amenaza —le responde— sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y tiene una cita conmigo esta noche en Ispahán.





■ ¿Está el peligro acechando a esta pareja?



El esqueleto de visita

Evelio Rosero Diago

Un día conocí un esqueleto, en el parque. Estaba sentado en un banco de piedra, rodeado de palomas blancas, y sonreía, pensativo. Me pareció muy raro encontrar un esqueleto en pleno parque, dando de comer a las palomas, y tan risueño y tranquilo, como si se acordara de una broma, solitario, en mitad de la tarde. Yo trabajaba de cartero; ya había repartido las cartas del día, y me sentía algo aburrido. De manera que fui a sentarme a su lado, para distraer las horas. No demoramos en conversar. Me dijo que no tenía nombre. “Ningún esqueleto lo tiene”, dijo, y cuando el sol desapareció detrás de las nubes rojizas, se lamentó del frío. Sus dientes castañeban. Se puso de pie y me propuso que fuéramos a tomar una tacita de chocolate, en cualquier lugar. “Tranquilo —me dijo—. Yo invito”. Lo contemplé de soslayo: no vi que llevara bolsillos, ni mucho menos dinero. Pero eso no me importó. Al fin encontramos un restaurante que anunciaba: Chocolate caliente a toda hora. Al entrar muchos comensales quedaron boquiabiertos. Algunas señoras gritaron; una de las meseras dejó caer una bandeja repleta de tazas; las tazas se volvieron trizas; varias rodajas de pan, queso y mantequilla, quedaron esparcidas por el piso. “¿Qué pasa?” pregunté, abochornado, aunque ya adivinaba a qué se debía aquel alboroto. “¿Quién es ése?”, me respondieron a coro, señalando a mi amigo.

“Perdón —dijo él—. Yo puedo presentarme solo. Soy un esqueleto. Tengan todos muy buenas tardes”.

“Oh —se asombró una señora, que llevaba un perrito faldero, de pelo amarillo, adornado con un collar de diamantes—. No puede ser. Un esqueleto que habla”.

“Pues sí —dijo mi amigo, encogiendo los omoplatos—. En realidad todos los esqueletos hablamos”. Avanzó parsimonioso, como si el equívoco hubiese quedado definitivamente esclarecido, y eligió una mesa, precisamente junto a la señora, y se sentó, con un gran ruido de huesos saludando. Después tuvo la ocurrencia de alargar los huesos de la mano y hacer juegos al perrito. Le dijo: “Qué lindo esqueleto de perro eres”. Y el perrito ladró, enfurecido, crispándose igual que un tigre. La señora se lo llevó al pecho, como si lo protegiera de la muerte. “Vaya —dijo mi amigo el esqueleto—, parece que su perrito no es de muy buen humor”. Su voz era opaca, profunda, pero amistosa. Hablaba como si ya nos conociera a todos, desde hace milenios; como la voz de un amigo; como si un amigo nos hablara por teléfono, desde muy lejos. La señora no se dignó responder. Se levantó de su silla y atenazando al perrito con todas sus fuerzas, le dijo: “Vámonos, Muñeco, lejos de este comediante disfrazado de esqueleto”. El perrito volvió a ladrar, irritado, como si respondiera: “Larguémonos ya”. Pero mi amigo el esqueleto elevó la voz, honda y húmeda, y aclaró: “Señora, no soy ningún comediante. Soy sencillamente un esqueleto”.

El rostro de la señora, encendido y huraño como la cara de su perrito, se volvió y replicó: “¿De qué manicomio se ha escapado usted?”. Y después se esfumó, con todo y perrito.

Muchos otros comensales siguieron su ejemplo.

Mi amigo el esqueleto se acongojó; resopló; resonaron sus huesos; se rascó el occipital y meneó la cabeza. Pude oír repicar la decepción en su huesudo rostro; los huesos de su mandíbula parecieron alargarse. Suspiró, como el múltiple chasquido de una

maraca, y me invitó con un silbido a que tomara asiento junto a él. “En esta vida todo es tan sencillo —dijo—. Yo no sé por qué las gentes se complican”. No respondí. Hubo un silencio incómodo. “Bueno —le dije, procurando consolarlo—, es mejor que ese perrito se haya ido; pudo haberse aprovechado de los huesos de su mano”. El esqueleto sonrió con los dientes.

“Pierda cuidado —dijo—, sé cuidarme solito”. Levantó el dedo índice y pidió a la rubia mesera dos tacitas de chocolate, por favor, sea amable. Y sin embargo la mesera nos susurró que tenía órdenes expresas de no atendernos, y que incluso el dueño del restaurante exigía que nos fuéramos inmediatamente.

“Pero si aquí hay chocolate a toda hora”, dije.

“Sí —me respondió ella—. Pero no hay chocolate a toda hora para ustedes”.

“Lo suponía —terció mi amigo el esqueleto—. Siempre ocurre lo mismo: desde hace mil años no he logrado que me ofrezcan una sola tacita de chocolate”. Y nos incorporamos, para marcharnos.

Bueno, lo cierto es que yo me preguntaba cómo haría el esqueleto para beber su tacita de chocolate. ¿Acaso el chocolate no se escurriría por entre sus costillas desnudas? Pero preferí guardar ese misterio: me parecía indiscreto, fuera de tono, preguntar a mi amigo sobre eso. Le dije, por el contrario: “¿Por qué no vamos a mi casa? Lo invito a tomar chocolate”.

“Gracias —dijo, con una breve venia—. Una persona como usted no se encuentra fácilmente, ni en trescientos años”.

Y así nos pusimos en camino hasta mi casa, que no quedaba lejos.

(Ya dije que yo era cartero. Pero nunca había tenido la alegría de entregarme una carta yo mismo: nadie me escribía, ni me llamaba por teléfono. Mi única amiga era mi mujer; de manera que un amigo esqueleto resultaba algo desconocido para mí; disfrutaba de la idea de tener el esqueleto como amigo).

Durante el camino el esqueleto siguió lamentándose del frío.

“¿Por qué no usa vestido?”, le pregunté.

“Ojalá eso fuera posible —repuso con nostalgia—, pero ningún vestido me sirve. Ningún vestido tiene la talla de ningún esqueleto”.

La gente detenía su paso para contemplarnos. Un niño, desde la ventanilla de un autobús, me señaló: “Mamá, ese hombre camina con un esqueleto”.



Anónimo · La muerte escondida

Me sentí algo cohibido. Nunca en mi vida había sido el centro de atracción. Pero mi amigo el esqueleto sí parecía acostumbrado.

“Notará usted que nos señalan —dijo—, no sé por qué les causo pavor si, en definitiva, cuando desaparecen las caras todos los esqueletos son iguales”.

Es verdad, pensé, abrumado. Por dentro mi esqueleto no podría diferenciarse gran cosa de la facha de mi amigo: sonoro, pero tranquilo, caminando serenamente por las calles, a la búsqueda de una tacita de chocolate.

Llegamos a casa cuando anocheecía.

Mi mujer abrió la puerta y pegó un alarido.

“Tranquila —dije—, es solamente nuestro amigo el esqueleto de visita”.

Mi amigo sonrió con la mejor de sus sonrisas. Los huesos de su boca parecieron sonajeros; hizo una gran venia, que a mí se me antojó desmesurada, cogió delicadamente con los huesos de sus dedos la mano de mi mujer y se dobló con gran estrépito de fémures y la besó con sus dientes desnudos. Tuve que inclinarme veloz para atrapar a mi mujer en el aire, pues se había desmayado. Ayudado por el esqueleto la cargamos hasta la cama. Le di a oler un frasquito de sales. Mi mujer se recuperó sin mucho esfuerzo, tembló, parpadeó, arrojó un tibio suspiro, abrió los ojos, vio al esqueleto y volvió a desmayarse. Yo iba a reñirla, por su falta de ánimo, cuando mi amigo puso una de sus frías manos en mi hombro y dijo, con su voz más profunda: “Tranquilo, eso les pasa siempre a las mujeres cuando les doy un beso en la mano. Perdóneme. “Creí que su mujer era tan amigable como usted”. Salimos de la habitación y nos sentamos en la salita, a esperar que mi mujer despertara de nuevo.

Y, en efecto, poco más tarde oímos su voz. Hablaba por teléfono, con su madre.

“¡Mamá! —decía—. ¡Soñé que un esqueleto me besaba la mano! ¡Sí! ¡Un esqueleto! ¡Fue horrible! ¡Peor que una pesadilla!”

El esqueleto y yo cruzamos una mirada significativa, y luego lanzamos, al tiempo, la misma risita de cómplices: tremenda sorpresa iba a darse mi mujer cuando saliera y...

“¡Ay!”, volvió a gritar ella, de pie, ante nosotros, pellizcándose las mejillas como si deseara comprobar si de verdad seguía despierta.

“Oye –le dije–. No te desmayes otra vez. Te repito que este es nuestro amigo el esqueleto y lo he traído a que se tome una tacita de chocolate; desde hace mil años nadie ha querido convidarlo a una tacita. Ven y te lo presento. Siéntate a nuestro lado”.



Anónimo · Todo es vanidad

■ ¿En que espejo se mira esta mujer?

Mi mujer me miró sin dar crédito. Pero después tragó saliva, respiró profundo, y se decidió: caminando en la punta de sus zapatos se acercó a nosotros, saludó nerviosamente al esqueleto y se sentó.

“Hace un buen tiempo, ¿cierto?”, preguntó. En ese preciso instante empezaba a llover; truenos y relámpagos se anudaban y estallaban relumbrando como azules cataratas contra el vidrio de las ventanas. Un frío de pánico nos estremeció.

“Sí, por cierto —dijo el esqueleto, condescendiente—. Hace un tiempo magnífico”. Y empezamos a charlar. Nuestro amigo resultó un gran conversador: desplegó un ingenio absolutamente encantador; su voz era un eco acogedor; debía de ser el esqueleto de un poeta, o algo así; mi mujer olvidó la desconfianza y se divirtió de lo lindo escuchando sus proezas, sus anécdotas de viaje, sus experiencias de esqueleto conocedor.

Pues conocía todos los países. Era, en realidad, un hombre de mundo, o, mejor, un esqueleto de mundo. Había participado en todas las guerras, discutió con Platón, cenó en compañía de Shakespeare, danzó con la reina Cleopatra, se emborrachó con Alejandro Magno, incluso viajó a la luna, de incógnito, en 1968, y además presencié el diluvio: fue uno de los pocos que se salvaron en el arca de Noé. Mi mujer soñaba oyéndolo, deslumbrada. “Es usted inigualable”, dijo, con sinceridad. “Oh”, se complació el esqueleto (y yo diría que se ruborizó). “Gracias —dijo—, pero todos somos los mismos esqueletos. Mil gracias de todos modos”.

Yo le recordé a mi mujer que había invitado a nuestro amigo a un chocolate. Ella sonrió y prometió traernos el mejor chocolate con canela del mundo, mucho más delicioso que el que preparaba la reina Cleopatra: Y fue a la cocina.

Propuse mientras tanto a nuestro amigo que jugáramos un partido de ajedrez. “Oh sí —dijo—, no hace mucho jugué con Napoleón y lo vencí”. Y ya disponíamos las fichas sobre el tablero, contentos y sin

prisa, en el calor de los cojines de la sala, y con la promesa alentadora de una tacita de chocolate, cuando vi que mi mujer me hacía una angustiada seña desde la cocina. Inventé una excusa cualquiera y fui donde ella.

“¿Qué sucede?”, le pregunté.

Ella me explicó enfurruñada que no había chocolate en la alacena. “Esta mañana se acabaron las dos últimas pastillas —me susurró—, ¿no te acuerdas?”. Yo ya iba a responder cuando, detrás de nosotros, sentimos la fría pero amigable presencia del esqueleto. “No se preocupen por mí —dijo, preocupadísimo, y se rascó los huesos de la cabeza—. No me digan”.

“Sé muy bien lo que sucede. No hay chocolate. Y ninguno de ustedes tiene un centavo para comprar tres pastillas de chocolate, una por cada taza. No me digan”.

Mi mujer y yo enrojecimos como tomates. Era cierto. En ese momento ninguno de los dos tenía un solo peso.

“Ya es costumbre para mí —dijo el esqueleto—. Esta es una época difícil para el mundo. Pero no se preocupen, por favor. Además, debo irme. Acabo de recordar que hoy tengo la oportunidad de viajar a la Argentina, y debo acudir. Ustedes perdonen. Fueron muy formales. Muy gentiles”.

Su voz era cálida, aunque cada vez más distante, una especie de voz en el agua; como si su voz empezara a desaparecer primero que sus huesos. Y nos lanzó la mejor de sus sonrisas y se dirigió a la puerta y regresó y volvió a despedirse y de nuevo se dispuso a marchar a la puerta —en medio de otra sonora sonrisa—, de modo que sus huesos como campanas iban de un lado para otro, indecisos, igual que su despedida. A pesar de su alborozo aparente, a mí me pareció un poco triste; acaso estaba cansado de caminar por el mundo desde hace mil años, sin que nadie lograra facilitarle al fin una tacita de chocolate.

Nos dijo, antes de retirarse definitivamente, que esa misma noche viajaría de incógnito, en un circo, a la Argentina. “Me gustan los circos —dijo—. Prefiero viajar en los circos, puedo pasar inadvertido, muchas veces me confunden con payaso, lo que me hace reír”.

Nos hizo una graciosa venia de poeta, y esta vez mi mujer se dejó besar la mano sin desmayarse. En la noche, borrascosa y fría, vimos a nuestro amigo desaparecer, lentamente, como su voz, iluminado a pedazos por las bombillas nocturnas. Entonces oímos un grito.

Era una mujer, una vecina, que acababa de descubrir al esqueleto en la mitad de un ramalazo de luz.

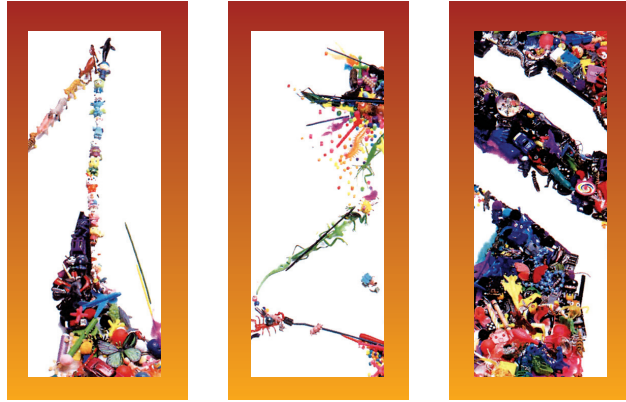
La vimos pasar corriendo, como alma en pena.

“¡Un esqueleto! —nos gritó aterrada—. ¡He visto un esqueleto!”

“Quédese tranquila —repuso mi mujer—. Ese esqueleto es todo un príncipe. Acaba de visitarnos. Se va en un circo a la Argentina”.

Después, ya a solas, pensamos que hubiera sido bueno decir a nuestro amigo que volviera cualquier día, cuando quisiera, y que siempre sería bienvenido. Pero ya el esqueleto había desaparecido. De cualquier manera, si en las noches de tormenta golpean a la puerta, mi mujer y yo guardamos la esperanza de que sea nuestro amigo. Pues desde entonces le tenemos una tacita de chocolate, para el frío.





Episodio del enemigo

Jorge Luis Borges

Tantos años huyendo y esperando y ahora el enemigo estaba en mi casa. Desde la ventana lo vi subir penosamente por el áspero camino del cerro. Se ayudaba con un bastón, con el torpe bastón que en sus viejas manos no podía ser un arma sino un báculo. Me costó percibir lo que esperaba: el débil golpe contra la puerta. Miré, no sin nostalgia, mis manuscritos, el borrador a medio concluir y el tratado de Artemidoro sobre los sueños, libro un tanto anómalo ahí, ya que no sé griego. Otro día perdido, pensé. Tuve que forcejear con la llave. Temí que el hombre se desplomara, pero dio unos pasos inciertos, soltó el bastón, que no volví a ver, y cayó en mi cama, rendido. Mi ansiedad lo había imaginado muchas veces, pero sólo entonces noté que se parecía, de un modo casi fraternal, al último retrato de Lincoln. Serían las cuatro de la tarde.

Me incliné sobre él para que me oyera.

—Uno cree que los años pasan para uno —le dije— pero pasan también para los demás. Aquí nos encontramos al fin y lo que antes ocurrió no tiene sentido.

Mientras yo hablaba, se había desabrochado el sobretodo. La mano derecha estaba en el bolsillo del saco. Algo me señalaba y yo sentí que era un revólver.

Me dijo entonces con voz firme:

—Para entrar en su casa, he recurrido a la compasión. Lo tengo ahora a mi merced y no soy misericordioso.

Ensayé unas palabras. No soy un hombre fuerte y sólo las palabras podían salvarme. Atiné a decir:

—Es verdad que hace tiempo maltraté a un niño, pero usted ya no es aquel niño ni yo aquel insensato. Además, la venganza no es menos vanidosa y ridícula que el perdón.

—Precisamente porque ya no soy aquel niño tengo que matarlo. No se trata de una venganza sino de un acto de justicia. Sus argumentos, Borges, son meras estratagemas de su terror para que no lo mate. Usted ya no puede hacer nada.

—Puedo hacer una cosa —le contesté.

—¿Cuál? —me preguntó.

—Despertarme.

Y así lo hice.

Vik Muniz · Autorretrato



■ ¿Puedes ver de qué está hecho este rostro?



■ ¿Puedes ver la mujer que duerme entre estas hojas secas?

El sueño del Rey

Lewis Carroll

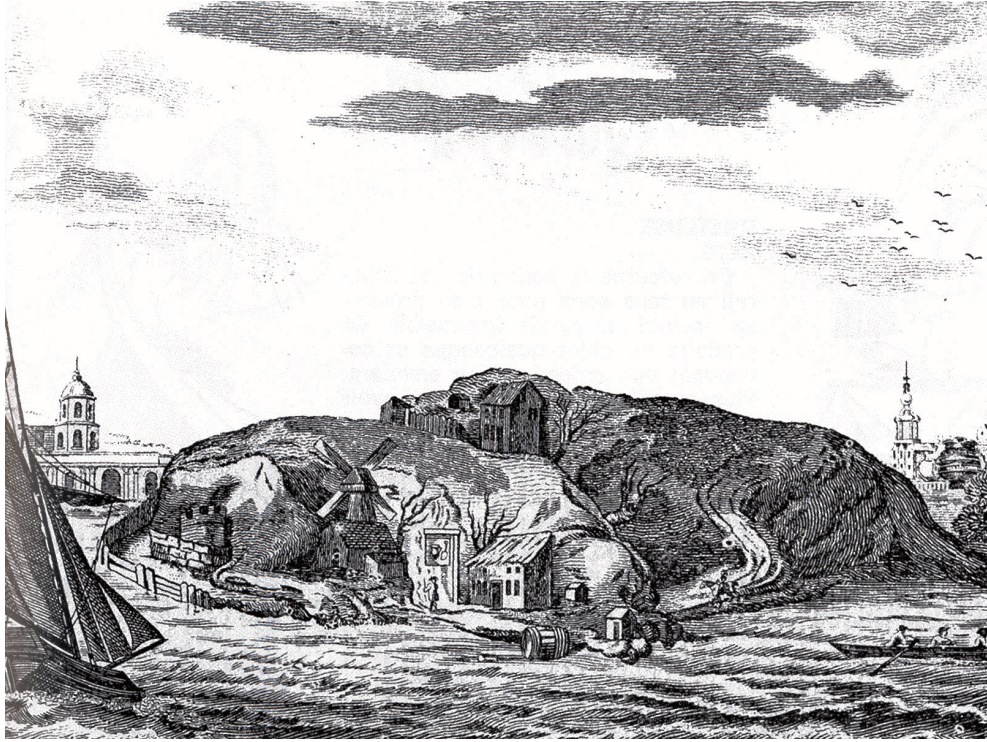
—**A**hora está soñando. ¿Con quién sueña? ¿Lo sabes?

—Nadie lo sabe.

—Sueña contigo. Y si dejara de soñar, ¿qué sería de ti?

—No lo sé.

—Desaparecerías. Eres una figura de su sueño. Si se despertara ese Rey te apagarías como una vela.



■ ¿Ves los perros dormidos que forman esta isla?

Persecuta

Mario Benedetti

Como en tantas y tantas de sus pesadillas, empezó a huir, desparovido. Las botas de sus perseguidores sonaban y resonaban sobre las hojas secas. Las omnipotentes zancadas se acercaban a un ritmo enloquecido y enloquecedor.

Hasta no hace mucho, siempre que entraba en una pesadilla, su salvación había consistido en despertar, pero a esta altura los perseguidores habían aprendido esa estratagema y ya no se dejaban sorprender.

Sin embargo esta vez volvió a sorprenderlos. Precisamente en el instante en que los sabuesos creyeron que iba a despertar, él, sencillamente, soñó que se dormía.

Edwing Boring · *Mi novia y mi suegra*



■ ¿Puedes encontrar la niña y la anciana en este cuadro?



Francisca y la muerte

Onelio Jorge Cardoso

—Santos y buenos días —dijo la muerte, y ninguno de los presentes la pudo reconocer. ¡Claro!, venía la parca con su trenza retorcida bajo el sombrero y su mano amarilla al bolsillo.

—Si no molesto —dijo—, quisiera saber dónde vive la señora Francisca.

—Pues mire —le respondieron, y asomándose a la puerta, señaló un hombre con su dedo rudo de labrador:

—Allá por las cañas bravas que bate el viento, ¿ve? Hay un camino que sube la colina. Arriba hallará la casa.

“Cumplida está”, pensó la muerte y dando las gracias echó a andar por el camino aquella mañana que, precisamente, había pocas nubes en el cielo y todo el azul resplandecía de luz.

Andando pues, miró la muerte la hora y vio que eran las siete de la mañana. Para la una y cuarto, pasado el meridiano, estaba en su lista cumplida ya la señora Francisca.

“Menos mal, poco trabajo; un solo caso”, se dijo satisfecha de no fatigarse la muerte y siguió su paso, metiéndose ahora por el camino apretado de romerillo y rocío.

Efectivamente, era el mes de mayo y con los aguaceros caídos no hubo semilla silvestre ni brote que se quedara bajo tierra sin salir al sol. Los retoños de las ceibas eran pura caoba transparente. El tronco del guayabo soltaba, a espacios, la corteza, dejando ver la carne limpia de la madera. Los cañaverales no tenían una sola hoja amarilla. Verde era todo, desde el suelo al aire y un olor a vida subiendo de las flores.

Natural que la muerte se tapara la nariz. Lógico también que ni siquiera mirara tanta rama llena de nido, ni tanta abeja con su flor. Pero, ¿qué hacerse?, estaba la muerte de paso por aquí, sin ser su reino.

Así, pues, echó y echó la muerte por los caminos hasta llegar a casa de Francisca:

—Por favor, con Panchita —dijo adúlona la muerte.

—Abuela salió temprano —contestó una nieta de oro, un poco temerosa aunque la parca seguía con su trenza bajo el sombrero y la mano en el bolsillo.

—¿Y a qué hora regresa? —preguntó.

—¿Quién lo sabe! —dijo la madre de la niña—. Depende de los quehaceres. Por el campo anda, trabajando.

Y la muerte se mordió el labio. No era para menos seguir dando rueda por tanto mundo bonito y ajeno.

—Hace mucho sol. ¿Puedo esperarla aquí?

—Aquí quien viene tiene su casa. Pero puede que ella no regrese hasta el anochecer o la noche misma.

“¡Contra!”, pensó la muerte, “se me irá el tren de las cinco. No; mejor voy a buscarla”. Y levantando su voz, dijo la muerte:

—¿Dónde, al fijo, pudiera encontrarla ahora?

—De madrugada salió a ordeñar. Seguramente estará en el maizal, sembrando.

—¿Y dónde está el maizal? —preguntó la muerte.

—Siga la cerca y luego verá el campo arado detrás.

—Gracias —dijo seca la muerte y echó a andar de nuevo.

Pero miró todo el extenso campo arado y no había un alma en él. Sólo garzas. Soltóse la trenza la muerte y rabió:

“¡Vieja andariega, dónde te habrás metido!” Escupió y continuó su sendero sin tino.

Una hora después de tener la trenza ardida bajo el sombrero y la nariz repugnada de tanto olor a hierba nueva, la muerte se topó con un caminante:

Robert Morris · Cortejo y matrimonio



■ Voltea el libro y mira la imagen al revés. Encontrarás otros rostros.

—Señor, ¿podiera usted decirme dónde está Francisca por estos campos?

—Tiene suerte —dijo el caminante, media hora lleva en casa de los Noriegas. Está el niño enfermo y ella fue a sobarle el vientre.

—Gracias —dijo la muerte como un disparo, y apretó el paso.

Duro y fatigoso era el camino. Además ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillo, y ya se sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se pierde la mitad del esfuerzo. Así por tanto, llegó la muerte hecha una lástima a casa de los Noriegas:

—Con Francisca, a ver si me hace el favor.

—Ya se marchó.

—¿Pero, cómo! ¡Así, tan de pronto?

—¿Por qué tan de pronto? —le respondieron. Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo. ¿A qué viene extrañarse?

—Bueno..., verá —dijo la muerte turbada—, es que siempre una hace su sobremesa en todo, digo yo.

—Entonces usted no conoce a Francisca.

—Tengo sus señas —dijo burocrática la impía.

—A ver; dígalas —esperó la madre.

Y la muerte dijo:

—Pues..., con arrugas; desde luego ya son sesenta años...

—¿Y qué más?

—Verá..., el pelo blanco..., casi ningún diente propio..., la nariz, digamos...

—¿Digamos qué?

—Filosa.

—¿Eso es todo?

—Bueno..., por demás, nombre y dos apellidos.

—Pero usted no ha hablado de sus ojos.

—Bien; nublados..., sí, nublados han de ser..., ahumados por los años.

—No, no la conoce —dijo la mujer. Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada. Ésa, a quien usted busca, no es Francisca.

Y salió la muerte otra vez al camino. Iba ahora indignada, sin preocuparse mucho por la mano y la trenza, que medio se le asomaba bajo el ala del sombrero.

Anduvo y anduvo. En casa de los González le dijeron que estaba Francisca a un tiro de ojo de allí, cortando pangola para la vaca de los nietos. Mas, sólo vio la muerte la pangola recién cortada y nada de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso.

Entonces la muerte, quien ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados y la camisa negra, más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora:

—¡Dios! ¡Las cuatro y media! ¡Imposible! ¡Se me va el tren!

Y echó la muerte de regreso, maldiciendo.

Mientras, a dos kilómetros de allí, escardaba de malas hierbas Francisca el jardincito de la escuela. Un viejo conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le tiró a su manera el saludo cariñoso:

—Francisca, ¿cuándo te vas a morir?

Ella se incorporó asomando medio cuerpo sobre las rosas y le devolvió el saludo alegre:

—Nunca —dijo—, siempre hay algo que hacer.





Sueño de la mariposa

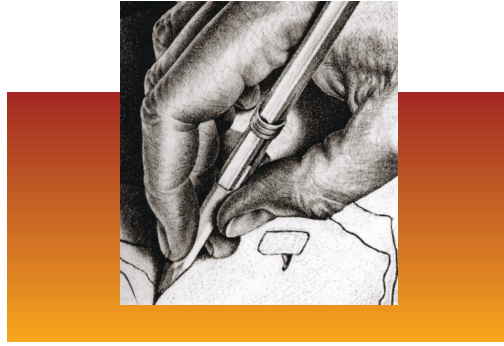
Chuang Tzu

Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.



M.C. Escher · Aire y agua

■ ¿Ves cómo se transforman los peces en pájaros?

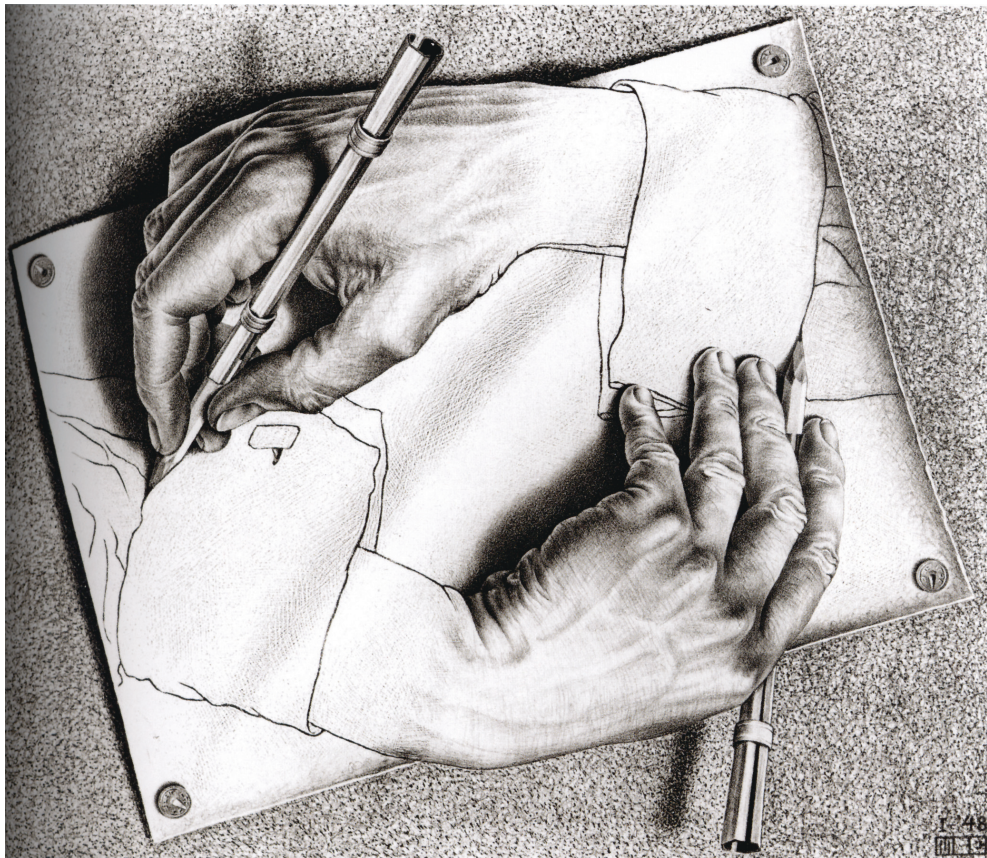


Amenazas

William Ospina

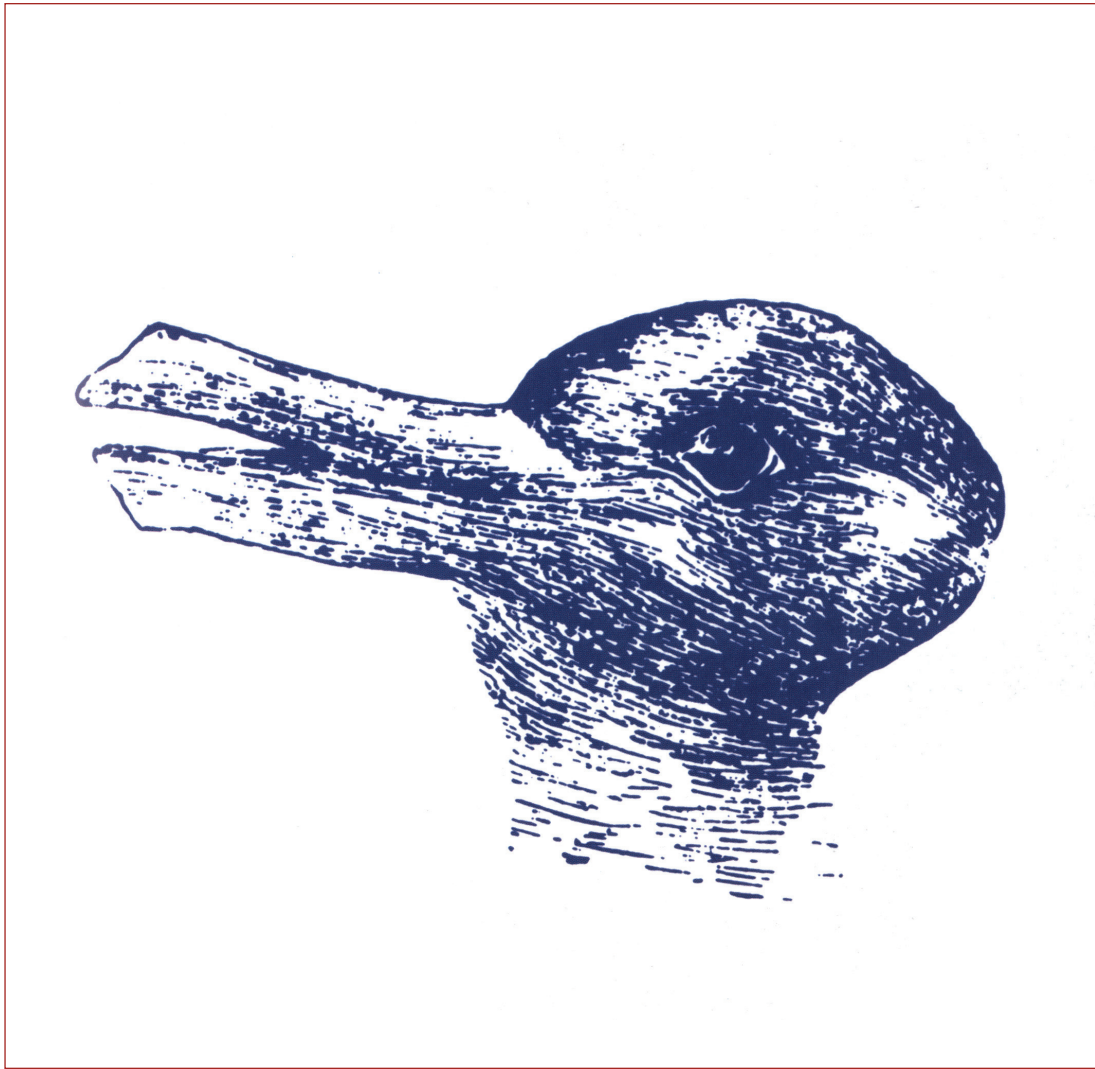
—Te devoraré —dijo la pantera.

—Peor para ti —dijo la espada.



M.C. Escher · Manos dibujando

■ ¿Cuál mano dibuja a cuál?



■ ¿Ves un pato y un conejo?



Sobre las olas

José Emilio Pacheco

La anciana me encargó la compostura del reloj: pagaría el triple si yo lo entregaba en unas horas. Era un mecanismo muy extraño, al parecer del siglo XVIII. En la parte superior un velero de plata navegaba al ritmo de los segundos. No me costó trabajo repararlo. Por la noche toqué en la dirección indicada. La misma anciana salió a abrirme. Tomé asiento en la sala. La mujer le dio cuerda al reloj. Y ante mis ojos su cuerpo retrocedió en el tiempo y en el espacio. Recuperó su belleza —la hermosura de la hechicera condenada siglos atrás por la Inquisición—, subió al barco de plata que zarpó de la noche y se alejó del mundo.





■ ¿Quiénes son marionetas y quiénes elevan las cometas?



El leve Pedro

Enrique Anderson Imbert

Durante dos meses se asomó a la muerte. El médico refunfuñaba que la enfermedad de Pedro era nueva, que no había modo de tratarse y que él no sabía qué hacer... Por suerte el enfermo, solito, se fue curando. No había perdido su buen humor, su oronda calma provinciana. Demasiado flaco y eso era todo. Pero al levantarse después de varias semanas de convalecencia se sintió sin peso.

—Oye —dijo a su mujer— me siento bien pero ¡no sé!, el cuerpo me parece... ausente. Estoy como si mis envolturas fueran a desprenderse dejándome el alma desnuda.

—Languideces —le respondió su mujer.

—Tal vez.

Siguió recobrándose. Ya paseaba por el caserón, atendía el hambre de las gallinas y de los cerdos, dio una mano de pintura verde a la pajarera bulliciosa y aun se animó a hachar la leña y llevarla en carretilla hasta el galpón.

Según pasaban los días las carnes de Pedro perdían densidad. Algo muy raro le iba minando, socavando, vaciando el cuerpo. Se sentía con una ingravidez portentosa. Era la ingravidez de la chispa, de la burbuja y del globo. Le costaba muy poco saltar limpiamente la verja, trepar las escaleras de cinco en cinco, coger de un brinco la manzana alta.

—Te has mejorado tanto —observaba su mujer— que pareces un chiquillo acróbata.

Una mañana Pedro se asustó. Hasta entonces su agilidad le había preocupado, pero todo ocurría como Dios manda. Era extraordinario que, sin proponérselo, convirtiera la marcha de los humanos en una triunfal carrera en volandas sobre la quinta. Era extraordinario pero no milagroso. Lo milagroso apareció esa mañana.

Muy temprano fue al potrero. Caminaba con pasos contenidos porque ya sabía que en cuanto taconeara iría dando botes por el corral. Arremangó la camisa, acomodó un tronco, tomó el hacha y asestó el primer golpe. Entonces, rechazado por el impulso de su propio hachazo, Pedro levantó vuelo.

Prendido todavía del hacha, quedó un instante en suspensión levitando allá, a la altura de los techos; y luego bajó lentamente, bajó como un tenue vilano de cardo.

Acudió su mujer cuando Pedro ya había descendido y, con una palidez de muerte, temblaba agarrado a un rollizo tronco.

—¡Hebe! ¡Casi me caigo al cielo!

—Tonterías. No puedes caerte al cielo. Nadie se cae al cielo. ¿Qué te ha pasado?

Pedro explicó la cosa a su mujer y ésta, sin asombro, le convino:

—Te sucede por hacerte el acróbata. Ya te lo he prevenido. El día menos pensado te desnucará en una de tus piruetas.

—¡No, no! —insistió Pedro—. Ahora es diferente. Me resbalé. El cielo es un precipicio, Hebe.

Pedro soltó el tronco que lo anclaba pero se asió fuertemente a su mujer. Así abrazados volvieron a la casa.

—¡Hombre! —le dijo Hebe, que sentía el cuerpo de su marido pegado al suyo como el de un animal extrañamente joven y salvaje, con ansias de huir—. ¡Hombre, déjate de hacer fuerza, que me arrastras! Das unas zancadas como si quisieras echarte a volar.

—¿Has visto, has visto? Algo horrible me está amenazando, Hebe. Un esguince, y ya comienza la ascensión.

Esa tarde, Pedro, que estaba apoltronado en el patio leyendo las historietas del periódico, se rió convulsivamente, y con la propulsión de ese motor alegre fue elevándose como un ludión, como un buzo que se quita las suelas. La risa se trocó en terror y Hebe acudió otra vez a las voces de su marido. Alcanzó a agarrarle los pantalones y lo atrajo a la tierra. Ya no había duda. Hebe le llenó los bolsillos con grandes tuercas, caños de plomo y piedras; y estos pesos por el momento dieron a su cuerpo la solidez necesaria para tranquear por la galería y empinarse por la escalera de su cuarto. Lo difícil fue desvestirlo. Cuando Hebe le quitó los hierros y el plomo, Pedro, fluctuante sobre las sábanas, se entrelazó con los barrotes de la cama y le advirtió:

—¡Cuidado, Hebe! Vamos a hacerlo despacio porque no quiero dormir en el techo.

—Mañana mismo llamaremos al médico.

—Si consigo estarme quieto no me ocurrirá nada. Solamente cuando me agito me hago aeronauta.

Con mil precauciones pudo acostarse y se sintió seguro.

—¿Tienes ganas de subir?

—No. Estoy bien.

Se dieron las buenas noches y Hebe apagó la luz.

Al otro día cuando Hebe despegó los ojos vio a Pedro durmiendo como un bendito, con la cara pegada al techo.

Parecía un globo escapado de las manos de un niño.

—¡Pedro, Pedro! —gritó aterrorizada.

Al fin Pedro despertó, dolorido por el estrujón de varias horas contra el cielo raso. ¡Qué espanto! Trató de saltar al revés, de caer para arriba, de subir para abajo. Pero el techo lo succionaba como succionaba el suelo a Hebe.



■ ¿Sobre qué superficie ruedan las bicicletas?

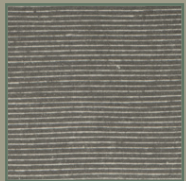
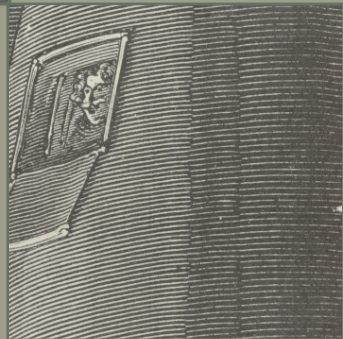
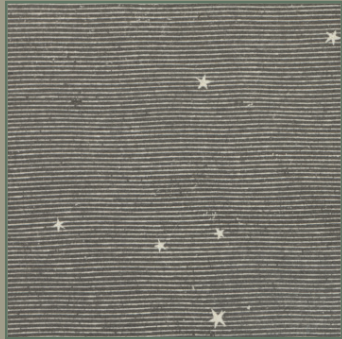
—Tendrás que atarme de una pierna y amarrarme al ropero hasta que llames al doctor y vea qué pasa.

Hebe buscó una cuerda y una escalera, ató un pie a su marido y se puso a tirar con todo el ánimo. El cuerpo adosado al techo se removió como un lento dirigible.

Aterrizaba.

En eso se coló por la puerta un correntón de aire que ladeó la leve corporeidad de Pedro y, como a una pluma, la sopló por la ventana abierta. Ocurrió en un segundo. Hebe lanzó un grito y la cuerda se le desvaneció, subía por el aire inocente de la mañana, subía en suave contoneo como un globo de color fugitivo en un día de fiesta, perdido para siempre, en viaje al infinito. Se hizo un punto y luego nada.





—Creo que estamos ya rebasando el punto neutro.

—¿Por qué lo cree, Barbicane?

—Miren por la escotilla. El proyectil se está estabilizando. Las palabras de Barbicane eran ciertas. La atracción lunar dominaba ya la terrestre.

La conversación de los hombres se generalizó. Especulaban sobre la posibilidad de encontrar habitantes en la Luna.

Barbicane bromeaba:

—Teniendo en cuenta las proporciones de nuestro satélite con respecto a la Tierra, los habitantes del astro de la noche tendrían que ser enanos.

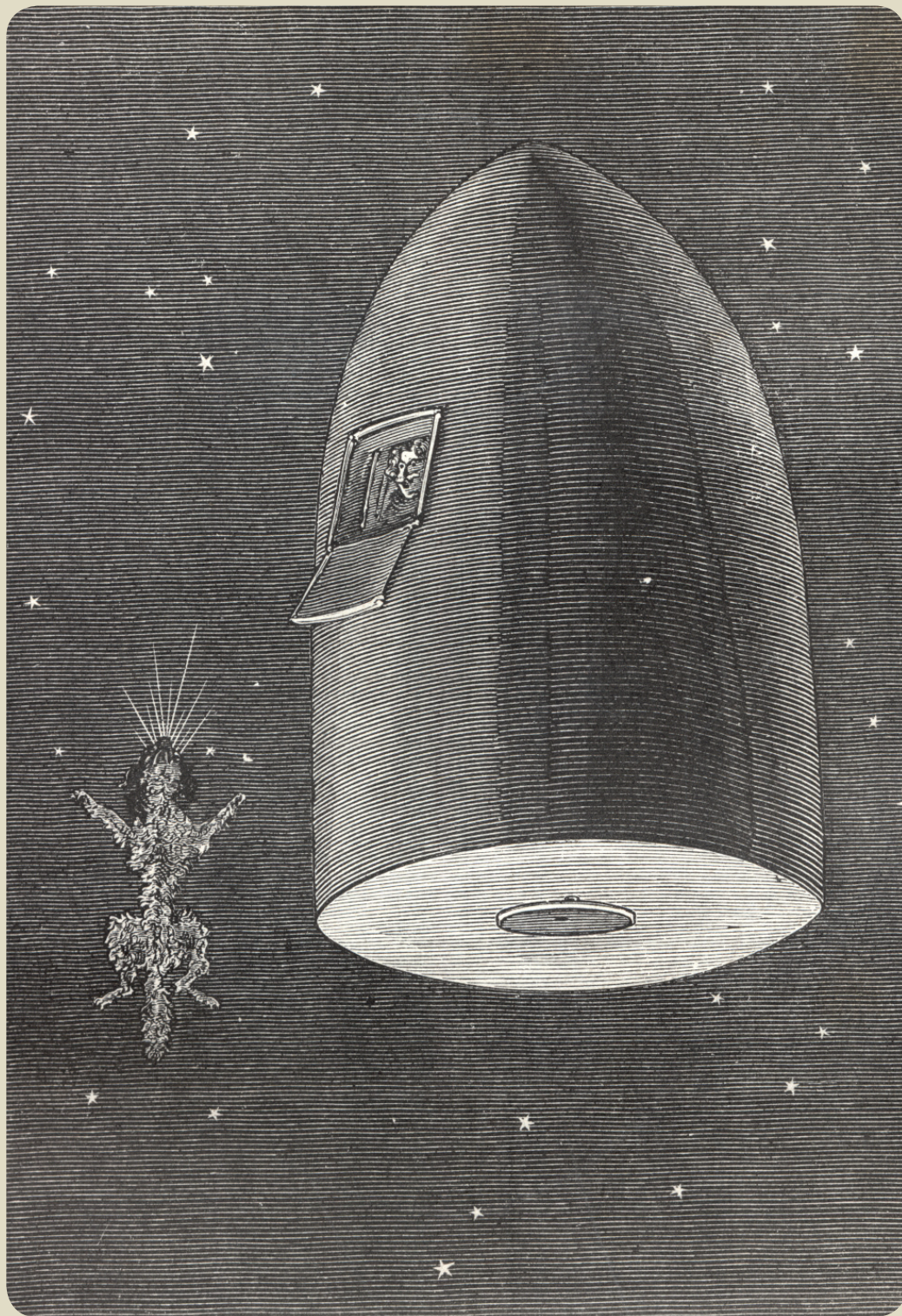
—No digas tonterías, Barbicane. Porque entonces los de Saturno tendrían que ser gigantes. —replicó el capitán Nocholl.

—Y, ¿por qué se empeñan ustedes en medir a otros posibles habitates del universo por nuestra misma proporción? —intervino Ardan— Incluso si otros seres existen más allá de la Tierra, quién nos asegura que sean como nosotros? Con nuestra misma forma, quiero decir.

Julio Verne (1828 - 1905)

De la tierra a la luna (fragmento)

De la búsqueda y la memoria







El ahogado más hermoso del mundo

Gabriel García Márquez

Los primeros niños que vieron el promontorio oscuro y sigiloso que se acercaba por el mar, se hicieron la ilusión de que era un barco enemigo. Después vieron que no llevaba banderas ni arboladura, y pensaron que fuera una ballena. Pero cuando quedó varado en la playa le quitaron los matorrales de sargazos, los filamentos de medusas y los restos de cardúmenes y naufragios que llevaba encima, y sólo entonces descubrieron que era un ahogado.

Habían jugado con él toda la tarde, enterrándolo y desenterrándolo en la arena, cuando alguien los vio por casualidad y dio la voz de alarma en el pueblo. Los hombres que lo cargaron hasta la casa más próxima notaron que pesaba más que todos los muertos conocidos, casi tanto como un caballo, y se dijeron que tal vez había estado demasiado tiempo a la deriva y el agua se le había metido dentro de los huesos. Cuando lo tendieron en el suelo vieron que había sido mucho más grande que todos los hombres, pues apenas si cabía en la casa, pero pensaron que tal vez la facultad de seguir creciendo después de la muerte estaba en la naturaleza de ciertos ahogados. Tenía el olor del mar, y sólo la forma permitía suponer que era el cadáver de un ser humano, porque su piel estaba revestida de una coraza de rémora y de lodo.

No tuvieron que limpiarle la cara para saber que era un muerto ajeno. El pueblo tenía apenas unas veinte casas de tablas, con patios de piedras sin flores, desperdigadas en el extremo de un cabo desértico. La tierra era tan escasa, que las madres andaban siempre con el temor de que el viento se llevara a los niños, y a los muertos que les iban causando los años tenían que tirarlos en los acantilados. Pero el mar era manso y pródigo, y todos los hombres cabían en siete botes. Así que cuando se encontraron el ahogado les bastó con mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que estaban completos.

Aquella noche no salieron a trabajar en el mar. Mientras los hombres averiguaban si no faltaba alguien en los pueblos vecinos, las mujeres se quedaron cuidando al ahogado. Le quitaron el lodo con tapones de esparto, le desenredaron del cabello los abrojos submarinos y le rasparon la rémora con fierros de desescamar pescados. A medida que lo hacían, notaron que su vegetación era de océanos remotos y de aguas profundas, y que sus ropas estaban en piltrafas, como si hubiera navegado por entre laberintos de corales. Notaron también que sobrelevaba la muerte con altivez, pues no tenía el semblante solitario de los otros ahogados del mar, ni tampoco la catadura sórdida y menesterosa de los ahogados fluviales. Pero solamente cuando acabaron de limpiarlo tuvieron conciencia de la clase de hombre que era, y entonces se quedaron sin aliento. No sólo era el más alto, el más fuerte, el más viril y el mejor armado que habían visto jamás, sino que todavía cuando lo estaban viendo no les cabía en la imaginación.

No encontraron en el pueblo una cama bastante grande para tenderlo ni una mesa bastante sólida para velarlo. No le vinieron los pantalones de fiesta de los hombres más altos, ni las camisas dominicales de los más corpulentos, ni los zapatos del mejor plantado. Fascinadas por su desproporción y su hermosura, las mujeres decidieron entonces hacerle unos pantalones con un pedazo de vela cangreja, y una camisa de bramante de novia, para que pudiera continuar su muerte con dignidad. Mientras cosían sentadas en círculo, contemplando el cadáver entre puntada y puntada, les parecía que el viento

no había sido nunca tan tenaz ni el Caribe había estado nunca tan ansioso como aquella noche, y suponían que esos cambios tenían algo que ver con el muerto. Pensaban que si aquel hombre magnífico hubiera vivido en el pueblo, su casa habría tenido las puertas más anchas, el techo más alto y el piso más firme, y el bastidor de su cama habría sido de cuadernas maestras con pernos de hierro, y su mujer habría sido la más feliz. Pensaban que habría tenido tanta autoridad que hubiera sacado los peces del mar con sólo llamarlos por sus nombres, y habría puesto tanto empeño en el trabajo que hubiera hecho brotar manantiales de entre las piedras más áridas y hubiera podido sembrar flores en los acantilados. Lo compararon en secreto con sus propios hombres, pensando que no serían capaces de hacer en toda una vida lo que aquél era capaz de hacer en una noche, y terminaron por repudiarlos en el fondo de sus corazones como los seres más escuálidos y mezquinos de la tierra. Andaban extraviadas por esos dédalos de fantasía, cuando la más vieja de las mujeres, que por ser la más vieja había contemplado al ahogado con menos pasión que compasión, suspiró:

—Tiene cara de llamarse Esteban.

Era verdad. A la mayoría le bastó con mirarlo otra vez para comprender que no podía tener otro nombre. Las más porfiadas, que eran las más jóvenes, se mantuvieron con la ilusión de que al ponerle la ropa, tendido entre flores y con unos zapatos de charol, pudiera llamarse Lautaro. Pero fue una ilusión vana. El lienzo resultó escaso, los pantalones mal cortados y peor cosidos le quedaron estrechos, y las fuerzas ocultas de su corazón hacían saltar los botones de la camisa. Después de la media noche se adelgazaron los silbidos del viento y el mar cayó en el sopor del miércoles. El silencio acabó con las últimas dudas: era Esteban. Las mujeres que lo habían vestido, las que lo habían peinado, las que le habían cortado las uñas y raspado la barba no pudieron reprimir un estremecimiento de compasión cuando tuvieron que resignarse a dejarlo tirado por los suelos.

Fue entonces cuando comprendieron cuánto debió haber sido de infeliz con aquel cuerpo descomunal, si hasta después de muerto le estorbaba. Lo vieron condenado en vida a pasar de medio lado por las puertas, a descalabrarse con los travesaños, a permanecer de pie en las visitas sin saber qué hacer con sus tiernas y rosadas manos de buey de mar, mientras la dueña de casa buscaba la silla más resistente y le suplicaba muerta de miedo siéntese aquí Esteban, hágame el favor, y él recostado contra las paredes, sonriendo, no se preocupe señora, así estoy bien, con los talones en carne viva y las espaldas escaldadas de tanto repetir lo mismo en todas las visitas, no se preocupe señora, así estoy bien, sólo para no pasar la vergüenza de desbaratar la silla, y acaso sin haber sabido nunca que quienes le decían no te vayas Esteban, espérate siquiera hasta que hierva el café, eran los mismos que después susurraban ya se fue el bobo grande, qué bueno, ya se fue el tonto hermoso. Esto pensaban las mujeres frente al cadáver un poco antes del amanecer. Más tarde, cuando le taparon la cara con un pañuelo para que no le molestara la luz, lo vieron tan muerto para siempre, tan indefenso, tan parecido a sus hombres, que se les abrieron las primeras grietas de lágrimas en el corazón. Fue una de las más jóvenes la que empezó a sollozar. Las otras, alentándose entre sí, pasaron de los suspiros a los lamentos, y mientras más sollozaban más deseos sentían de llorar, porque el ahogado se les iba volviendo cada vez más Esteban, hasta que lo lloraron tanto que fue el hombre más desvalido de la tierra, el más manso y el más servicial, el pobre Esteban. Así que cuando los hombres volvieron con la noticia de que el ahogado no era tampoco de los pueblos vecinos, ellas sintieron un vacío de júbilo entre las lágrimas.

—¡Bendito sea Dios —suspiraron—: es nuestro!

Los hombres creyeron que aquellos aspavientos no eran más que frivolidades de mujer. Cansados de las tortuosas averiguaciones de la noche, lo único que querían era quitarse de una vez el estorbo del intruso antes de que prendiera el sol bravo de aquel día árido



y sin viento. Improvisaron unas angarillas con restos de trinquetes y botavaras, y las amarraron con carlingas de altura, para que resistieran el peso del cuerpo hasta los acantilados. Quisieron encadenarle a los tobillos un ancla de buque mercante para que fondeara sin tropiezos en los mares más profundos donde los peces son ciegos y los buzos se mueren de nostalgia, de manera que las malas corrientes no fueran a devolverlo a la orilla, como había sucedido con otros cuerpos. Pero mientras más se apresuraban, más cosas se les ocurrían a las mujeres para perder el tiempo. Andaban como gallinas asustadas picoteando amuletos de mar en los arcones, unas estorbando aquí porque querían ponerle al ahogado los escapularios del buen viento, otras estorbando allá para abrocharle una pulsera de orientación, y al cabo de tanto quítate de ahí mujer, ponte donde no estorbes, mira que casi me haces caer sobre el difunto, a los hombres se les subieron al hígado las suspicacias y empezaron a rezongar que con qué objeto tanta ferretería de altar mayor para un forastero, si por muchos estoperoles y calderetas que llevara encima se lo iban a masticar los tiburones, pero ellas seguían tripotando sus reliquias de pacotilla, llevando y trayendo, tropezando, mientras

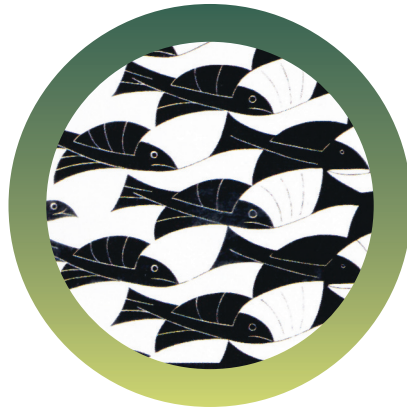
se les iba en suspiros lo que no se les iba en lágrimas, así que los hombres terminaron por despotricar que de cuándo acá semejante alboroto por un muerto al garete, un ahogado de nadie, un fiambre de mierda. Una de las mujeres, mortificada por tanta insolencia, le quitó entonces al cadáver el pañuelo de la cara, y también los hombres se quedaron sin aliento.

Era Esteban. No hubo que repetirlo para que lo reconocieran. Si les hubieran dicho Sir Walter Raleigh, quizás, hasta ellos se habrían impresionado con su acento de gringo, con su guacamayo en el hombro, con su arcabuz de matar caníbales, pero Esteban solamente podía ser uno en el mundo, y allí estaba tirado como un sábalo, sin botines, con unos pantalones de sietemesino y esas uñas rocallosas que sólo podían cortarse a cuchillo. Bastó con que le quitaran el pañuelo de la cara para darse cuenta de que estaba avergonzado, de que no tenía la culpa de ser tan grande, ni tan pesado ni tan hermoso, y si hubiera sabido que aquello iba a suceder habría buscado un lugar más discreto para ahogarse, en serio, me hubiera amarrado yo mismo un ánora de galón en el cuello y hubiera trastabillado como quien no quiere la cosa en los acantilados, para no andar ahora estorbando con este muerto de miércoles, como ustedes dicen, para no molestar a nadie con esta porquería de fiambre que no tiene nada que ver conmigo. Había tanta verdad en su modo de estar, que hasta los hombres más suspicaces, los que sentían amargas las minuciosas noches del mar temiendo que sus mujeres se cansaran de soñar con ellos para soñar con los ahogados, hasta éstos, y otros más duros, se estremecieron en los tuétanos con la sinceridad de Esteban.

Fue así como le hicieron los funerales más espléndidos que podían concebirse para un ahogado expósito. Algunas mujeres que habían ido a buscar flores en los pueblos vecinos regresaron con otras que no creían lo que les contaban, y éstas se fueron por más flores cuando vieron al muerto, y llevaron más y más, hasta que hubo tantas flores y tanta gente que apenas si se podía caminar. A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una

madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí. Algunos marineros que oyeron el llanto a distancia perdieron la certeza del rumbo, y se supo de uno que se hizo amarrar al palo mayor, recordando antiguas fábulas de sirenas. Mientras se disputaban el privilegio de llevarlo en hombros por la pendiente escarpada de los acantilados, hombres y mujeres tuvieron conciencia por primera vez de la desolación de sus calles, la aridez de sus patios, la estrechez de sus sueños, frente al esplendor y la hermosura de su ahogado. Lo soltaron sin ancla, para que volviera si quería, y cuando lo quisiera, y todos retuvieron el aliento durante la fracción de siglos que demoró la caída del cuerpo hasta el abismo. No tuvieron necesidad de mirarse los unos a los otros para darse cuenta de que ya no estaban completos, ni volverían a estarlo jamás. Pero también sabían que todo sería diferente desde entonces, que sus casas iban a tener las puertas más anchas, los techos más altos, los pisos más firmes, para que el recuerdo de Esteban pudiera andar por todas partes sin tropezar con los travesaños, y que nadie se atreviera a susurrar en el futuro ya murió el bobo grande, qué lástima, ya murió el tonto hermoso, porque ellos iban a pintar las fachadas de colores alegres para eternizar la memoria de Esteban, y se iban a romper el espinazo excavando manantiales en las piedras y sembrando flores en los acantilados, para que los amaneceres de los años venturos los pasajeros de los grandes barcos despertaran sofocados por un olor de jardines en altamar, y el capitán tuviera que bajar de su alcázar con su uniforme de gala, con su astrolabio, su estrella polar y su ristra de medallas de guerra, y señalando el promontorio de rosas en el horizonte del Caribe dijera en catorce idiomas: miren allá, donde el viento es ahora tan manso que se queda a dormir debajo de las camas, allá, donde el sol brilla tanto que no saben hacia dónde girar los girasoles, sí, allá, es el pueblo de Esteban.



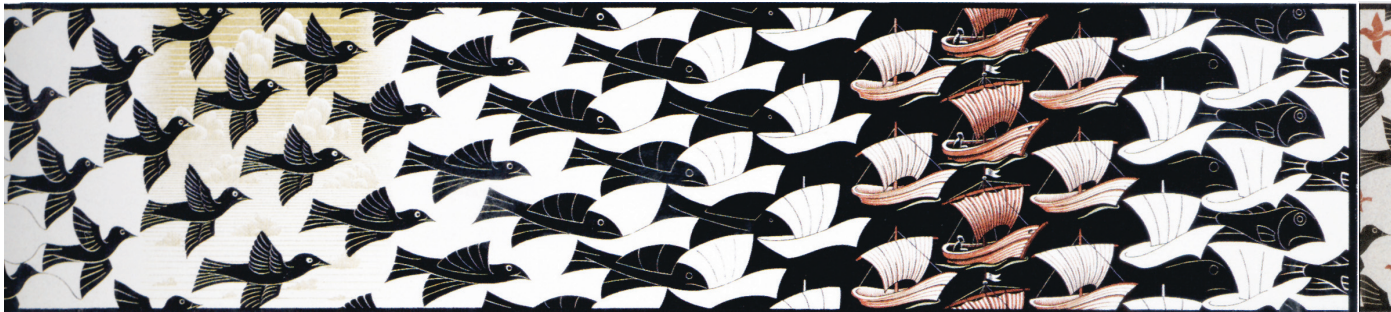


Ispahan

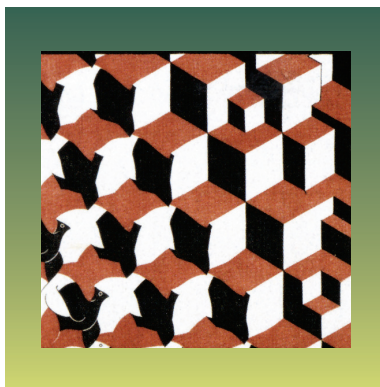
José Emilio Pacheco

En Ispahan hay tres jardines. Uno dedicado a los jóvenes, otro a los viejos y el tercero a los que aún no nacen. Los jóvenes juegan al amor, los viejos los observan a distancia. Estos son torturados por la memoria de su propia juventud; aquéllos por la certeza de lo que les espera.

El significado del tercer jardín es un enigma. Resolverlo es tarea del viajero: el lector.



M.C. Escher · *Metamorfosis (detalle)*

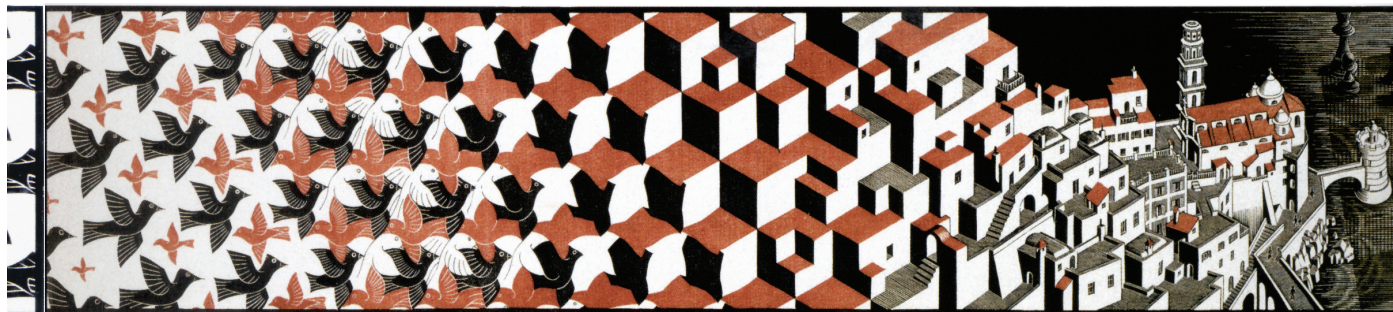


La búsqueda

Kostas Axelos

Un hombre viajó por el mundo durante toda su vida a la búsqueda de la piedra filosofal que podía convertir en oro al metal más vulgar. Vagabundeo por montes y valles, vestido con un costal atado a su cuerpo por medio de un cinturón con una hebilla metálica. Cada vez que le parecía que una piedra podía ser la piedra, la frota contra su hebilla y ante el fracaso se veía obligado a tirarla.

Una tarde en que estaba muy fatigado, llegó a la casucha de una anciana campesina y le pidió de comer y de beber. La vieja lo interrogó, y después de haber escuchado en silencio, se fijó en su hebilla y le dijo: Pobre hombre, has tirado la piedra preciosa, ¿no te has dado cuenta de que tu hebilla ya se ha convertido en oro?



■ Observa la transformación de las imágenes.



El tigre

Manuel Vicent

Durante una tempestad que se desencadenó de repente en mitad de la sabana, un tigre fue alcanzado de lleno por un rayo, y entre los dos se produjo una gran confusión de luz, pero lejos de matarlo o herirlo la descarga eléctrica sólo trazó sobre la piel del tigre una nueva raya. A partir de ese momento fue un tigre con una raya de más, color fuego, que se veía brillando a mucha distancia. Si este felino tuviera vida interior, semejante suceso podría ser entendido como una gran conquista de su espíritu. Gracias a su poder de concentración para enfrentarse a todos los peligros había sido capaz de neutralizar la fuerza del rayo, un hecho del que podía sentirse muy orgulloso. Sabiéndolo diferente, todas las fieras de su misma especie, incluidos los leones, comenzaron a rendirle admiración, pero un día fue avistado por unos cazadores furtivos, quienes al advertir su rareza experimentaron un deseo furioso de capturarlo, puesto que este tigre se había convertido en una pieza única, la más cotizada, como una obra de arte. La codicia dividió a los cazadores en dos bandos: unos soñaban con ofrecerlo al zoo de Berlín para que se convirtiera en una estrella de la modernidad; en cambio, otros querían desollarlo, echar su carne a los buitres y vender la piel al peletero más afamado para que entrara abrazado a una mujer fascinante en el Metropolitan Opera House de Nueva York.

El tigre supo muy pronto la pasión que había despertado entre sus admiradores, cuyo número iba en aumento día a día, todos armados. Estaba recreado en su gloria cuando oyó silbar muy cerca la primera bala. Era el mensaje que le mandaba un cazador para demostrarle cuánto le quería. A este disparo siguieron varios más, todos con la misma señal. Antes de que las bocas de los rifles formaran a su alrededor un círculo amoroso insalvable, el tigre consiguió refugiarse en una mancha boscosa de la sabana. Hasta allí llegaron enseguida otros cazadores con cerbatanas y cápsulas de somníferos. Ni siquiera podía esperar que la noche le protegiera. La raya de fuego brillaba sobre su piel en la oscuridad, y aunque le querían a él nada más, todas las fieras huyeron de su lado al verse descubiertas por aquel resplandor. A medida que la raya del tigre despertaba más pasión, se ahondaba alrededor la soledad. El rayo lo había elegido para la gloria, y al mismo tiempo lo había condenado. El tigre supo que estaba perdido. El instinto le hizo saber que la belleza sólo está a salvo y permanece incontaminada cuando es inaccesible.

Peter Brookes · Gato-ratón

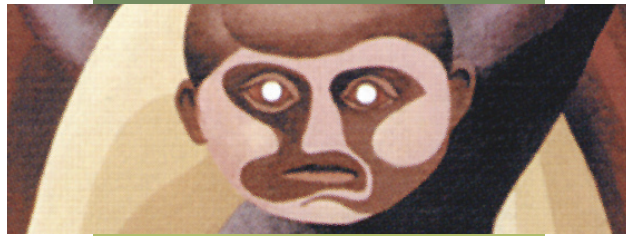


■ ¿Puedes encontrar el ratón escondido en el gato?

Dick Termes · *Dos cuerpos y una sola cabeza*



■ ¿Ves dos cuerpos y sólo una cabeza?



Las ciudades y la memoria 2

Italo Calvino

Al hombre que cabalga largamente por los campos le asalta el deseo de una ciudad. Finalmente llega a Isidora, ciudad donde los palacios tienen escaleras de caracol adornadas de caracolas marinas, donde se fabrican con todas las reglas del arte catalejos y violines, donde el forastero cuando está indeciso entre dos mujeres siempre encuentra una tercera, donde las riñas de gallos degeneran en peleas sangrientas entre los que apuestan. En todas estas cosas pensaba el hombre cuando deseaba una ciudad. Isidora es, pues, la ciudad de sus sueños; con una diferencia. La ciudad soñada lo recibía siendo joven; a Isidora llega ya viejo. En la plaza hay un muro desde donde los viejos miran pasar a la juventud: el hombre está sentado en grupo con ellos. Los deseos ya son recuerdos.





■ En este paisaje están ocurriendo cosas extrañas... ¿ves la cara de una mujer?



La isla

José Emilio Pacheco

En medio del Gran Océano hay una isla de la que no se atreve a hablar ningún marino. Nadie sabe su exacta situación ni conoce a ciencia cierta lo que sucede a quienes desembarcan en ella. Unos cuantos han regresado pero al volver ya no son los mismos. Inútil interrogarlos acerca de lo que han visto. Guardan silencio o bromean o juran que todo es mentira: se trata nada más de una leyenda marítima como las sirenas o El Holandés Volador.

Tampoco sirve de nada escudriñar antiguas crónicas: no se hallará en ningún idioma la menor referencia a la isla. De ella sólo sabemos lo muy poco que —en la sinceridad de la agonía o la embriaguez o bien en los minutos que suceden al amor— dos o tres sobrevivientes han empezado a decir. Porque callan al darse cuenta de lo que están a punto de revelar y el miedo los sobrecoge. Algunos, intrigados por el misterio, han emprendido expediciones. Pero la isla no se revela a quien la busca. Sólo aparece ante el que no la espera y nunca se ha mostrado dos veces a una misma persona.



■ ¿Dónde está la casa: en el árbol o en el camino?



Pueblo de madera

Alphonse Daudet

El lugar era soberbio para construir una ciudad. Bastaba nivelar las tierras de la ribera del río, cortando una parte del bosque, del inmenso bosque virgen enraizado allí desde el nacimiento del mundo. Entonces, rodeada por colinas, la ciudad descendería hasta los muelles de un puerto magnífico, ubicado en la desembocadura del Río Rojo, a sólo seis kilómetros del mar.

En cuanto el gobierno de Washington otorgó la concesión, carpinteros y leñadores se pusieron manos a la obra; pero nunca habían visto un bosque parecido. Enmarañado en el centro por todas las lianas, por todas las raíces, cuando lo talaban por un lado renacía por el otro, rejuveneciendo sus heridas, en las que cada golpe de hacha hacía brotar nuevos retoños verdes. Las calles, las plazas de la ciudad, apenas trazadas, comenzaron a ser invadidas por la vegetación. Las murallas crecían con menos rapidez que los árboles, y mientras las construían, se desmoronaban bajo el peso de raíces siempre vivas.

Para terminar con la invasión vegetal que enmohecía el hierro de las sierras y de las hachas, se vieron obligados a recurrir al fuego. Día y noche una humareda sofocante cubría los matorrales, y los grandes árboles ardían en lo alto como cirios. El bosque luchaba contra el incendio con mares de savia y con la fresca sin aire de su denso follaje.

Al fin llegó el invierno. La nieve cayó como una segunda muerte sobre los inmensos terrenos cubiertos de troncos ennegrecidos y de raíces consumidas por el fuego. Ya se podía construir.

Muy pronto una ciudad inmensa, hecha toda de madera como Chicago, se extendió por las riberas del Río Rojo, con sus largas calles alineadas, numeradas, abriéndose alrededor de las plazas, los mercados, las iglesias, las escuelas y hubo todo un despliegue marítimo de galpones, de aduanas, de muelles, de entrepuertos, de astilleros para la construcción de los barcos. La ciudad de madera, Wood's town —como se le llamó— fue rápidamente poblada por los constructores de las ciudades nuevas. Una actividad febril circulaba en todos los barrios; pero sobre las colinas de los alrededores, que se elevaban por encima de las calles repletas de gente y del puerto lleno de barcos, una masa sombría y amenazadora creció en semicírculo. Era el bosque que miraba.

Miraba aquella ciudad insolente que había ocupado su lugar en las riberas del río, y había destrozado tres mil árboles gigantescos. Toda Wood's town estaba hecha con su vida misma. Los altos mástiles que se balanceaban en el puerto, aquellas innumerables construcciones, una tras otra, hasta la última cabaña del barrio más alejado, todo se lo debían al bosque, tanto los instrumentos de trabajo como los muebles, que estaban hechos con la madera de sus ramas. Por esto, ¡qué rencor terrible guardaba el bosque contra esta ciudad de ladrones!

Mientras duró el invierno, no se notó nada. Los habitantes de Wood's town oían a veces un crujido sordo en sus techos y en sus muebles. De vez en cuando una muralla se rajaba, el mostrador de una tienda explotaba con un par de estruendos. Pero la madera nueva siempre sufre de estos accidentes y nadie les daba importancia. Sin embargo, al acercarse la primavera —una primavera imprevista, violenta, tan llena de savia que se sentía bajo la tierra como el rumor que hacen las fuentes de agua— el suelo comenzó a agitarse, levantado por fuerzas vivas e invisibles. En cada casa, los muebles, las

paredes de los muros se hinchaban y se veía en los tablones del piso largas protuberancias, como ante el paso de un animal subterráneo. Ni puertas, ni ventanas, ni nada funcionaba. “Es la humedad —decían los habitantes— con el calor pasará”.

De pronto, al día siguiente de una gran tempestad que provenía del mar, y que trajo el verano con sus claridades ardientes y su lluvia tibia, la ciudad, al despertar, lanzó un grito de asombro. Los techos rojos de los monumentos públicos, las campanas de las iglesias, los tablones de las casas y hasta la madera de las camas, todo estaba empapado de una tinta verde, delgada como una capa de moho, leve como un encaje. De cerca parecía ser una multitud de brotes vegetales microscópicos, donde ya se veía el enroscamiento de las hojas. Esta nueva rareza divirtió sin inquietar mucho; pero, antes de la noche, ramitas verdes se abrieron en todas partes sobre los muebles, sobre las murallas. Las ramas crecían ante los ojos; si uno las sostenía un momento en la mano, se las sentía crecer y agitarse como alas.

Al día siguiente todas las viviendas parecían invernaderos. Las lianas invadían las escaleras. En las calles estrechas, las ramas se entrelazaban de un techo al otro, cubriendo la ruidosa ciudad con la sombra que producían inmensas arboledas. Esto se volvió inquietante. Mientras los sabios reunidos discutían sobre este caso de vegetación extraordinaria, la muchedumbre salía para ver las diferentes formas del milagro. Los gritos de sorpresa, el rumor sorprendido de todo aquel pueblo inactivo daba solemnidad al extraño acontecimiento. De pronto alguien gritó: “¡Miren el bosque!”, y vieron, con terror, que desde hacía dos días el semicírculo verde se había acercado mucho. El bosque parecía descender hacia la ciudad. Todo un frente de espinos y de lianas se extendía hasta las primeras casas de los suburbios.

Entonces Wood's town empezó a comprender y a sentir miedo. Era evidente que el bosque quería reconquistar su lugar junto al río; y sus árboles, abatidos, dispersos, transformados, se liberaban para lograrlo. ¿Cómo resistir la invasión? Con el fuego

se corría el riesgo de incendiar la ciudad entera. ¿Y qué podían hacer las hachas contra esta savia sin cesar renaciente, esas raíces monstruosas que atacaban por debajo del suelo, esos millares de semillas voladoras que germinaban al quebrarse y hacían brotar un árbol instantáneo por donde cayeran?

Rob Gonsalves · Navegando al atardecer



■ ¿Ves cómo se van formando los barcos?

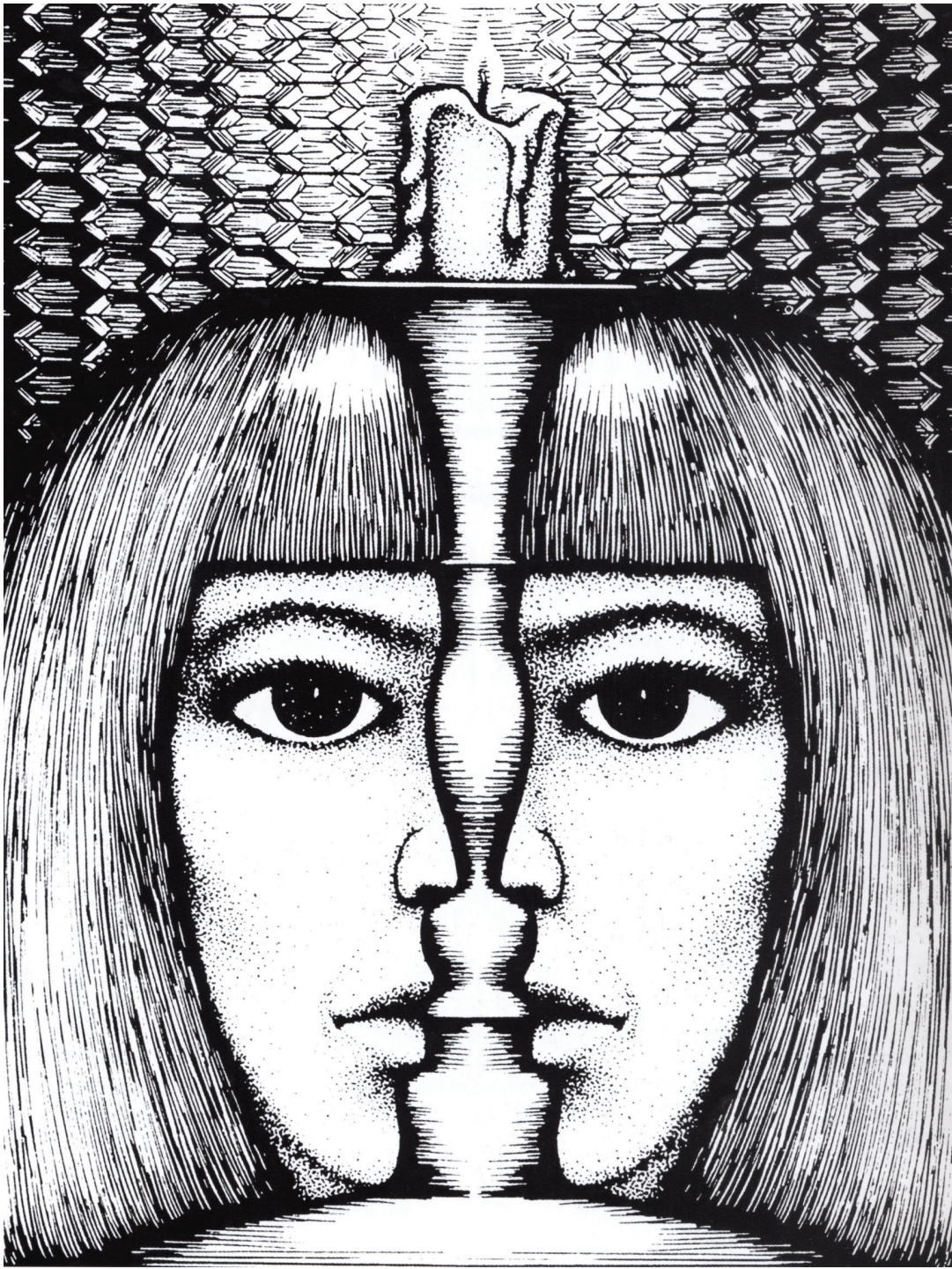
Sin embargo todos se pusieron bravamente a luchar con las hoces, las sierras, los rastrillos: hicieron una inmensa matanza de hojas. Pero fue en vano. De hora en hora la propagación de los bosques vírgenes y el entrelazamiento de las lianas creaban formas vegetales gigantescas que invadían las calles de Wood's town. Irrumpieron los insectos y los reptiles. Había nidos en todos los rincones, y golpes de alas y masas de pequeños picos agresivos. En una noche los graneros de la ciudad fueron totalmente vaciados por los pichones hambrientos. Después, como una ironía en medio del desastre, mariposas de todos los tamaños y colores volaron sobre las viñas florecidas, y las abejas previsoras buscaron abrigo seguro en los huecos de los árboles, tan rápidamente crecidos, e instalaron allí sus colmenas como una demostración de permanencia y conquista.

Vagamente, entre el gemir rumoroso del follaje se oían golpes sordos de sierras y de hachas; pero al cuarto día se reconoció que todo trabajo era imposible. La hierba crecía demasiado alta, demasiado espesa. Lianas trepadoras se enroscaban en los brazos de los leñadores y agarrotaban sus músculos. Por otra parte, las casas se volvieron inhabitables; los muebles, cargados de hojas, habían perdido la forma. Los techos se hundieron perforados por las lanzas de las yucas, las largas espinas de la caoba; y en su lugar se instaló la cúpula inmensa de los grandes árboles. Era el fin. Había que huir.

A través de la maraña de plantas y de ramas que avanzaba cada vez más, los habitantes de Wood's town, espantados, huyeron hacia el río, arrastrando en su huida lo que podían de sus riquezas y objetos preciosos. ¡Pero cuántas dificultades para llegar al borde del agua! Ya no quedaban muelles. Sólo había musgos gigantescos. Los astilleros marítimos, donde se guardaban las maderas para la construcción, habían sido destrozados por los bosques de pinos; y en el puerto, lleno de flores, los barcos nuevos parecían islas de verdor. Por suerte se encontraban allí algunos barcos blindados, en los que se refugió la muchedumbre, desde donde se pudo ver al viejo bosque unirse victorioso con el bosque joven.

Poco a poco los árboles entrelazaron sus copas bajo el cielo azul resplandeciente de sol, y la enorme masa vegetal se extendió desde el borde del río hasta el lejano horizonte. No quedó rastro de la ciudad, ni de techos, ni de muros. A veces se oía un ruido sordo de algo que se desmoronaba, último eco de las ruinas, apagaba el golpe de hacha de un leñador enfurecido, y retumbaba en las profundidades del bosque. Solamente el silencio vibrante, rumoroso, zumbante de nubes de mariposas blancas giraba sobre la ribera desierta, y lejos, hacia alta mar, un barco que huía, con tres grandes árboles verdes erguidos en medio de sus velas, llevaba los últimos emigrantes de lo que fue Wood's town.





■ ¿Cuál percibes: dos perfiles a ambos lados del candelabro, o una cara detrás de éste?



Los arqueros suicidas

Carlo Fabretti

Como arma, el arco tiene una importante limitación: no sirve para suicidarse.

Aunque sería más exacto decir que no es fácil ponerle fin a la propia vida utilizando un arco, pues tampoco es imposible, como demostraron tres famosos arqueros suicidas de los tiempos heroicos.

El primero de ellos tiraba con tal precisión que cuando decidió abandonar este valle de lágrimas no tuvo más que disparar una flecha hacia lo más alto del cielo. Tan exactamente voló la flecha en línea vertical que, tras agotar su impulso y alcanzar el punto de máxima altura, desanduvo gracias a la gravedad el camino recorrido y fue a clavarse en la cabeza del suicida.

El segundo arquero era muy veloz. Disparó horizontalmente su última flecha y luego corrió tras ella, la alcanzó, la adelantó, se interpuso en su camino y la acogió en su corazón.

Pero estas dos hazañas palidecen ante la del tercer arquero. Era tan fuerte y tenía un arma tan poderosa que tensó su arco al máximo, por primera y última vez, y disparó a su lejanísimo enemigo, que era él mismo. La flecha dio la vuelta al mundo y se clavó mortalmente en su espalda.



Anónimo · Dos animales en uno



■ Esta rana puede transformarse en otro animal. ¿Puedes ver en cuál?



La mosca que soñaba que era un águila

Augusto Monterroso

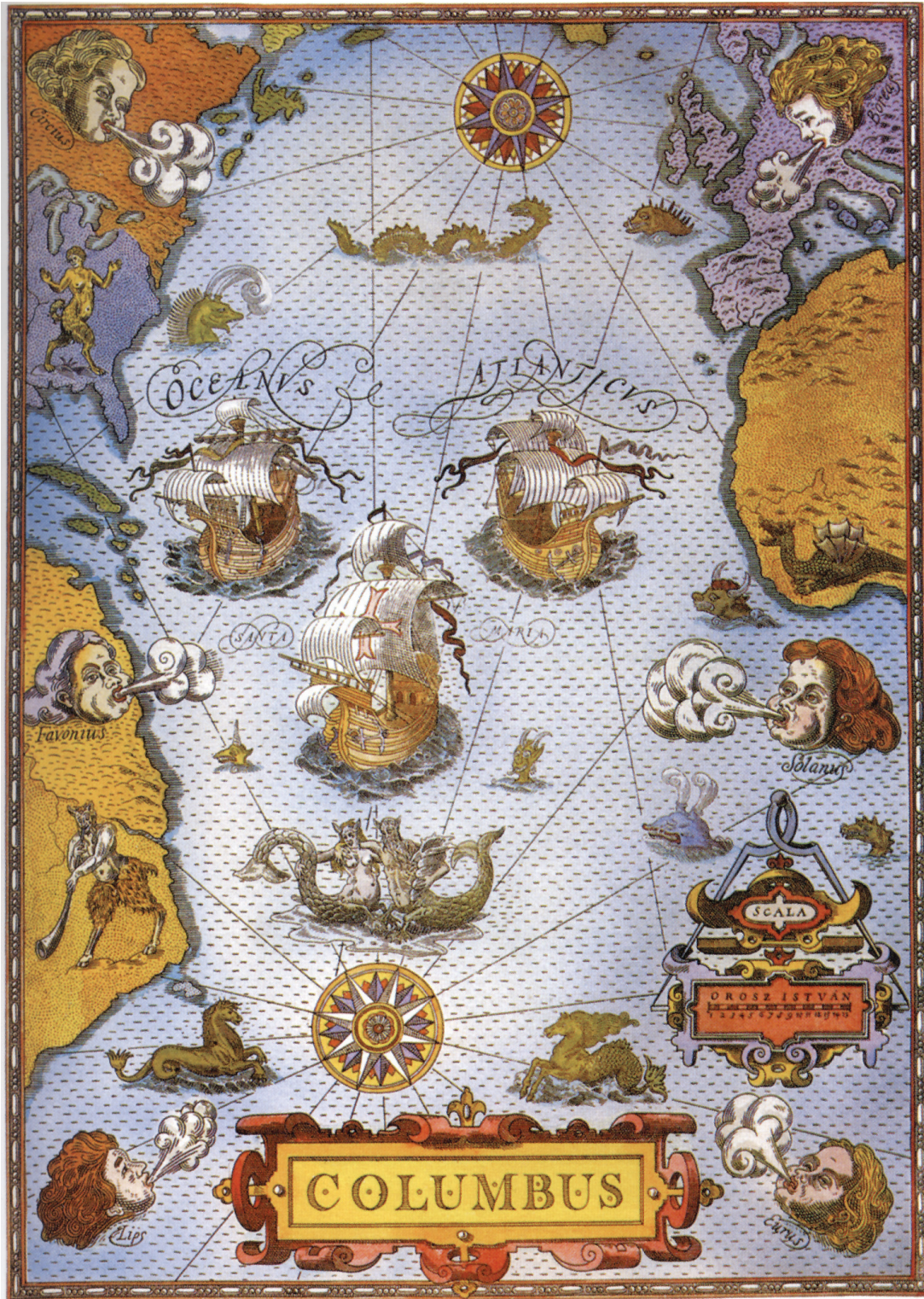
Había una vez una mosca que todas las noches soñaba que era un águila y que se encontraba volando por los Alpes y por los Andes.

En los primeros momentos esto la volvía loca de felicidad; pero pasado un tiempo le causaba una sensación de angustia, pues hallaba las alas demasiado grandes, el cuerpo demasiado pesado, el pico demasiado duro y las garras demasiado fuertes; bueno, que todo ese gran aparato le impedía posarse a gusto sobre los ricos pasteles o sobre las inmundicias humanas, así como sufrir a conciencia dándose topes contra los vidrios de su cuarto.

En realidad no quería andar en las grandes alturas o en los espacios libres, ni mucho menos.

Pero cuando volvía en sí lamentaba con toda el alma no ser un águila para remontar montañas, y se sentía tristísima de ser una mosca, y por eso volaba tanto, y estaba tan inquieta, y daba tantas vueltas, hasta que lentamente, por la noche, volvía a poner las sienes en la almohada.





■ ¿Encuentras la cara de Cristóbal Colón en este mapa?



El mapa de los objetos perdidos

Juan José Arreola

El hombre que me vendió el mapa no tenía nada de extraño. Un tipo común y corriente, un poco enfermo tal vez. Me abordó sencillamente, como esos vendedores que nos salen al paso en la calle. Pidió muy poco dinero por su mapa: quería deshacerse de él a toda costa. Cuando me ofreció una demostración acepté curioso porque era domingo y no tenía qué hacer. Fuimos a un sitio cercano para buscar el triste objeto que tal vez él mismo habría tirado allí, seguro de que nadie iba a recogerlo: una peineta de celuloide, color de rosa, llena de menudas piedrecillas. La guardo todavía entre docenas de baratijas semejantes y le tengo especial cariño porque fue el primer eslabón de la cadena. Lamento que no le acompañen las cosas vendidas y las monedas gastadas. Desde entonces vivo de los hallazgos deparados por el mapa. Vida bastante miserable, es cierto, pero que me ha librado para siempre de toda preocupación. Y a veces, de tiempo en tiempo, aparece en el mapa alguna mujer perdida que se aviene misteriosamente a mis modestos recursos.



■ ¿Estás observando la terraza desde arriba o desde abajo?
Nota también cómo la escalera gira de una manera imposible.

Ante la Ley

Franz Kafka

Hay un guardián ante la Ley. A ese guardián llega un hombre del campo que pide ser admitido a la Ley. El guardián le responde que ese día no puede permitirle la entrada. El hombre reflexiona y pregunta si luego podrá entrar. “Es posible”, dice el guardián, “pero no ahora”. Como la puerta de la Ley sigue abierta y el guardián está a un lado, el hombre se agacha para espiar. El guardián se ríe y le dice: “Fíjate bien: soy muy fuerte. Y soy el más subalterno de los guardianes. Adentro no hay una sala que no esté custodiada por su guardián, cada uno más fuerte que el anterior. Ya el tercero tiene un aspecto que yo mismo no puedo soportar”.

El hombre no ha previsto esas trabas. Piensa que la Ley debe ser accesible a todos los hombres, pero al fijarse en el guardián con su capa de piel, su gran nariz aguda y su larga y deshilachada barba de tártaro, resuelve que más vale esperar. El guardián le da un banco y lo deja sentarse junto a la puerta. Ahí, pasa los días y los años. Intenta muchas veces ser admitido y fatiga al guardián con sus peticiones. El guardián entabla con él diálogos limitados y lo interroga acerca de su hogar y otros asuntos, pero de una manera impersonal, como de señor importante, y siempre acaba repitiendo que no puede pasar todavía. El hombre, que se había equipado de muchas cosas para su viaje, va despojándose de todas ellas para sobornar al guardián. Éste no las rehúsa, pero declara: “Acepto para que no te figures que has omitido algún empeño”. En los muchos años el hombre no deja de mirarlo. Se olvida de los otros y piensa que éste es la única traba que lo separa de la Ley. En los primeros años maldice a gritos su perverso destino; con la vejez, la maldición decae en quejumbre. El hombre se vuelve infantil, y como en su vigilia de años ha llegado a reconocer las pulgas en la capa de piel, acaba por pedirles que lo socorran y que intercedan con el guardián. Al fin se le nublan los ojos y no sabe si estos lo engañan o si se ha oscurecido el mundo. Apenas si percibe en la sombra una claridad que fluye inmortalmente de la puerta de la Ley. Ya no le queda mucho que vivir. En su agonía los recuerdos forman una sola pregunta, que no ha propuesto aún al guardián. Como no puede incorporarse, tiene que llamarlo por señas. El guardián se agacha profundamente, pues la disparidad de las estaturas ha aumentado muchísimo. “¿Qué pretendes ahora”, dice el guardián; “eres insaciable”. “Todos se esfuerzan por la Ley”, dice el hombre. “¿Será posible que en los años que espero nadie haya querido entrar sino yo?”. El guardián entiende que el hombre se está acabando y tiene que gritarle para que lo oiga: “Nadie ha querido entrar por aquí, porque a ti solo estaba destinada esta puerta. Ahora voy a cerrarla”.

Andrews and McMeel





La tercera dimensión

Bienvenido a la tercera dimensión, una dimensión desconocida que lleva al observador a una imagen escondida.

Todo lo que usted necesita para entrar a la tercera dimensión son sus dos ojos y algo de paciencia.

Una manera fácil de hacerlo es:

- Sostenga el libro a la altura de su nariz. La imagen debe verse borrosa.
- Enfoque como si estuviera mirando dentro de la imagen en la distancia.
- Muy despacio vaya alejando el libro de su rostro, hasta que empiece a ver el fondo.
- Ahora sostenga en ese punto el libro, trate de no parpadear, y la tercera dimensión aparecerá mágicamente.

Oasis perdido

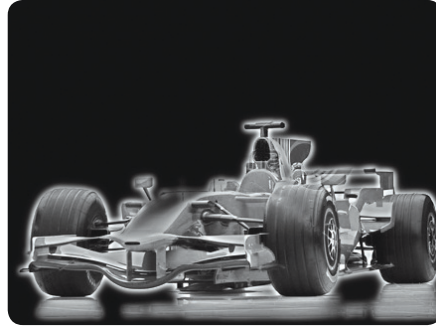


Cebras



Andrews and McMeel

Fórmula uno



Conejo



Andrews and McMeel

Créditos de imágenes

• Espejismo en el desierto, Rob Gonsalves	1
• Piernas de diferentes géneros, Shigeo Fukuda	5
• Grabado de Montaut del libro “de la tierra a la luna de Julio Verne	11
• Melodías tristes en un día de invierno flamenco, Jos de Mey.....	12
• Volando a la hora de dormir, Rob Gonsalves	14
• Espíritu de la montaña, Sandro Del-Prete	19
• Carta blanca, René Magrite.....	22
• Cangrejo en otoño, Aklïoshi Kitaoka	24
• Otoño, Aklïoshi Kitaoka	25
• Ángeles celestiales, Octavio Ocampo	26
• Polarización, Sandro Del-Prete3	2
• Alabeo, Akiyoshi Kitaoka.....	37
• Un cambio de escenario, Rob Gonsalves.....	40
• Grabado de Montaut del libro “De la tierra a la luna” de Julio Verne.....	45
• Cáscara, M.C. Escher	46
• Lazo de unión, M.C. Escher.....	48
• Retrato de un hombre invisible, Jos de Mey	50
• Ilusión de una copa, Edgar Rubin	51
• San Jorge y el dragón, Sandro Del-Prete.....	52
• Marlene, Octavio Ocampo	53
• Verano, Giuseppe Archimboldo	54
• Invierno, Giuseppe Archimboldo	59
• Primavera, Giuseppe Archimboldo	60
• Armario Surrealista, Marcel Jean	62
• Sara Nader, Roger Shephard	64
• Dirt on bishop, John Pugh.....	66
• Una ventana con vista hacia afuera y hacia adentro, Jos de Mey.....	69
• Sin título, Adriana Duque	72
• Mae West, Salvador Dalí.....	77
• Rostro y plato de frutas en una playa, Salvador Dalí	80
• Sin título, Adriana Duque	84
• Grabado de Montaut del libro “De la tierra a la luna” de Julio Verne.....	87
• Los misteriosos labios que aparecieron en la espalda de la niñera, Salvador Dalí.....	88
• El amor de Pierrot, Anónimo	90
• La muerte escondida, Anónimo.....	94
• Todo es vanidad, Anónimo	96
• Autorretrato, Vik Muniz	101
• Misterio entre hojas de otoño, Sandro Del-Prete.....	102
• Dejad que los perros dormilones se echen, Anónimo	103
• Mi novia y mi suegra, Edwing Boring	104
• Cortejo y matrimonio, Robert Morris	107

• Aire y agua, M.C. Escher	110
• Manos dibujando, M.C. Escher	111
• Liebre Pato, Joseph Jastrow	112
• Cometas, Rob Gonsalves.....	114
• Un otoño en bicicleta, Rob Gonsalves.....	118
• Grabado de Montaut del libro “de la tierra a la luna de Julio Verne	121
• Charco, M.C. Escher.....	127
• Metamorfosis (detalle), M.C. Escher.....	130
• Aire y agua, M.C. Escher	110
• Manos dibujando, M.C. Escher	111
• Liebre Pato, Joseph Jastrow	112
• Cometas, Rob Gonsalves.....	114
• Un otoño en bicicleta, Rob Gonsalves.....	118
• Grabado de Montaut del libro “de la tierra a la luna de Julio Verne	121
• Charco, M.C. Escher.....	127
• Metamorfosis (detalle), M.C. Escher.....	130
• Gato-ratón, Peter Brookes	133
• Dos cuerpos y una sola cabeza, Dick Termes	134
• Rostro paranoico, Salvador Dalí	136
• La casa en el árbol, Rob Gonsalves	138
• Navegando al atardecer, Rob Gonsalves.....	142
• Perfiles Egipcios, Roger Shephard.....	144
• Dos animales en uno.....	146
• El viaje de Cristóbal Colón, Istvan Orosz.....	148
• La terraza imposible, David McDonald.....	150
• Pájaros, Andrews and McMeel	152
• Oasis perdido, Anrews and McMeel	154
• Anrews and McMeel.....	155
• Cebras, Gran Premio, Gene Levine	156
• Conejo de la suerte, Anrews and McMeel	157



Este libro pertenece a la familia:

quien asistió a la entrega de los libros
Secretos para contar

en: _____

el día: _____

Hoy, esta familia hace parte de la gran red
de lectores de Secretos para contar

secretos para contar